

BASADO EN UNA
HISTORIA REAL



AUNQUE ME
HAYA IDO

M. E. ALBAR

AUNQUE ME HAYA IDO

Basada en hechos reales

Mary Elise Albar

Las palabras no enseñan, sino las experiencias. Nuestro deseo de ver a los demás en su mejor versión es, en todos los casos, la única ayuda posible de brindar.

La felicidad es una responsabilidad propia. Una decisión. Si intentas resolver las tristezas ajenas, estarás en una cruzada imposible de lograr.

M. E. Albar

Mi historia

Heme aquí. Acostada en esta fría cama de hospital. Una vez más me encuentro rodeada de tubos, máquinas y personas de bata blanca.

Muchas veces nos preguntamos, en diferentes circunstancias de nuestras vidas, cómo rayos llegamos hasta ese momento presente. “¿Qué hice para merecer esto?”. Suele ser una pregunta muy frecuente cuando las cosas no salen como quisiéramos.

Pero somos creadores de nuestra propia vida. El único detalle es que no nos damos cuenta. Al menos no la mayoría del tiempo. Gran cantidad de personas suele pisar este camino. Igual que yo. Este es mi destino, no porque lo quisiera de forma deliberada, pero acá me trajeron mis decisiones, mis pensamientos, mis emociones. Ahora lo sé. ¿Demasiado tarde, tal vez? No lo creo. La vida no acaba aquí. La vida apenas está comenzando para mí. Podemos llamarlo un nuevo inicio, porque en realidad, nuestro nacimiento en la Tierra no es el comienzo de nuestra vida. De igual forma que la muerte no es el final. Ni siquiera es una muerte. Es un viaje.

Pero aquí estoy yo, en el final de un viaje hermoso, que me atreví a realizar por el camino más difícil que encontré. Así somos algunos. Cabezas duras, como suelen llamarnos nuestras madres. Yo soy madre. Esta hermosa joven que llora junto a mí es mi hija mayor. Si pudieran verla, se darían cuenta de lo bella que es, lo fuerte que es y que ha tenido que ser por toda esta situación.

Por momentos, cuando estoy inconsciente, me veo así, justo como en este instante del tiempo. El reloj se detiene y yo estoy de pie, viendo mi propio cuerpo débil, sacudido por la falta de salud. Ésa no soy yo, en realidad. Yo soy esta mujer valiente, pura, infinita que está de pie junto a la joven que llora sobre el traje que me permitió vestir este mundo. Ese traje de piel que ahora sé que tengo que cambiar. Ya está desgastado, roído, desteñido. Pero yo sigo intacta, mejor que nunca, de hecho. Yo soy este ser de luz que mira todo como si fuera un sueño celestial, del que no quiero despertar.

Cuando vuelvo a mi cuerpo —porque todas estas increíbles personas que visten gabachas insisten en no dejarme partir— sé que el sueño es estar en ese estado debilitado. La realidad, en cambio, es otra. La realidad es eterna. Las primeras veces que me resucitaron —palabra utilizada como “término clínico” por aquí— creí que regresaba de un sueño. Luego entendí la verdad. El sueño es vivir como humano. Nosotros lo complicamos para transformarlo en pesadilla o comprendemos, para volverlo un paraíso. Yo hice lo primero.

¿Me arrepiento? Claro que no. También aprendí en mi trayecto por la vida material. Pero acepto que aprendí a la fuerza. De la forma en que deseas no hacerlo. Sin embargo, viví. Eso me llena de amor. Igual que cuando atravesé el crudo, sangriento y caliente umbral hacia este mundo. Los brazos amorosos de nuestra madre siempre nos hacen sentir protegidos y amados. Con el tiempo, dedicamos nuestro tiempo y espacio a “aprender”, pero en realidad olvidamos.

Olvidamos que somos seres de amor. Olvidamos lo valiosos que somos, lo importante que somos, lo especiales y únicos. Olvidamos que somos muchos pero formamos un todo. Olvidamos que vinimos sólo para ser felices. Ese es nuestro único y principal objetivo: la alegría. Aun así, lo

olvidamos.

No tuve quién me ayudara a recordarlo estando aquí en la Tierra, pero ahora lo recuerdo. Y quiero compartir esta verdad contigo. Mientras mi hija Mercedes me baña con sus lágrimas saladas, cargadas de amor, y me pide que resista, que sea fuerte, que saldremos juntas de allí —una vez más— yo sólo puedo negar con mi cabeza. Con las pocas fuerzas que me quedan trato de explicarle, pero sólo puedo decir que no. Ella entenderá en su momento.

“Por favor, ma. En unas semanas estaremos de paseo en la playa. Nos falta recorrer mucho camino juntas...” Los ruegos de Mercedes le parten el corazón y a mí me llenan el alma. Si tan sólo pudiera entenderme. Sólo puedo decirle que no. Mi cabeza en el traje de piel sigue indicando que debo marcharme. Quiero hacerlo. Lo necesito. Si sus ojos lograran verme como soy en realidad, estarían felices por dejarme partir. Es sólo un viaje. Luego podrán venir a visitarme.

Pero así somos los humanos. Queremos el cielo, pero no morirnos, como señala un simpático dicho. Es un poco gracioso desde donde estoy ahora. Es hermoso y perfecto esto de la eternidad. Aunque también entiendo que nos duela ver partir a quienes amamos tanto. Nuestra familia es quien nos acoge y acompaña en el trayecto terrenal. Sin importar si somos parientes de sangre o de voluntad, deseamos seguir juntos. Pero nos cuesta entender que siempre lo estamos. Siempre nos mantenemos juntos. Jamás nos separamos de ningún humano. Somos como una legión formada por muchos. Una legión de amor.

Mi valiente Mercedes, la mayor de mis tres hijos, sufre mucho con mi estado. Bueno, con el estado de mi traje corporal. Es hora de quitarle una pequeña carga para que aprenda a ser feliz conmigo, sin necesidad de verme en forma física. Pero por supuesto que toda esta dura historia no comienza aquí en el hospital. No. Más bien, aquí es donde acaba para mí el vivir con ataduras para regresar a mi libertad. Pero mi trayecto por el mundo no pasará desapercibido, porque dejo mi corazón atado al de mis hijos, mis padres, mis hermanos.

Nuestra vida está siempre anclada al espíritu de quienes transitan con nosotros en la Tierra. La marca que dejamos los protege para siempre, los envuelve como un manto de invulnerabilidad. Un escudo de fuerza que los ayuda a ser mejores, a escoger su camino con audacia. Hay quienes escuchan mejor que otros en cuanto a consejos se trata. Yo no fui de los que escuchan.

No me arrepiento, como ya te dije. Yo soy luz y mi brillo se intensifica en lugar de apagarse. Mi cuerpo no me sirve más en esta misión tan valiosa. Pero no todo fueron lágrimas, como parece serlo ahora. También reí, gocé, me divertí y fui feliz. Amé y lo sigo haciendo, con mayor intensidad que nunca antes. Pero no trataré de explicarte en este cuadro de mi vida cómo fue que llegué a este punto. Debo regresar en el tiempo para eso. Para que me entiendas, me escuches, me recuerdes y aprendas conmigo.

Mientras mi vida material se extingue, mi vida real comienza otra vez. Brillo con más fuerza y quiero que sepas que estoy bien. Ahora soy todo amor y te rodeo por completo con ese sentimiento perfecto. Deseo que lo aceptes. Estoy aquí para ti.

Yo soy Lillian, o al menos así me conocieron cuando nací en la Tierra esta vez. Y regresé para contarte mi historia. Porque somos un todo y nos formamos con las experiencias. Quiero que desees mejorar tu vida siempre. Porque se puede, sin importar dónde estés ahora.

Dónde quieres llegar, es lo que importa. Dónde deseas estar, es tu decisión. Pero esos deseos sólo se cumplirán si aprendes a vivir como yo no lo hice: en el ahora. No vives ayer o mañana. Vives ahora. Importa el ahora. El presente. Tu felicidad debe comenzar ya, con lo que tienes, con lo que haces, con quien eres. ¿Te das cuenta del potencial de esto? Serás quien desees y podrás mirar atrás con orgullo, porque verás dónde comenzaste y todo tu trayecto.

Importan tanto las huellas que dejamos en el camino como el destino final. Ahora lo entiendo. Este es mi destino y es hermoso. Lo abrazo con alegría. Ya sabes cómo termina mi paso en este mundo. Pero todavía no te he contado cómo comenzó.

Antes de 1956 (Primera parte)

1

Cuenta la leyenda que el sexto hijo de una humilde familia, quien trabajaba como agricultor, se enamoró de la sexta y más hermosa hija de su adinerado terrateniente. Y ella le correspondió.

No. No es un cuento de hadas. Y sí. En realidad pasó. Así comienza la historia que va a dar origen a la mía. De hecho, esa es la forma en que mis padres se conocieron.

Papá venía de una familia buena, sencilla. Su madre era ama de casa y su padre trabajaba en una de las compañías que proveía electricidad en la zona. También fue el primer maestro “ad honorem” que hubo en el pueblo que me vio nacer. Siempre admiré eso de mi abuelo.

Mi padre decidió desde muy joven que la mejor forma de ayudar a su familia era no permitirse ser una carga económica para ellos. Se mantendría solo. Buscó trabajo y lo consiguió como agricultor. No ganaba mucho, pero hay ocasiones en las que una persona tiene pocas posibilidades para elegir. Además, le gustaba sembrar. Papá pensaba que era una forma honorable para ganarse la comida diaria. Se maravillaba y agradecía a la tierra cada vez que le proveía alimento gratis. Pagaba con tiempo y esfuerzo para tener el estómago lleno. Pero no tenía que dar ni un cinco a la naturaleza cuando esta le entregaba frutas, tubérculos, hortalizas o carne para su alegría personal y familiar.

Mamá, por otra parte, creció dentro de una familia con mayores facilidades económicas, pero el ambiente no era agradable. Su madre murió cuando ella era aún una niña. Pronto fue sustituida por una madrastra que no deseaba ser amiga de los hijos de su nuevo esposo. No los apoyaba, más bien parecía tener por trabajo lograr que no cumplieran sus sueños. Y ese nuevo esposo suyo la obedeció en todo lo que ella ordenaba. Tampoco quiero decir que fuera un monstruo, nada de eso. Sólo fue una madrastra que no supo desempeñarse como una guía ideal. No fue un ángel, pero tampoco el personaje reconocido en los cuentos de Disney como la auténtica madrastra diabólica. Hizo lo que pudo. Aunque no estoy segura de que haya intentado dar lo mejor. Imponía su voluntad, aunque no hiciera ningún bien a nadie más.

Mi madre deseaba estudiar. Fue su mayor anhelo durante la vida entera. Pero su madrastra no lo permitió. La desdicha de mi madre fue vivir en una época en extremo machista, donde se consideraba que la mujer debía aprender los oficios del hogar como única solución a su vida. Su padre no la escuchó. En lugar de eso, realizó sin dudar lo que pedía su actual esposa. En sencillas palabras, arruinó el más grande sueño de una joven por sus creencias. Pero, como todo padre, es probable que pensara que hacía lo mejor por su familia.

Los humanos somos chistosos. Tendemos a creer que nuestra opinión es la única, válida y verídica. Y esto fue lo que pasó en esa familia. Sólo importaba lo que pensaba una mujer, no las demás. Nuestra felicidad no se llena al hacer infelices a otros. En lo absoluto. Pero el egoísmo puede corroer un corazón benévolo en algunas ocasiones. ¡Qué error! Si tan sólo entendiéramos con facilidad que la alegría llega cuando compartimos opiniones diferentes, cuando escuchamos otros puntos de vista, cuando vivimos el contraste y nos regocijamos en ello. Esa es la clave. Pero la ignoramos.

Así que la madrastra de mi madre estuvo feliz por hacerla infeliz a ella. Punto. Mamá no

estudió y tuvo que aprender las tareas del hogar porque su único futuro posible era ser esposa o monja. Supongo que entienden que se decantó por lo primero.

Cuando mis padres se vieron por primera vez, fue algo así como amor a primera vista. Y digo “algo así” porque mi padre hizo un charco cuando su corazón se derritió ante la hermosura de esa dama y mi madre pensó que el joven era apuesto, pero nada más.

Seamos honestos, una joven no piensa en casarse con el primer caballero que ve todo sudado, lleno de barro, quemaduras de sol y callos en las manos. Mucho menos si sabe que trabaja para su padre y que el salario de seis meses no compraría el vestido que lleva puesto en ese momento. Claro que no. Matrimonio es una palabra que puede llegar a su mente sólo si se enamora de algo más tras la máscara de campesino trabajador.

Pero, al fin y al cabo, eso fue lo que pasó. Se enamoró de él. Entonces no le importó el barro ni las quemaduras. Tampoco el trabajo duro porque ella era una mujer decidida, valiente y fuerte. El trabajo no la asustaba. Pero sí se asustó cuando se dio cuenta de que tendría que confesar a su padre y su madrastra que estaba esperando un hijo de ese joven apuesto que sembraba en las fincas de su padre y que no tenían idea de cómo mantener una familia.

—Yo me haré cargo.

Mamá miró a su amado, transmitiendo con los ojos un rotundo “Lo sé” pero sintiendo alivio a la vez, al escuchar que esas palabras salían por voluntad propia y no por amenaza.

—Es sólo que no sé cómo decirles.

Papá pensó por un minuto, pero no tuvo que analizarlo demasiado. Sabía la respuesta.

—No lo hagas.

—¿Te das cuenta de que se notará en algún momento? —dijo ella un poco indignada.

—Casémonos. Si eres mi esposa, nadie puede replicar lo sucedido.

Lo “sucedido” tendría tres meses de vida en el interior del útero materno para el momento en que se celebraba la boda. Mi padre no lo dudó ni por un segundo, pero mi madre lo pensó bastantes noches seguidas. Saber si era o no amor nunca fue lo importante. Ahora su futuro estaba decidido al tener que pensar y actuar primero por el bien de una criatura que no se valdría aún por sí misma. Eso era lo mejor. El joven era muy trabajador, decidido, apuesto y honesto. En una época así tampoco existía la posibilidad de escoger entre muchas opciones. Una mujer debía ser esposa, madre y punto. El camino del celibato se esfumaba de las manos de una mujer si su vientre se expandía, como comenzaba a pasarle a mi madre.

Nunca se arrepintió. Ninguno de los dos. Mi abuelo materno no opinó mucho. No estuvo de acuerdo del todo, pero tampoco se opuso. Su esposa, en cambio, estuvo hablando todo el tiempo hasta que el nacimiento de un bebé a los seis meses de matrimonio le comprobó su teoría. Era un poco tarde entonces, ya estaban casados, pero le dio a la madrastra más poder para seguir hablando, como lo hizo desde que intentó convencer a su esposo de que no era una buena idea aceptar esa unión.

Mi madre era tan sólo un mes mayor que mi padre, pero nacieron en años diferentes. Sus familias tenían ritmos de vida muy distintos. Pero pasa que ni al corazón ni a la razón se les puede forzar cuando las personas son decididas como lo fueron ambos. Tanto mi madre como mi padre tenían otros siete hermanos y ambos eran el hijo número seis en su familia. No sé si alguna vez lo consideraron una señal, algo divertido, casualidad o nada en realidad. Lo que sí sé es que se amaron por más de seis décadas, hasta que mi padre decidió partir de nuestro lado.

Cuando nació mi hermana mayor, Solángel, mis padres ya tenían su propio espacio.

—Sabes que tienes que recibir una menor herencia —le dijo mi abuelo a mamá.

Ella lo sabía desde mucho tiempo atrás. Era mujer. Era imposible recibir la misma valoración que si fuera hombre. El sexo femenino no se consideraba apto por los hombres para manejar temas “de importancia”.

Cuando mis padres se casaron, mamá recibió una herencia equivalente a una porción de terreno cuatro o cinco veces más pequeña que sus hermanos varones. Pero eso no le importó. El terreno bastó para esa joven y trabajadora pareja, pues les permitió construir una pequeña y muy humilde morada, donde comenzaba su vida como un matrimonio consolidado. La herencia pasó directo al poder del esposo, porque tampoco se la darían mientras estuviera soltera. Eso era imposible. Una mujer no era capaz de manejar esas cosas. Pero a mamá tampoco le importó. Al fin y al cabo, ahora eran uno solo. Compartirían todo por el resto de sus vidas.

2

Conforme pasaban los meses de matrimonio, mamá supo que no se equivocó con su decisión y papá estaba orgulloso de la esposa que lo acompañaba cada día. El apoyo entre ambos fue incondicional desde el principio. Mi padre respetó siempre la opinión de su increíble e inteligente esposa. No pudo estudiar porque la madrastra no lo permitió, pero amaba leer. De esa manera, en cada periódico, libro o documento que llegaba a sus manos encontraba un maestro invaluable que la mantenía informada de temas variados.

Mi padre, por otro lado, no leía tanto, pero era tan inteligente como para ser diferente de su sociedad. Confiaba cada decisión importante a su esposa y conversaba a su lado hasta que llegaban a un acuerdo conjunto. Jamás la dejaría fuera de las decisiones que marcaban la vida familiar.

Su vida se rodearía siempre de dificultades económicas. En especial porque tuve muchos hermanos, pero eran felices, fuertes, valientes, trabajadores determinados y perseverantes. Encontraban cómo producir la mayoría de sus alimentos y siguieron agrandando y mejorando la casa en cada oportunidad que se les presentaba. Pobreza suele ser sinónimo de creatividad en muchas familias, pero no en todas. La ropa, los zapatos, útiles y demás necesidades a cubrir en un hogar con hijos se resolvían con métodos impensados por terceros. Pero hicieron lo mejor que podían. Lo que sabían hacer. Como pasa con cada humano que nace. Cada quien hace lo que en ese momento puede o cree saber.

Nadie puede prever todas las angustias o alegrías que el futuro le depara, y mis padres decidieron que las vivirían juntos, hasta que la muerte los separara. Desde el momento en que se casaron, formaron una alianza de apoyo mutuo y trabajo duro. Creyeron el uno en el otro. Mamá se encargó del hogar y de los hijos. ¡Vaya que si es trabajo duro eso! Cocinar no implicaba sacar de la alacena los víveres comprados en el supermercado. No señor. Un día en la cocina era como una semana para muchos que no tienen práctica en este arte.

—¡A levantarse!

Era el primer pensamiento de Flor, mi madre, cuando sus ojos se abrían con los primeros cantos del gallo alrededor de las cuatro de la mañana. Más bien, madrugada. De inmediato se ponía en movimiento. El baño estaba en su quehacer número uno. Sin importar el clima o la fecha, el pato iba al agua. Y nada de agua caliente, con termo ducha. Era agua fría y punto. Mamá pensaba que así se despertaba por completo y su cuerpo se hacía más fuerte. Resistente a enfermedades. Eso y comer bien.

Su segunda tarea indispensable era encender la cocina. De leña, por supuesto, como las de esas épocas. Instalada con una delgada chimenea que ayudaba a sacar el humo (aunque por supuesto no lograba deshacerse de todo), la cocina comenzaba a calentar poco a poco, y el control de los troncos dentro de su boca deseosa de carbón continuaba durante todo el día. El fuego jamás se apagaba, hasta que era la hora de volver a dormir.

Si madre no estaba pendiente de la cocina, alguien más era el designado para semejante control operativo. No era algo fácil. Debías desarrollar habilidad para controlar el calor, de otra manera,

acabarías comiendo frijoles quemados y eso era imperdonable.

Al principio del matrimonio todo marchó en orden. Mamá conocía de principio a fin todos los deberes domésticos. Papá conocía la tierra muy bien y eso les proveía ingresos, además de alimentos. Tal vez el detalle que necesitaba más práctica era la intimidad conyugal, pero incluso en eso desarrollaron juntos un breve conocimiento antes de ir al altar. Después de todo, Solángel venía ya en camino. El tema era tabú desde mucho antes, como lo sigue siendo incluso en esta vida contemporánea. Más creo que es por salvar falsas apariencias, porque —al fin y al cabo— en cualquier época del tiempo, sin importar los castigos ni las enseñanzas estrictas, cientos de mujeres quedaban embarazadas de sus novios formales, novios informales o amantes. Si en esa época lograban escabullirse, ¿por qué habríamos de juzgar? Todas las eras seguirán siendo iguales en ese aspecto. Sencillamente es una forma de ser feliz. Nadie debe arrojar la primera piedra. Nadie vive la vida del otro, ni aprende con la mente del otro ni está en los zapatos del otro, como se dice de forma popular.

La primera mascota que tuvieron mis padres fue una decisión conjunta. Orión. Fue un gran perro. Considerado una necesidad para que ayudara en las labores de guardián de la casa y el terreno. Orión fue el primero de muchos. Y dejó la huella para todos los próximos guardianes que vendrían. La raza de Orión se describe como “Desconocida”. Muy probable es que tuviera un poco de aquí y un poco de allá. Lo adoptaron de un vecino cuya mascota parió nueve cachorros de padre misterioso. O varios padres misteriosos. Jamás lo supieron. La cuestión era que tenían que darlos en adopción porque el espacio era insuficiente para tanto animal.

Mis padres daban a los animales espacio de sobra. El terreno donde estaba la casa aportaba más de tres mil metros cuadrados para comenzar a criar guardianes y comida. Orión pertenecía a la primera categoría. En la segunda estaban las gallinas, los cerdos y una hermosa vaca que proveía leche, por tanto, también queso, natilla y derivados en general. Todos preparados por mamá, ayudada por papá. La experta era ella.

También en el área de comida podemos incluir todos los cultivos que cambiaban con la época del año. Desde árboles frutales, hasta los más pequeños vegetales de hoja. El maíz no faltaba. Sin él no habría tortillas ni muchos otros platillos que tenían este alimento como base fundamental.

—Necesito hacer la masa.

—Las mazorcas están listas. Iré a cosecharlas de una vez.

Era la respuesta infalible de mi padre. Nada del supermercado. Ese quedaba en la parte trasera de la casa, directa de la mano de Madre Naturaleza. Fueron épocas duras, pero muchas familias empeoraban la situación cuando, los pocos ingresos ganados, eran despilfarrados en el bar de cuanto pueblo visitaban. Mi padre no. Él tuvo siempre sus prioridades muy claras y en orden.

—La familia es primero.

Respondía sin dar paso a recriminaciones por parte de sus amigos o familiares cuando deseaban tentarlo, sin obtener resultados.

—Claro, Chico. Por supuesto.

Tal vez pensaban que su sentimiento de culpabilidad se vería mermado si otros eran culpables del mismo pecado. Pero insisto, cada quien aprende a su ritmo, lo que pueda en cada momento respectivo de la vida. Es sólo que olvidamos muchas veces lo primordial: ser felices. Es a lo que vinimos. Pero posponemos la fórmula para tener todo lo que deseamos en la vida por preocupaciones inválidas o innecesarias para la felicidad, como la opinión ajena o las cosas materiales.

No digo que lo material no sea necesario para vivir, o que no aporte alegría a quien goza de

algo deseado, como el alimento. Lo que digo es que, quien aprende a ser feliz de corazón con lo que tiene, seguirá atrayendo más cosas que le hagan dichoso, gracias a las leyes universales.

Orión nos acompañó toda su vida. Todavía no terminaban de nacer todos mis hermanos cuando murió. De esta manera dio paso a Lluvia. Fue una perra muy agradable. Los compañeros animales estuvieron con nosotros siempre. Incluso cuando mis padres no se habían casado, ellos estaban acostumbrados a compartir su vida con los típicos inquilinos de granja.

Mis abuelos paternos, Cipriano y Teodolinda Josefa (sí, en serio esos eran sus nombres), tuvieron una vaca muy hermosa llamada Veterana. Muchos otros animales se sumaban en la lista de ese hogar, como pollos, cerdos, perros y algunos más. Pero los bovinos eran casi obligatorios en aquella época. Podían proveer sustento a las familias y mantenían el pasto corto, evitando horas de trabajo innecesario. Igual pasó con mis abuelos maternos. Gabriel y Zoila Rosa poseían muchos animales, y entre ellos se encontraba la vaca Miguela. Fue una de las amigas de mi madre. Ella le permitió aprender a preparar los lácteos que llenaban el estómago de todos en el hogar. Y mamá lo hacía siempre de maravilla. Amaba los lácteos. En realidad, amaba todo en la cocina.

Su forma de mostrar el amor hacia los suyos era llenándoles el estómago. Aprendía miles de recetas cada mes y encontraba la forma de crear su propia versión para tener variedad en todas las comidas. Explotaba su creatividad al máximo cuando de combinar alimentos se trataba. Por supuesto que no voy a decir que todos los experimentos salían siempre a la perfección. Muchos no funcionaron como se esperaba, aunque recibieran algunas aprobaciones; otros no funcionaban del todo.

Cuando los nueve hijos estábamos pequeños, mi madre conocía con detalle los gustos de cada uno. Manolo amaba el pan quemado, así que los últimos trozos en el horno siempre se pasaban de cocción, con mucho misterio. Petunia tenía debilidad por las cajetas y Luis José por la carne. Cada platillo llegaba con el toque ideal preferido por el comensal respectivo. Mamá nunca olvidaba nada.

Su deseo de conocimiento era insaciable. En particular, cuando de recetas se trataba. Entre enseñanzas, lecturas y experimentación, la comida en nuestro hogar jamás se tornó aburrida. La variedad de colores y aromas llenaba con calidez cada habitación de la casa. Un día típico comenzaba desde la madrugada e incluía hornear más de un tipo de pan, una sopa, un par de picadillos y dos o tres tipos de postres, casi siempre cajetas. Además, no se podían olvidar los platillos obligatorios de cada día: tortillas para toda hora, desayuno abundante, almuerzo, cena y meriendas entre cada comida. Al menos una vez a la semana se hacían los tamales y algún otro platillo especial.

Para familiares y amigos, llegar a nuestro hogar significaba siempre ser recibido por el aroma sabroso de la comida casera. Después del saludo de bienvenida, un plato se asentaba de inmediato entre sus manos y la felicidad de mi madre se multiplicaba al verlos devorar con avidez hasta la más pequeña borona del platillo.

3

Conforme crecía la familia, más se utilizaba la cocina. El incesante camino de humo se extendía hacia el cielo para unirse a él como un amante inseparable. Era una señal constante de la vida familiar. La cocina de leña parecía generar el calor del hogar tanto como el corazón de los padres.

Los vecinos solían aparecer a la hora de la merienda en la tarde como por casualidad. Pero agua y alimento jamás se le negaría a alguien en aquella humilde morada. La reputación de mi madre como excelente cocinera se extendía como la varicela en aquella época. Era inevitable querer probar la mano de Flor, que donaba platillos exquisitos para las actividades eclesiásticas anuales del pueblo.

En las fiestas patronales, el lomo relleno y el picadillo de papa o arracache era lo primero en agotarse cuando sabían quién los cocinaba. Cada cosa era preparada con amor, esmero y muchas horas de dedicación.

Mis padres han sido muy religiosos toda la vida. Como matrimonio, desde el principio de su relación, se les veía en la iglesia sentados en primera fila cada domingo. Fieles a su devoción, ayudaban sin pensarlo en todas las actividades religiosas. Papá ayudaba con trabajo, leña o cualquier otra necesidad que le solicitaran cubrir. Mamá, por otro lado, siempre donaba su mano. Cocinaba cuanto platillo podía y lo donaba a la iglesia, según la ocasión celebrada.

Comida tras comida, el reconocimiento de su creatividad culinaria se abrió paso de forma rápida, creando una reputación que cualquier chef envidiaría. De ahí en adelante, el amor por crear más y más nuevas recetas se incrementó en mamá. En especial porque casi todos estaban dispuestos a “sacrificar” su paladar para hacer las veces de jurado.

Papá siempre tenía el plato preferencial en la casa. Ambos trabajaban igual de duro. Y ambos lo sabían. La opinión del otro se respetaba y se compartía, hasta donde era posible. Por eso, su ración de alimento era la primera y la más grande. Era el único que tenía derecho absoluto para solicitar una receta en particular y era el más sincero al vetar las que no le parecían. Aunque no recuerdo ni una sola vez que diera un punto de vista negativo sobre la comida. Papá traía la comida del campo a la cocina. Mamá la pasaba de cruda a preparada.

La vida familiar giraba en torno a la cocina, el campo y la iglesia. La sangre y el trabajo honesto iban siempre primero. Nada de desperdiciar el tiempo o el dinero si algún estómago estaba gruñendo. Las prioridades nunca cambiaban. Es por eso que, cuando decidí casarme, nadie lo podía creer. Todos me advirtieron, pero nadie aprende por las experiencias ajenas. Yo no siquiera las escuchaba. Pero eso lo podemos dejar para más adelante en la historia. Por ahora centrémonos en los orígenes que dieron paso a mi vida.

La cultura en ese momento era sexista en todos los sentidos. La persona considerada importante, inteligente y jefe de familia no era otro más que el hombre. Las herencias se entregaban sólo si la mujer se casaba. La educación se destinaba al género masculino. El dinero lo manejaba el padre del hogar. La mujer debía estar en la casa, dedicarse a cuidarla junto con su esposo e hijos. No se consideraba un trabajo, sino su obligación. Los hombres tenían derecho de

derrochar el dinero ganado en lo que quisieran y las esposas no podían protestar u opinar. Los casos en que sucedía lo contrario, como con mis padres, eran contados con los dedos de una mano.

Cierto día, mi padre trabajaba en la propiedad que heredaron por parte de mi mamá. Localizada a cierta distancia de su casa, siempre trataba de acudir al terrero en cuestión, ya que trabajaba allí con café, árboles frutales, maíz y muchas otras plantas para consumir y vender. Estando en el límite de la propiedad, reparando una cerca, un adinerado señor se acercó de inmediato y le preguntó si era el dueño.

Resulta que, algunas veces, las personas consideran una gran cualidad poder detectar la humildad de los demás para sacar provecho de ellos. Y fue lo que intentó este señor con mi padre. Lo que no se esperó es que resultara un gran esposo y no una pieza más en su rompecabezas.

—Sabe que la cantidad que le estoy ofreciendo por estas tierras está más elevada que el precio juzgado por la mayoría. Yo quiero que nos vaya bien a los dos en este negocio. No lo piense mucho, porque me puedo arrepentir.

—Pues de precios no sé mucho. Es la primera vez que me ofrecen comprar el terreno.

—Con mucha más razón, entonces. ¡No lo dude! Yo que usted aceptaría, porque significa que hay pocas personas interesadas en comprar tierra por este sector. Ya se lo dije, es mi consejo como experto.

—Bueno, yo también ya le dije que debo considerarlo con mi mujer. Le expliqué ya que todas las decisiones importantes las tomamos entre los dos.

—¿Y para qué pierde el tiempo? Tiene que hacer lo que usted diga. Será una pérdida de tiempo, de todos modos. ¡No va a entender nada del negocio! Al fin y al cabo, sólo es una mujer.

—Para usted será sólo una mujer. Pero es MI MUJER y, al fin y al cabo, tomamos las decisiones como el matrimonio que somos. Primero Dios y la Familia. Después el resto. Pero imagino que estoy perdiendo el tiempo, de todos modos. Supongo que usted no entiende de ese negocio.

Y con una mirada un poco hosca y molesta, el señor adinerado intentó mostrar una sonrisa que debió omitir, porque no logró evitar que se transformara en mueca falsa. Disimulando su desagrado, aseguró que también valoraba mucho a su esposa. Se despidió con amabilidad, pero sin ser cordial y le indicó el próximo día en que regresaría para saber su decisión final.

Al llegar a casa para la cena, mi padre seguía meditando la mejor manera de abordar el tema. Lo estuvo pensando todo el día. El dinero ofrecido era una cantidad que jamás había visto, y él consideró que jamás vería, siendo sincero. Esa suma elevada los dejaría muy bien acomodados por mucho tiempo. Tal vez hasta que sus hijos crecieran y formaran su propio hogar. Pero la herencia era directamente de su esposa. Jamás pasaría por encima de la decisión de ella, aunque todo estuviera a su nombre.

—Por supuesto que no —respondió mamá de manera tajante y sin levantar los ojos de su bordado en proceso.

No había nada que replicar con ella. Tenía razón. Aun así, quiso saber las razones, para comprender mejor si pensaban en los mismos motivos.

—¿Por qué lo crees?

Mi madre lo miró con tranquilidad. La inteligencia brillaba en sus ojos café, iluminando también la mente de papá. O al menos eso era lo que sentía en aquel momento.

—Sé que estás pensando en la enorme cantidad de dinero y el alivio que sería para nosotros en este momento. Pero hay que pensar un poco más allá, no sólo en este instante, sino en lo que

queremos que sea. Y lo más importante para nosotros ¿qué es?

—Dios y la familia.

Mamá asintió dulcemente con la cabeza. Ambos estaban sincronizados. Comida no les faltaría. Tenían suficiente terreno para sembrar todo lo que ocuparan y tener los animales que creyeran necesitar. Los dos trabajaban duro y estaban dispuestos a seguirlo haciendo. Pero ¿qué heredarían a sus hijos para que su futuro estuviera asegurado si ya no había terrenos para ellos y el dinero se hubiera gastado en gran cantidad? Porque eso pasaba. Las necesidades llegarían y Dios sabía que ellos no tendrían dudas para comprar lo que sus hijos merecían.

Cuando quisieran formar sus propios hogares, el dinero no alcanzaría para repartirlo por igual y que fuera suficiente para que todos tuvieran su espacio, su casa asegurada para que la nueva familia estuviera segura. No señor. Si vendían esos terrenos, perderían la seguridad que deseaban dar a sus hijos incluso desde antes que nacieran.

El estómago estaría siempre lleno y ya se las ingeniarían para sustentar las otras necesidades básicas. Encontrarían la forma de dar ropa a cada uno de los hijos y lo que necesitaran. Tenían velas para alumbrar en la noche, leña para calentar el hogar y cocinar, una casa humilde pero propia. Nadie los sacaría de allí jamás. Su necesidad primordial estaba asegurada. Pero si vendían, ya no sería de la manera planeada. Y el señor adinerado lo sabía. Para mala suerte de él, mi mamá también. El terreno podía costar cuatro veces o más de lo que había ofrecido. Sólo intentó sacar provecho de un campesino al que, sin conocer, consideró ignorante. Una presa fácil. Pensó que vendería de inmediato al escuchar la cifra, porque de esa misma manera consiguió varios otros terrenos en diferentes partes de la provincia. Sin embargo, esta vez no fue así.

Mamá conocía del valor de las propiedades porque siempre prestó atención a los negocios de su propio padre. Su esposo era tan precavido como para tomarla en cuenta en las decisiones. Tipo listo. Después de todo, eligió a mi madre. Por tanto, era sabio.

Por supuesto que no vendieron. El hombre se enojó con ellos, aunque no lo conocían. Eso lo hizo ser un incidente algo cómico, además de extraño. Y todos los hijos heredamos un hermoso terreno para cuidar a nuestras familias. En mi caso, nos salvó del completo abandono. Pero eso lo explicaré poco a poco.

Es usual que los humanos consideremos a nuestros padres personas especiales. Mi padre lo era en realidad. Tal vez un poco más allá del significado tangible por la mayoría. Él tuvo un don muypreciado. No supo explotarlo muy bien, pero su sexto sentido lo guió en múltiples ocasiones y en otras, simplemente, no supo cómo interpretar lo que veía ni lo que sentía.

Mientras vivimos, todos tenemos un poco de este don, pero es normal que intentemos desactivarlo. Es una tontería, ahora lo sé, porque es una guía que nos llevaría de la mano en todo momento...si la escucháramos. En lugar de eso, tratamos de restarle importancia, aunque en algunas ocasiones sea muy obvia como para negarla del todo. Es casi como cuando un niño berrinchoso intenta taparse las orejas para no escuchar una lección. Sabe que le están hablando, que tratan de enseñarle algo valioso. Oye que es con él e incluso puede ver que el adulto mueve los labios, pero con tal de no escuchar comienza a gritar. Como si eso resolviera su dilema.

Pues igual nos pasa a los adultos con el sexto sentido. Sabemos que existe, que nos intenta guiar, hablar, explicarnos. Pero la mayoría de nosotros nos tapamos los oídos e incluso gritamos, tratando de no escuchar lo que nos dice porque pensamos que es una estupidez. Noticia de última hora: no lo es. Nuestro sistema de guía emocional, o sexto sentido (para mayor facilidad), nos muestra siempre el camino, o lo intenta, porque en la mayoría de los casos lo ignoramos.

4

Mi padre, su energía interior, siempre ha sido muy fuerte, potente. Esto hacía que no fuera fácil para él ocultar su guía. Vivió muchas veces situaciones que lo atormentaron porque tuvo miedo. No podía interpretar sus visiones como ayuda, sino como algo desconocido que contradecía sus creencias.

Papá no solía hablar de eso. De hecho, creo que nunca lo hizo abiertamente, hasta que estuvo muy mayor. Contaba sus anécdotas como recuerdos simpáticos e historias para sus nietos, porque ellos solían escucharlo más que sus propios hijos, como suele pasar con los adultos mayores. Los hijos creemos haber escuchado cada historia mil veces y vamos perdiendo la paciencia cuando de cuentos se trata. El pasado lo damos por objeto de olvido, pero es bueno recordar que no es acerca de la vida de antaño. Más bien se trata de escuchar, de compañía, de compartir. Todos queremos amor y la familia siempre ha sido lo más importante para mi padre. Así que, sus nueve hijos, decíamos que las visitas de los fines de semana era para hacerle compañía a papá cuando estaba enfermo, pero la verdad es que no nos dábamos cuenta que éramos una molestia para él, la mayor parte del tiempo.

No crean que estoy diciendo que no nos quería. Todo lo contrario. Pero cuando alguien está con dolor, desea silencio, paz y tranquilidad. Desea que sus peticiones sean escuchadas y que cuando pide la inyección para el dolor es porque de verdad ya no aguanta más. No la quiere ahorita ni dentro de un rato. Si la quiere ya es porque el dolor le está ganando la partida. Pero todos nos limitábamos a seguir hablando y reñirlo por no esperarse para cuando le doliera “de verdad”. Los hijos muchas veces olvidamos las necesidades de nuestros padres. Es normal porque somos humanos. Y como humanos no aprendemos de las palabras, sino de las experiencias. Para cuando experimentemos lo que nuestros padres, puede que sea muy tarde para revertir esas acciones.

No hablo de esto para hacer una ola de tristeza, sino para explicarte lo que he aprendido. El universo nunca mira atrás. Jamás. No te juzga, ni reprocha. No tiene sed de venganza ni se llena de gozo cuando sufres. Nada de eso. La inagotable fuente de energía que nos envuelva a todos sólo mira hacia el frente y jamás deja de amarte. Mis padres incluidos. No nos juzgan. Sólo nos aman. No se arrepienten. Sólo miran al frente. Sólo los humanos sentimos remordimiento cuando vemos una actitud en nosotros que consideramos mala. Como cuando no escuchamos a nuestro padre contar sus mil y una historias.

Creo que ni yo ni mis hermanos supimos nunca la mayoría de las historias extrasensoriales de papá. Él no hablaba y nosotros no escuchamos cuando al fin lo hizo. Pero ahora yo sí escucho. El pasado y el presente son uno solo. El tiempo es diferente en este instante. Sólo vivimos en el ahora. Vivimos ya, este momento. Las voces de años atrás suenan al unísono como una dulce melodía que llena el corazón, porque todo son experiencias incommensurables que nos permiten ser quienes somos, crecer, expandirnos.

Cuando Solángel decidió aparecer en escena, unos seis meses después del matrimonio de mis padres, ellos se habían acostumbrado ya a una cierta rutina de trabajo y vida familiar. Al igual que

el resto de sus hijos, la aparición ocurrió en la propia casa. Lo más cercano a un doctor que había en el pueblo era una partera que ayudó al nacimiento de todos los niños en los alrededores.

El sudor, las dudas y los dolores no se impusieron ante mis padres. Aunque mamá era la menos nerviosa. Estaba decidida a demostrar su fortaleza siendo un ejemplo para su novato marido. Los niños nunca eran cuidados por los hombres, no importaba si tenían hermanos menores. Por lo general, eran las mujeres las encargadas de semejante labor.

Mi padre esperó fuera de la habitación, caminando de un lado a otro. Rezaba, temblaba y sudaba sin saber qué decir ni cómo actuar. La partera acudió de inmediato ante su llamado y ahora era la encargada de sacar a la criatura en las mejores condiciones posibles.

—¡Vamos niña! ¡A pujar sin miedo! Yo te voy a guiar. ¿Viene alguien de tu familia?

—No pudimos avisarles a tiempo...

—En ese caso, tú tranquila que estás conmigo. No te voy a dejar ni un instante. Todo está bien. Más que bien. Ahora, ¡a pujar!

Tal vez fue la incertidumbre asomando en los ojos de mi madre lo que hizo brotar la ternura en el corazón de la partera. O simplemente amaba lo que hacía. La cuestión fue que trató a la joven Flor como a su propia hija. La experiencia era recordada por mamá como un parto fácil y bastante rápido. Menos de treinta minutos después de que llegara la partera a esa casa, un hermoso capullo brotó entre ráfagas de agua, sangre y gemidos.

El nombre que recibió aquella bebé fue en honor al sentimiento generado en sus progenitores al primer instante. Jamás vieron algo tan hermoso, tan frágil y pequeñito. Era un sol y un ángel a la vez. No planearon lista alguna de antelación con posibles nombres, pero supieron cómo se llamaría de inmediato. Toda duda ante el primer parto de su vida se desvaneció cuando Sol lloró entre sus brazos por primera vez. Ahora, ambos sentían que un amor nunca conocido antes desbordaba sus corazones. Era probable que también sus gargantas, porque las palabras no brotaron de sus bocas hasta muchos minutos después. Sólo la partera cantaba con alegría mientras daba instrucciones de cómo tratar a la recién nacida.

La incertidumbre se transformaba ahora en amor y miedo a la vez. ¿Cómo harían para protegerla como deseaban? El amor hacia un hijo siempre acarrea consigo el desconsuelo de perderlo, de verlo enfermarse o presenciar sufrimiento. El amor de padres es algo excepcional, porque no pueden amar sin temer a la vez.

Un año y unos meses después, la escena volvió a repetirse. Misma partera, mismos padres, mismo lugar. La única diferencia —con respecto a la vez anterior— era la bebé en la cuna que esperaba impasible la llegada de un hermano menor.

Manolo comenzó la ampliación familiar. Él y Solángel tuvieron que crecer rápido. Los mayores aprenderían a compartir con los padres la carga de los quehaceres hogareños y, algunos años después, del trabajo para mantener a la familia.

Cuando Petunia se les unió a las crecientes bendiciones enviadas por Dios, papá decidió que lo mejor era conseguir otro tipo de trabajo. Así se convirtió en policía y, algunos años después, en guardia de seguridad privada.

Jamás dejaría el campo porque lo llevaba en la sangre y era su forma de llevar el alimento con plena seguridad para cada miembro de la familia. Además, era un trabajo duro y pesado. Papá siempre creyó que esa era la manera correcta e ideal de proveer para la familia. Si algo era muy sencillo, sentía que no valía lo que hacía. Cuando tuviera que dejar su trabajo al ser anciano, su forma de pensar lo haría creer que no merecía la comida de cada día porque “no se la ganaba”.

En la época en que papá se convirtió en policía, los deberes que debía ejercer serían

considerados fuera de lugar en la época actual. Debía (por ejemplo) repartir el correo casa por casa, caminado muchos kilómetros para abarcar toda la zona designada. La luz era un lujo prescindible en la mayoría de los hogares y edificios gubernamentales, por tanto, incluso las calles carecían de adecuada iluminación una vez que el cielo decidía apagar el sol cada día, entre las cinco y las seis de la tarde.

La oscuridad puede traer consigo sombras y dudas. Algo se mueve por aquí o parece ser visto por allá. En las noches cuando papá venía caminando solo, tarde y en silencio, algunas de las cosas eran simplemente ignoradas por ser consideradas parte de la noche. Ya saben, una rana, alguna rama o árbol que se mueve. Al estar oscuro no se podía diferenciar. Eso era natural. Pero algunas de las cosas que vio y que no pudo explicarse objetiva ni espiritualmente, lo hicieron sufrir insomnio, escalofríos y temor. Ese frío deslizando por la espalda se lavaba con la salida del sol al día siguiente. Pero su memoria no borraría jamás esas historias, aunque la mayoría nos las compartiría con nadie en toda su vida, fuera por angustia, frustración o la sospecha de que lo catalogaran de loco, sin importar que lo presenciado hubiera sido real o alucinado.

Los trabajos como funcionario de la ley le permitieron a mi padre tener un salario decente con el que velaba por su familia y una pensión llegada la hora del retiro, aunque la cifra no reflejara su esfuerzo real. Sin embargo, también tenía sus contras. El horario y la lejanía de su familia por muchas horas seguidas también lo sufría al trabajar en el campo, pero las agresiones no.

Como guardia privado nocturno, estaba acostumbrado a la oscuridad y al misterio. Sin embargo, cuando las sombras que se movieron aquella noche resultaron reales, no pudo hacer nada por evitar el robo. El golpe que recibió papá en la cabeza lo dejó inconsciente de inmediato. Al despertar en el hospital, no recordaba casi nada. Amnesia temporal, dolores de cabeza, puntos de sutura, mareos y ausencia laboral, fueron algunas de las consecuencias que la culata de esa arma le proporcionó al abnegado trabajador.

Pero la vida continuaba y seguía girando con o sin él. No se permitiría libre ni un día más del exigido por el doctor. Apenas pudo sostenerse en pie sin vomitar, estaba pidiendo permiso para regresar a su labor de protección a la fábrica, vandalizada unas semanas atrás.

Mientras Solángel, Manolo y Petunia crecían, fue necesario que compartieran más de lo deseado. Misma cuna, mismo encierro, mismos juguetes y misma ropa. No importa si estaba raída, algunas veces era necesario heredarla una y otra vez. Mamá se hizo experta costurera al convertirse en madre. Al fin y al cabo, lo importante no era cómo se veía la ropa estéticamente hablando, sino la necesidad que estaba cubriendo en los hijos. Incluso algunos de sus vestidos pasaban a convertirse en hermosos atuendos de bebé. Sin importar esa moda, mamá los veía siempre como si estuvieran usando Óscar de la Renta con accesorios Chanel. Eran la luz de sus ojos tanto para ella como para mi padre.

“La familia primero” sería su slogan eterno. Su legado de amor, aprendizaje y perseverancia. Una vez triplicado el fruto del vientre familiar, la necesidad de sustento crecería de igual manera. El trabajo era abundante, tanto fuera como dentro de la casa y la felicidad en el hogar siempre encontraba la manera de abrirse camino, aún con las dificultades que se presentaban para cubrir obligaciones económicas. Sin embargo, “panza llena—corazón contento”. Y en casa nunca faltó la comida.

Sin importar el amor que llenaba el hogar, mis padres jamás podrían haber imaginado el futuro que tendrían por delante conmigo. Con ninguno de los hijos, en realidad. Pero el dolor y el sufrimiento de lo que me ocurriría, los llegó a envejecer diez años en el transcurso de uno solo.

—Pero ¿por qué a ella? —decía la voz de mi madre ahogada por la plegaria que elevaba al

cielo en voz alta—. ¿Por qué así, Dios?

Las peticiones extendidas hacia el universo, que nunca tendrían contestación, eran constantes en la casa de mis padres. Nos cuesta mucho entender que, sea cual sea el destino que enfrentemos en la vida, es imposible culpar a nadie más que a uno mismo.

Las horribles experiencias que caminaban hacia la puerta de mi casa se abrieron paso desde que yo decidí dejarlas entrar. No todo fue culpa de Adriel, sino mía, por permitirle volver un infierno mi vida y la de mi familia.

De 1956 a 1993 (Segunda parte)

1

Luego, llegó mi turno. Cuando mi hermana mayor tenía casi los seis años, yo decidí venir al mundo. Desde el momento en que comencé a ejercer presión por salir de mi cubículo materno, mi carácter obstinado salió a la luz.

Lo de la partera seguía sin cambiar, así que nací en la casa de mamá. Pero estaba decidida a hacerlo a mi ritmo, a mi forma. Nada de presiones, ni que rapidito o que en esta posición. Eso no era ideal para mí, aunque lo habría sido para mi progenitora.

Después de casi cuarenta y cinco horas de dolor e insistencia, por fin mi cabeza asomó hacia el nuevo mundo. Llena de expectativas por vivir, mi aventura empezó con el pie izquierdo, como se suele decir. La partera tuvo que hacerme llorar a la fuerza, por el dolor que dejó en mi trasero su experta palma cuando se dio cuenta de que no respiraba. Pasado el dolor y el susto, mis hermanos deseaban que mejor no hubiera salido aún, porque ahora el llanto no se detenía.

Me catalogaron desde muy pequeña como “desobediente”, porque en realidad lo era. Puede ser gracioso ahora cuando alguien recuerde alguna anécdota, pero ese comportamiento sacó a mis padres más canas de las necesarias y, a mis hermanos más peleas de las que acostumbraban entre sí.

Muy diferente a como me vieron los demás, yo me consideraba libre, independiente, despreocupada. En una palabra: feliz. Mi propia personalidad se imponía a cualquier otra. No importaba quién era esa otra persona, yo no podía doblegarme ni ceder ante nadie cuando deseaba con tanta fuerza algo que los demás no querían para mí. O para ellos.

Con mis padres nunca discutía, pero sin importar los regaños o los castigos, al final, no obedecía. Siempre seguí mi propio curso. Mi destino. Yo elegí el camino, las reglas, los aciertos y los desaciertos.

Creo que la lora que mamá tenía como mascota aprendió a decir muchas frases gracias a las repeticiones constantes dirigidas a mí.

—¡Jupona! ¡Haga caso, chiquilla! –gritaba el animal, con voz estridente.

Si alguna visita estaba en la casa en ese instante, las risas eran obligatorias. Después de todo, es bastante increíble escuchar que un animal repita una frase como esa. Pero mi madre deseaba darme un zapatazo cada vez que pasaba. No le hacía gracia que la lora imitara sus intentos de educarme. Sentía que no tenían mucho efecto y le recordaba mi conducta inapropiada. Yo no podía evitarlo. Estaba en mi ADN.

Siendo todavía pequeña, pasaba muchas horas en el encierro para bebés que heredé de mis hermanos. Para ser honestos, era sólo una caja de madera. Mi padre la había arreglado con amor y esfuerzo para que mamá pudiera utilizarla con nosotros, ya que ella tenía mucho trabajo entre los hijos y la casa.

Tanto Sol, como Manolo y Petu disfrutaron de la caja—encierro. Pero para mí era sólo eso: un encierro. Ellos podían jugar por horas con los muñequitos que mamá confeccionaba o con los que papá tallaba en madera. A mí podían llenarme la caja con juguetes, que ni siquiera los habría

mirado. Mi única intención era planear mi escape de aquel lugar. Fui niña prodigio en cuanto a fugas infantiles. Lo intentaban todo, pero cualquier elemento sería utilizado por mis pequeñas y hábiles manos para hacerlo funcionar como escalera.

¿El último recurso de mi madre? Un lazo. Tenía que amarrarme cuando le urgía que yo estuviera prisionera de aquella horrible cárcel. Mamá se sentía aliviada. Nada más cantaba en voz alta para opacar mi llanto. Yo, en cambio, podía haber actuado las tragedias de Shakespeare. El drama recaía sobre mí y me veía como la más desdichada del mundo, por estar en una caja llena de juguetes cerca de mi madre. ¡Quién lo diría! Ahora también suena gracioso.

Mis hermanos ayudaron a cuidarme dentro de mi caja—prisión cuando mamá se los ordenaba. ¡Grave sacrificio para ellos! Me encantaba hacerlos sentir tan mal como me sentía yo al estar allí dentro. Todos y cada uno de los juguetes podían terminar creando una chichota con facilidad, ya que desde pequeña tuve una gran puntería. Acertaba un noventa y nueve por ciento de las veces. Así que, cuando yo paraba de llorar, era el turno de los mayores.

Es cierto que los amo muchísimo a todos ellos. La vida que compartieron a mi lado no demuestra otra cosa más que amor. Me cuidaron durante todo mi trayecto terrenal, desde pequeña hasta el final. Incluso en los momentos más duros, cuando una desdicha tras otra caía sobre mí, mientras yo lo permitía. Ellos me reprimían —con toda razón— por aceptarlo, por no cambiar ni hacer nada al respecto. Pero yo estaba enamorada, no puedo decir más que eso. Y aun así, después de cada trágica experiencia vivida, siguieron junto a mí. Cuidándome, amándome y deseando que mi vida hubiera sido otra. ¿Culpa? No hay. Sólo aprendizaje. Pero fueron mis decisiones las que los hicieron sufrir. Y las mismas que los martirizaban de pequeños.

Siempre nos amamos, pero eso no significó que yo les diera una convivencia pacífica. Nada de eso. Una vez que crecí lo suficiente como para correr y esconderme cuando mis travesuras se llevaban a cabo, no los dejaba ni respirar. Me dediqué a hacerles su vida imposible si no me dejaban hacer lo que yo quería.

No me gustaba hacerles favores a mis hermanos, eso es cierto. Pero cuando ellos no hacían algo por mí, me enfadaba tanto que tramaba mi venganza con mucho cálculo. Debía intentar que luciera como una casualidad, aunque casi siempre sospechaban que era yo. Cuando nadie se lo esperaba, mi plan se ponía en marcha. Escondía las cosas favoritas del que me negara su ayuda muchos días atrás. Incluso meses atrás, tengo que confesarlo. Ahora nada tiene sentido que esté oculto.

Podía llegar a esconder varias cosas de diferente dueño, sin que nadie se percatara del cómo o cuándo. Ya no me importaba si eran hermanos mayores o menores. Sólo me importaba darles un mal rato. Con los pequeños fui un poco cruel, tengo que reconocerlo. Si no me obedecían, los pinchaba un ojo para hacerlos llorar. Pero tan sólo era una niña buscando independencia en una casa llena de gente.

Cuando quieres ser libre desde tan pequeña, una casa abarrotada puede hacerte explotar contra cualquier persona. O mascota. Me gustaban los animales, pero no tanto como para dejar pasar la oportunidad de asustarlos o aprovecharme de alguna manera si el dueño de dicho animal era algún hermano o hermana con quien tuviera algún asunto pendiente.

Puedo sonar cruel en este momento. De hecho, creo que lo era. Tampoco fui un demonio. No hacía nada extremo, pero siendo adulta, cuando recordaba esos castigos, me sentía culpable por mi forma de actuar. Me desquitaba con otros por algo que me faltaba a mí.

Ahora sé que muchos humanos nos sentimos así en cualquier etapa de esta vida. Es usual que busquemos la felicidad en lugares erróneos o de maneras incorrectas, todo porque no logramos

conectarnos con la Fuente y dejamos de sentir la felicidad pura y plena con la que somos dotados desde el comienzo.

Algunas veces, nuestra búsqueda de ese algo que nos falta nos permite ganar sobrenombres como “La piedra”, por parte de tus hermanos. O te hace aguantar la fuerte pesadez de tus párpados en las horas más oscuras para poder ir a quitarle la cobija a tu hermano y esconderla, haciéndole pasar frío o dejándole otra más vieja, como revancha por alguna disputa anterior.

Cosas de hermanos y cosas de niños que son inevitables. Que lo digan todos aquellos que han sido padres. No hay forma de evitar que haya disgustos y molestias entre hermanos. Un hermano es alguien con quien siempre podemos pelear, pero a quien vamos a defender si alguien más intenta lastimarlo. Nos vemos obligados a amarlos y aprender a sobrellevarlos al mismo tiempo. Incluso si la forma de ver el mundo es completamente contraria en cada uno. Pero una vez que los tenemos, no hay vuelta atrás. Ya no podemos vivir sin ellos. Y tener muchos es pelear mucho, amar mucho, aprender mucho y soportar mucho. Todo a la vez. Quien elige tener muchos hermanos es una persona valiente.

Yo fui muy valiente de pequeña. La oscuridad y la noche nunca fueron mis enemigos mortales. Todo lo contrario. Amaba esas épocas del año en que las luciérnagas inundaban el aire. Nosotros las llamábamos “candelillas”. Pequeños puntos de luz bailaban al compás del viento, sintonizando su luminosidad con la del cielo infinito. Parecía que esos diminutos faroles trataran de competir con las estrellas en el firmamento, en una danza intermitente a la que sólo el amanecer lograba poner fin.

Por supuesto que perseguir a esos pequeños amiguitos era una de mis aventuras favoritas al caer el sol.

—No te vayas muy lejos, Lillian. Quédate cerca para poder vigilarte.

Mi madre siempre me decía lo mismo. Y yo siempre respondía igual.

—¡Sí, mamá!

Pero cinco minutos después ya nadie podía distinguirme. Cuando escuchaba mi nombre a lo lejos yo jamás respondía. No tenía tiempo para eso. Estaba muy ocupada capturando insectos brillantes y coleccionándolos en un envase de vidrio. Le hacía con mucho cuidado pequeños agujeros a la tapa para que pudieran respirar, pero no tan grandes como para facilitarles una fuga indeseada. Ellas eran mi propia lámpara de luz natural. También lograba ver alguna lámpara de otro tipo desde la casa de mis padres, pero no iba a regresar allí hasta terminar mi labor.

Supongo que en aquella época creía que mi labor era coleccionar a todas las luciérnagas. Jamás creí que fuera imposible. Pero nunca lograba estar demasiado tiempo afuera. Mi mamá ya me conocía muy bien. Luego de un rato de no verme, enviaba a Manolo a buscarme. Cosa que no le gustaba, porque tenía que gastar bastante tiempo encontrándome. Yo no le pondría fácil su tarea. Usualmente mi lámpara me delataba. Tal vez detrás de un tronco. Algunas veces encontraba una pila de rocas o una pared que me protegía del inevitable regreso al hogar.

Manolo me cargaba en sus hombros o en sus brazos, porque era un niño alto y fuerte, pero siempre lo hacía contra mi voluntad. Era usual que recibiera alguna patada en la espinilla, algún puñetazo en la cara o rasguños en el brazo. Para mí sólo significaba que me alejaban de una actividad que amaba. Y eso me enfurecía. En la época de luciérnagas, esta escena se repetía casi a diario. Un suplicio eterno para mi pobre hermano.

Aunque la oscuridad nunca me hizo temblar, otras cosas menos comunes sí que lo harían. Los niños siempre tienen ocurrencias que nos hacen reír, pero es que su análisis del mundo nunca se pinta con el matiz que le damos de adultos. Como me ocurrió a mí con la anécdota de las gallinas.

Mis padres siempre tenían gallinas a montones. Producían esos huevos tan necesarios para el desayuno, para hornear pan y preparar incontables recetas que nos mantenían llenos. Además, nos llenábamos de ternura cuando nacían los pollitos, pero cuando rugía el estómago disfrutábamos del sabor que tenía su carne en nuestras comidas.

Durante un invierno, muchas de las gallinas contrajeron una peste que las estaba matando. Enfermaban de repente y poco a poco su salud decaía hasta que morían. Parecía un tipo de bronquitis, porque se les dificultaba respirar al punto de emitir sonidos de ahogamiento.

Pues va pasando que, como era invierno y yo salía a mojarme cada vez que podía —sin escuchar los ruegos y advertencias de mamá—, contraí un resfriado que me mandó a la cama. Me sentía realmente mal. Entonces me preocupé.

Recordé que, cada vez que una gallina enfermaba, mamá apartaba al pobre animal y esperaba el regreso de su esposo —mi padre— para que la ayudara a ponerle fin al sufrimiento del ave contagiada. Mis padres las consideraban “inservibles”, ya que no había forma de salvarlas y tampoco se podían comer. Al final morirían por la enfermedad tarde o temprano. No valía la pena hacerlas sufrir más de lo necesario. Pero ahora la contagiada era yo. Estaba horrorizada.

Mamá no entendía cómo era que yo, aunque casi no tenía energía, hacía esfuerzos por patear y llorar, deseando salir de la cama. Me vi obligada a permanecer recostada durante todo el día, tomando medicinas cada ciertas horas y caldos especiales para reconfortarme. Pasadas las dos de la tarde, cuando entendí que seguía sintiéndome exactamente igual que en la mañana, no pude contenerme más y decidí hacer la pregunta que tanto temía.

—¿Mamá? —dije con temor cuando entró con el frasco del fracasado medicamento.

— ¿Ahora qué pasa, Lillian? ¿Es que acaso nunca te vas a dormir? Necesitas descansar para recuperarte —respondió.

—¿A qué hora viene papá?

Esa temible respuesta que estaba por venir me tuvo preocupada todo el día. Ahora debía aceptar lo que ocurriera, pero yo sabía lo que pasaba: como estaba enferma, mamá me tenía apartada. Me iban a sacrificar. No quería que me torcieran el pescuezo de esa manera. No deseaba que todo terminara así, por un simple resfrío. Mucho menos a manos de mi padre.

Cuando me armé de valor y le dije a mamá que no deseaba que llegara mi padre para que no me matara, ella no supo cómo reaccionar. Primero puso una mueca de horror en su rostro, que se transformó en enojo de un momento a otro. Me regañó por pensar de semejante manera respecto a ellos, pero cuando me asusté de verdad fue al verla estallar en carcajadas. La furia de mamá se transformó en risas sin cesar por lo que yo consideré horas. Cuando mi susto se apaciguó, no pude sino reírme con ella y me abrazó para acercarme a su corazón poniendo un beso sobre mi frente como la cereza en un pastel.

—Tontilla. ¿Cómo se te ocurren semejantes ideas? —dijo con su voz entrecortada por las carcajadas que comenzaban a mermar.

Me dijo cuánto me amaban ellos dos y mis hermanos, aunque esa parte no la creí entonces. Pero me hizo entender cuánto valía para mis padres. Fue la medicina perfecta para curarme. Estuve radiante de felicidad por muchos días al entender que yo era más importante para mamá y papá que nuestros pobres pollos.

No siempre me vi envuelta en una buena relación con los animales, pero con las plantas sí que era otra historia.

Es fácil olvidar cosas de cuando estábamos muy pequeños, pero yo recuerdo claramente el amor que sentía por la tierra y la labranza. Amaba estar en el campo y sembrar —junto mi padre

— cualquier tipo de planta.

—¡Es que tienes muy buena mano, Lillian! —decía siempre mi padre al ver los brotes que yo misma plantara unos días antes.

Me llenaba de orgullo siempre que alguien sacaba a relucir mis cualidades positivas, ya que no era muy frecuente. Sin importar la semilla o estaca que plantara, parecía que la madre naturaleza me escuchaba en línea directa. Todo crecía, germinaba, florecía, si lo plantaba yo.

Incluso Manolo admiraba esta cualidad mía. Cuando deseaba plantar algo, siempre pedía mi ayuda. Y yo lo hacía con gusto, no por ayudarlo a él —a decir verdad—, sino por la felicidad que me envolvía cada vez que sembraba algo. Era como un llamado interno que sólo yo escuchaba. Mi hermano hacía los agujeros donde deseaba que naciera un nuevo árbol o cualquier otra planta. El siguiente trabajo era el mío. Sin excepción, todo nacía.

A cambio de mis servicios prestados, me ayudaba a plantar caña de azúcar. De todas mis frutas, verduras o comidas favoritas, no había nada parecido al dulce sabor celestial que se desprende de la caña. Todos mis sentidos se concentraban en disfrutar del placer con que ese néctar celestial abrazaba mi boca. Aún amo ese recuerdo. Sentía el agradecimiento de la naturaleza en mi cuerpo. Yo hacía germinar verdor con mi amor y la tierra me pagaba gozosa con jugo perfecto.

El aroma de la caña se quedaba en mis manos y mi ropa. No podía evitar ensuciarme, aunque tampoco lo evitaba. Incluso pasaba por alto el inconveniente que sus defensas dejaban en mis manos algunas veces. Dolía muchísimo clavarse ese tipo de “espinas”, pero me reconfortaba luego, comiendo todo lo que podía.

Recuerdo vívidamente más cosas en las que era buena. El problema para mí fue que no eran consideradas útiles o “de mujer”. Como jugar al fútbol. Me encantaba y era excelente portera. En realidad, amaba jugar sin importar la posición. Fui la mejor de las niñas con las que jugaba; incluso mejor que muchos niños, también.

En un partido de fútbol que mi memoria plasmó para siempre, íbamos perdiendo y el tiempo se acababa. Yo estaba de portera, tratando de evitar al máximo los continuos ataques a mi arco, pero el equipo —desde mi punto de vista— era pésimo. No corrían lo suficiente, no pateaban lo suficiente. Sentí que no se esforzaban, ni los niños ni las niñas, porque era un juego mixto. Gritaba órdenes desde ese extremo que no podía abandonar, supuestamente. Hasta que me cansé.

Estaba molesta de ver que no daban lo mejor de sí. Por el contrario, aceptaban la derrota. Parecía que tuvieran pereza de correr o, si quiera, de intentarlo. Así que, harta de semejante actitud, recuerdo tomar el balón entre mis zapatos desgastados y comenzar a avanzar hasta la portería contraria. Todo el mundo gritaba desesperado que regresara a mi sitio y el equipo rival intentó arrebatarme la pelota para aprovechar el marco desierto. Pero no pudieron. Ningún jugador pudo arrancar de mis pies esa esfera gloriosa que clavé con todas mis fuerzas en la esquina inferior izquierda del arco contrario.

Nadie podía creerlo, pero todos gritaban extasiados. Habíamos empatado el juego casi al final de este. Lo que yo no podía creer era que vieran esa jugada como lo máximo. Para mí fue muy sencillo correr y meter el gol porque ¡todos eran muy malos jugando! Yo no lo veía como un simple juego. Era ganar o morir en la cancha. Darlo todo. Pero para el resto era un partido cualquiera. Qué decepción. Cuando estaba decidida a hacerlo de nuevo, el silbato sonó. Yo estaba molesta y, con cada ovación por mi jugada del gol, más me enojaba. Todos celebraron el empate. Yo me frustré y me fui a casa.

Cuando recuerdo ese día, río con gran felicidad por los momentos vividos y por mi necesidad

absurda. Pero era una niña “jupona”, como decía mi madre querida. Nadie lo sabía mejor que ella, aunque todos opinaban lo mismo.

Mi hermana Solángel siempre me insistía en que le obedeciera a cambio de algo, como llevarme de paseo. Yo aceptaba, pero llegado el momento cambiaba mis decisiones. Un día me llevó a visitar las piscinas que tanto me gustaban. Me gustaba nadar, aunque no era ninguna experta. Cuando eres niño, te sientes pez en el agua. Es una sensación de libertad y de gozo a la vez.

—Ya sabe, Lillian: nada de llevar joyas. Guárdelas bien en la casa, porque allá se le pueden perder —decía Sol como por enésima vez.

—Sí, ya sé... —le respondía, a la vez que fruncía el entrecejo.

Iba al cuarto quitándome las joyas de camino, llegaba a mi joyero y lo abría para que sonara. Colocaba con desdén mis posesiones para que sonaran al caer, así sabrían que estaba molesta por dejarlas pero que las estaba guardando. Luego, en silencio, las volvía a tomar y las escondía en mi ropa y daba un golpe a mi cajita joyero para que supieran que la cerraba.

Sé lo que estás pensando y tienes razón: fingía estar levemente molesta frente a los demás por no poder llevar mis joyas al tiempo que —con disimulo— el tacto metálico lo sentían mis dedos dentro de los bolsillos de la ropa. Los niños pueden ser muy astutos e inventivos para llevar a cabo sus deseos. La creatividad y la imaginación no tiene límites para ellos, mucho más cuando algo se les prohíbe.

Cuando Sol no me estaba viendo ni nadie más vigilaba mis intenciones ocultas, saqué las hermosas pulseras y la cadena que me obligaron a “dejar en la casa” unas horas antes, me las coloqué con tranquilidad y me metí a nadar para que nadie pudiera notarlas.

Creo que tienes una leve idea de lo que pasó. Si has nadado o estado bajo el agua alguna vez, podrás recordar lo fácil que se salen las cosas de su sitio. Pues sí, las perdí. Todas ellas. Mis ojos se abrieron como los de un búho cuando ve a su presa ideal. Sólo que yo me sentía más como la presa que como el ave. Me asusté y traté de contenerme, pero no pude. Un grito mudo surgió de mi garganta y el color blanco repentino de mi cuerpo delató que algo sucedía. Fue entonces cuando las lágrimas comenzaron a brotar y no pude detenerlas.

Al confesar la verdad, me sentí peor. No era por el hecho de haber desobedecido, sino porque —de haber escuchado a mi hermana— podía tener en ese momento todas las joyas, aseguradas en un joyero hermoso y de madera dentro de mi habitación. Me sentí desconsolada por días. Ahora no tenía qué ponerme y encima recibí regaños de Solángel por días, más el castigo de dos semanas que agregó mi madre cuando llegamos a la casa.

Lo que más me dolía de no poder salir a jugar, era que tampoco estaba ganando más bolitas de vidrio para mi colección. En mi época les llamábamos bolinchas y tenía tanto pulso en el juego que siempre me llevaba a casa la mayoría del botín. En el pueblo fui conocida entre los niños como una de las mejores rivales. Sólo los más valientes aceptaban jugar contra mí, porque ya me había hecho una reputación con mi habilidad.

Cada vez que iba o venía de mi casa, aprovechaba para quedarme jugando en cada esquina donde encontrara un grupo de niños —y otros no tan niños— divirtiéndose con bolinchas, trompos, yoyos y rayuela. Amaba todos los juegos existentes y de forma rápida entraba en calor con los nuevos.

En la época de fiestas patronales la diversión se incrementaba. Docenas de cabezas infantiles de pueblos vecinos corrían por allí buscando cómo gastar su energía. Yo era aún más feliz en esa época porque mis colecciones ganaban integrantes con mayor facilidad. Además de mis victorias

por tener buen pulso, amaba los payasos, casi exclusivos de esas fiestas durante mi niñez. Un grupo mixto de adultos y niños se vestían con atuendos de mascarada y recorrían una ruta específica por el pueblo. Junto con un grupo de músicos (llamados “cimarrona”), el ambiente se tornaba alegre, lleno de bailes, risas, persecuciones y saludos.

Yo hacía la ruta completa, de principio a fin, las veces que fuera necesarias. Si la actividad se repetía toda una semana, Lillian estaba de primera, esperando que salieran los payasos. Lista desde varias horas previo a la actividad, porque sabía que terminaría agotada. En las noches creo que caía dormida antes de que mi cabeza tocara la almohada. Pero mi sonrisa nunca me abandonó en esos trayectos. Y pude haber hecho miles de ellos, porque ese amor por acompañar a los payasos en todas las rutas posibles continuó hasta convertirme en adulta. La felicidad en las fiestas se duplicaba para mí.

Siendo niña no todo eran fiestas y juegos, pero sabes que cuando se es niño las prioridades están enfocadas en diversión, diversión y diversión. A pesar de todas mis distracciones, la escuela fue para mí un punto cero problemático. Tampoco fui la estudiante más destacada (ya te conté que no tenía tiempo), pero me fue bien. Pasé todos los grados sin problemas. No entré luego al colegio, al menos no de inmediato, pero ya te contaré sobre eso en un rato.

En parte, no tuve inconvenientes escolares porque siempre he tenido una gran memoria. Prácticamente no olvidaba nada, ni las cosas que hubiera querido borrar más adelante en mi vida. La verdad es que no es necesario borrar nada. Pasas los días aprendiendo con constancia, sin importar la situación. Lo deseado te llena el alma. Lo no deseado te hace conocer qué es lo que deseas de verdad. Cada experiencia te hace crecer. Y es así incluso cuando no somos conscientes de ello en el instante preciso.

Cuando nacemos escogemos a nuestros padres, pero somos conscientes de todas las posibles acciones a las que quedamos abiertos. No es nuestra intención controlar a nadie tampoco. De hecho, ni siquiera podríamos lograrlo. Pero sabemos que todas esas experiencias expanden nuestro ser interior, por eso estamos dispuestos a venir acá y vivir en un cuerpo físico. Muchas experiencias parecerán insignificantes, pero todo cuenta.

Mis hermanos, por ejemplo, yo no los escogí, pero supe que su amor y compañía agrandarían mi corazón de maneras ejemplares. Hasta con lo mínimo. Como cuando recuerdas un pequeño detalle de alguna experiencia tuya y la sonrisa se dibuja en tu rostro sin quererlo. Así recuerdo ahora a mis pobres hermanos, que soportaron tantas vivencias a mi lado.

Como Manolo, cuando se enojaba porque yo le quitaba su espacio frente al televisor en la casa de nuestro tío. Resulta que para la época en la que éramos pequeños, no todo el mundo podía costear un televisor. Eran a blanco y negro, de perilla para poder cambiar el canal. Dependiendo de tu edad tal vez los recuerdes. Pues en nuestra casa no había. Mis padres no podían comprar uno. Pero uno de mis tíos sí. Así que estábamos deseando que llegara el día en que nos permitían ir a ver la televisión a la casa de mi tío. Sólo podíamos ir uno cada día, algunas veces dos, porque la casa era pequeña y los dueños se molestaban si veían demasiados chiquillos por ahí, molestando y ensuciando su hogar.

Pues el turno de Lillian —o sea yo— pasaba, pero quedaba con ganas de ver más otro día. Así pues, vigilaba a mis hermanos. Cuando era su turno, yo me adelantaba sin que se dieran cuenta y al llegar ellos a su cita con el televisor, yo había tomado su puesto y la sala estaba llena. Mi tío no se ponía a discutir ni escuchar explicaciones. Lo único que él entendía era que su casa estaba llena y no permitía más personas de la cuenta. Yo no me movía y al comenzar su berrinche habitual, Manolo era despachado cortésmente de regreso.

Es así como volvía rabioso, porque no pudo ver la televisión y yo fui más de una vez por semana. Aunque no me sentía mal por él, porque yo disfruté del beneficio tecnológico, sí me entristecía que luego me castigaran. Pero he de confesarte que conmigo no la tuvieron fácil mis padres tampoco. Al menor descuido, ya me había escapado y nadie sabía dónde estaba Lillian. Algunas veces mamá me encontró en casa de mi tío y me traía de vuelta rapidito. Con palabras o de una oreja, daba igual. Yo y mi buena memoria planeábamos cuál juguete desaparecería de la gaveta de aquél que me hubiera delatado.

2

Fue entonces cuando crecí. Lo recuerdo todo, cada paso de mi vida, como si el tiempo no existiera en absoluto. Para el momento en que terminé la escuela primaria, ya todos mis hermanos corrían por allí. Luis José y Martín llegaron después que lo hice yo. Lucrecia y Mirna continuaron ampliando el núcleo familiar. No se contaban demasiados años de diferencia entre un nacimiento y el otro. Tampoco con Alberto, que nació diez años después de esta bandida hermana. Él cerró el ciclo de bebés nuevos que presencié durante mi vida. Venía un hermano tras otro, hasta que se volvió algo natural en nuestra casa.

Expectantes nos quedábamos juntos en un rincón de la casa, los grandes y los pequeños, hasta que oíamos el llanto de una nueva boca clamando por amor y atención. Entonces sabíamos que la panza de mamá desaparecería y que ahora teníamos más tareas que compartir. A mí no me hacían mucha gracia los bebés. Sólo se la pasaban durmiendo, llorando y comiendo. Era deber mío o de mis hermanos mayores ayudar en su cuidado. Y ya te conté que no era una niña que aceptara fácilmente órdenes implicando hacer cosas que no me gustaban.

Para mí, el único deber era jugar hasta el agotamiento. El problema fue que mis padres no lo veían de esa manera. Una tarea tras otra. Siempre había algo que hacer en la casa. Yo sólo pensaba: ¡qué fastidio! Cuando llegamos a ser nueve hijos, los deberes se habían multiplicado como si fuésemos veinte. Era demasiado trabajo para mi madre sola, pero un niño no piensa en eso con exactitud. El mundo se ve con ojos muy diferentes.

Cada uno de los nueve fue adquiriendo nuevas tareas conforme crecíamos. A los mayores les encargaban muchos más deberes. Había exceso de quehaceres y pocas manos para ello. Entre cuidar bebés, hacer comida desde cero —lo que implicaba cultivarla y partir de allí—, limpiar la casa y mantenerse al tanto de los deberes escolares y el aprendizaje de los hijos, no era de sorprenderse que mamá se volviera un poco loca de vez en cuando. Creo que toda madre lo hace. Lo digo por experiencia.

Algunas veces volaba por los aires una chancleta, un cucharón o alguna faja para lograr poner orden entre tanto alboroto. Era normal ver a los niños de esa época corriendo mientras se sujetaban el trasero, señal de que una travesura estaba realizada y trataban de evadir el castigo inminente. Cuando eras niño, sabías cuánto te iba a doler y dónde, dependiendo de lo que hubieras hecho.

Tras terminar la escuela primaria no continué mis estudios formales. Al menos por un tiempo. El siguiente año cumpliría ya trece, pero yo no sentía ninguna diferencia.

—Vas a dejar atrás la infancia, Lillian —decía mi madre deseando que la escuchara al menos esta vez—. No puedes seguir comportándote de esa manera.

—Sí, mamá —respondía de forma monótona.

En realidad, yo sí escuchaba a mi madre. El detalle era que no le hacía caso. Yo nací y crecí, pero jamás dejé de ser “jupona”. Eso nunca cambió. Mis prioridades cambiaron, mi cuerpo un poco más, mis facciones de niña comenzaron a tornarse diferentes, pero mi actitud respecto a la

mayoría de temas seguía estando intacta.

Sentí siempre que no era necesario explicar mis sentimientos o puntos de vista porque nadie me entendería. Por esa razón fui muy reservada desde mi niñez. Casi como si sintiera que vivía dentro de una burbuja extraña, inflexible, donde mi libertad lo fuera todo, pero sabiendo que otros deseaban controlarla. Eso me indisponía a compartir mis sentimientos. Decidía entonces callar.

Mi silencio guardaba las palabras en lo más profundo de mi ser, como si expresarlas pudiera dañar a quienes amaba, en lugar de lograr que me amaran más al situarse dentro de mi mundo. Mis pensamientos más profundos, mis deseos y anhelos, mis sueños, no los compartí nunca con mi familia. Tampoco con amigos. Creí que debía ser yo sola contra el mundo entero. ¡Vaya forma de aprender! Mi entendimiento ahora expandido puede ver la complejidad infinita de cómo se entrelazan las vidas, pero eso habría sido imposible antes para mí.

Como me quedaba en casa a ayudar a mamá, comencé a aprender todo lo que ella pudo enseñarme sobre la cocina y el cuidado del hogar. Al cumplir yo los trece años, Solángel ya tenía varios de trabajar en una planta de alimentos, Manolo trabajaba de día para poder estudiar por las noches y Petunia estaba estudiando en el colegio. Así fue como me convertí en la hermana de mayor edad que pasaba todo el día en casa con mi madre, ayudándola con los demás hijos y con los quehaceres del hogar.

No me gustaba al principio, pero me resultaba más difícil escaparme ahora que estaba creciendo. Además, siempre me tenían con las manos más ocupadas de lo que podían trabajar. Fue entonces cuando comencé a sentir que me agradaba cocinar con mamá. Bueno, no exactamente a su lado porque era demasiado estricta, pero al mismo tiempo era de quien estaba aprendiendo.

—Así no, Lillian. Lo haces mal. Mezcla la masa hacia el otro lado.

—Pero ¿qué diferencia hay? —preguntaba yo, indispuesta por tanto detalle insignificante.

—Que así no se hace. Está mal.

—Mamá, el pan no se va a hornear mejor porque lo mezcle hacia la derecha o la izquierda. Creo que la levadura no nota diferencia en eso.

Recibía un golpe con la cuchara de madera en medio de la frente junto con un “¡Jupona!” por parte de mi madre, luego me ordenaba que lo hiciera justo como ella quería o me quitaba de en medio para ponerme a trabajar en otro platillo diferente. Cuando quería aprender bien una receta, no me quedaba más remedio que aguantar la cólera y escuchar que yo lo hacía mal porque di tres golpes a la masa en lugar de dos o porque agregué un gramo más de carne de lo que estaba permitido. ¡Mamá era imposible! Se hacía a su manera y punto. De lo contrario, terminabas con la marca roja en la frente con la figura del cucharón.

Si no me interesaba mucho lo que estábamos cocinando, prefería que ella lo hiciera y me dejara a mí cambiar de tarea. Así, en lugar de “bollitas de pan”, terminaba haciendo el arroz y la ensalada para el almuerzo. Siempre supe de dónde heredé yo mi cualidad de obstinada, sólo que nunca me atreví a decírselo a mamá. Al menos no de frente. Es una bendición que no pudiera leer la mente.

Me volví muy buena cocinando. Ya te dije, me gustaba. Lomo relleno, picadillos, panes y galletas, postres y mieles, dulce y salado. Es parte de la lista de mis creaciones que recibían alabanzas sobre lo rico que estaba. Fue cuando me di cuenta de que también era buena comerciante. Comencé a cocinar para encargos específicos. A veces hacía pan y me iba por la calle vendiendo a conocidos, amigos, familiares y vecinos. Nos hacía falta el dinero para muchas cosas y pronto entendí que esta era una de las formas en las que podía colaborar y salir de casa al mismo tiempo.

Pronto me aburrí. No entendía por qué, sólo comprendía que algo faltaba en mi vida. Podía ser aventura. Sí, definitivamente debía ser eso. La monotonía me agotaba. “Sueño con ver más”, pensaba para mis adentros. “Conocer más, viajar más, tener aventuras que no había imaginado, no tener rutina. Quisiera ir lejos, conocer a alguien que pueda llevarme a otro lugar para divertirme, explorar. No puedo estar aquí metida para siempre. ¡Quiero ver el mundo!”

Mi pensamiento divagaba más alto y más lejos cada vez, pero llegué a pensar algunas veces que temía no lograrlo y que todo quedara como un sueño, nada más. ¿Cómo cumplir mis deseos? No tenía idea.

—¿Cuánto te debo? —me preguntaba algún cliente sobre pan recién hecho, mientras mis pensamientos se encontraban en otra parte del mundo, por completo diferente de donde me encontraba ahora.

Necesitaba salir de esa rutina abrumadora. Seguir mi propio camino. Hacer mi vida fuera de una casa llena niños, quehaceres y necesidades. Yo no estaba hecha para estar encerrada en cuatro paredes. Para nada. Yo necesitaba recorrer todos los caminos posibles, divertirme igual que cuando era niña. Correr tras las luciérnagas en plena noche, iluminada por la luz de la luna y la felicidad de mi alma. Lo deseaba con todas mis fuerzas, pero creía que era un imposible para alguien como yo.

Lo seguí deseando toda mi vida, de eso no hay duda, pero las vueltas del destino nos marcan consciente o inconscientemente. Algunas veces llegamos a una bifurcación en el camino y dudamos hacia dónde seguir. Más adelante, pensamos qué hubiera sido de haber elegido diferente, pero no hay nada que hacer. Sólo aceptar y seguir deseando. No debe ser así, pero a los humanos nos cuesta entender muchas veces que no hay razón para hacerlo complicado. Creo que nos gusta sufrir.

Cuando no quería cocinar o si necesitaba un descanso de limpiar culos pequeñitos de hermanos gritones, buscaba trabajo en las fincas cercanas de los cafetaleros agricultores. Por supuesto los que trabajaban no eran los dueños. Ellos eran señores distinguidos, dueños de inmensas cantidades de tierras, que contrataban a los agricultores trabajadores, pobres en dinero —en su mayoría— pero ricos en trabajo y espíritu —en la minoría—. Papá se encontraba dentro de esta categoría.

El detalle de trabajar en estas fincas era la paga. No sólo el trabajo era duro, sino que te pagaban menos si eras mujer. Usualmente un cincuenta por ciento menos, pero dependía de la finca. Las labores eran las mismas que las de los hombres y muchas mujeres trabajaban incluso más, pero el pago nunca lo reflejaba. Y de eso no había escapatoria.

Como te podrás imaginar, no era muy seguido que buscaba trabajar allí, porque la injusta igualdad presente en esos lugares no llamaba mi atención. Por eso, muchas veces prefería salir a vender frutas y verduras en el mismo trayecto que hacía para vender pan. Papá siempre era el que había sembrado esos alimentos, algunas veces yo le ayudaba. Mi espíritu comerciante se dedicaba a ayudarlo a vender entonces.

Para ese entonces, sin importar dónde estuviera buscando qué hacer, mis ojos buscaban —de manera inquieta— algo con qué entretenerse. Más bien, debería decir alguien. Mis hermanos siempre decían “Lillian es muy noviera”, y aunque hablaban enfadados, creo que tenían razón. No era algo que me molestara porque tampoco me importaba mucho la opinión de los demás respecto a mis sentimientos. Me gustaban los muchachos. No podía hacer nada sobre eso, excepto seguir mis instintos amorosos.

Manolo era el que siempre se molestaba más conmigo. Ponía apodos a todos los muchachos

que me gustaban, mucho más si se convertían en mi novio. No recuerdo todos, pero un joven que era muy bajito fue apodado Telerín por parte de mi hermano. No me preguntes por qué le dio ese sobrenombre porque jamás lo supe. No vayas a creer que yo recibía explicaciones por parte de Manolo, él simplemente sentía la necesidad de ser un tercer padre de familia y quería imponernos lo que consideraba correcto, o lo que pensaba que había aprendido de nuestros padres. Lo quiero mucho, es mi hermano, aunque eso no lleve implícito consigo que tuviéramos que llevarnos bien ni compartir como si fuéramos cercanos. La cosa era que yo nunca le quedé bien con ningún joven.

Para la época en que cumplí quince años, mis padres me permitieron estudiar un curso de “Corte y Confección”, donde me enseñarían todas las técnicas básicas e intermedias para poder diseñar y crear ropa para hombres y mujeres, entre otras cosas, como adornos para el hogar y muñecas para las niñas. Resultó que era muy buena en eso. Incluso en mi graduación me presentaron como la mejor del grupo y recibí un reconocimiento especial.

Mamá me prestaba su máquina de coser para que dedicara las horas necesarias a la práctica. Muchas de las manualidades que hacía como pequeños proyectos se los entregaba a Solángel para que los vendiera en el trabajo. Fue un éxito cuando nos compraron para navidad todos los adornos que hice; incluso me encargaron algunos extras cuando los demás se agotaron.

De repente comenzaron a llegar vecinos y amigos para que les arreglara alguna que otra prenda. Luego comenzaron a encargarme prendas específicas. La costura comenzó a ir tan bien que yo tenía que pasar todo el día frente a la máquina. Cuando mamá quería usarla, me avisaba con antelación o me preguntaba si yo me podía encargar de arreglar la ropa de la familia. Es imposible pedirle a un niño que no rompa su pantalón o que no crezca. Casi tan imposible como pensar que en una familia tan numerosa no se iban a heredar las prendas de vestir por varios años.

Remiendo tras remiendo era necesario para acomodar el vestuario al nuevo dueño y para ocultar el desgaste que, de no ser corregido, podía comenzar a mostrar la piel. Este detalle era casi fijo en las rodillas y codos. Así que era yo quien ayudaba a mamá con esa tarea que, poco a poco, comencé a sentir como una carga fastidiosa.

¿Que si era buena? Pues sí, ya te conté cuánto. Tanto fue así que mi padre, después de las fiestas de diciembre y enero, ahorró un dinero para comprarme mi propia máquina de coser. Así podía dejar la de mi madre en paz y las dos podríamos trabajar al mismo tiempo. Yo entendí su intención, pero nadie jamás entendió la mía. Ese bello instrumento de trabajo llegó a mis manos cuando yo sentía la labor como una prisión. El dinero que ganaba no justificaba en mi mente la falta de libertad que sentía mi alma. No podía estar más, por un día completo, encerrada en una habitación sola con una máquina de coser al frente. Me empecé a alterar, aburrir, desesperar. Podía sentir cómo mi espíritu se comprimía al cuadrado de la habitación, provocándome una innegable asfixia. Me convertí en claustrofóbica.

Nunca usé esa máquina. Nunca más volví a coser. Dejé de hacer adornos para que Sol vendiera. Me negaba a crear prendas nuevas y arreglar las viejas. Me negué a sentirme atrapada. Esa no era yo, ese no era mi camino. No podía imaginar un día más así, mucho menos toda una vida de trabajo de esa manera. Así no conocía la libertad, no podía conocer personas —ni muchachos—, no podía ver el verde embriagante de los árboles que llenaba mi ser, o escuchar las aves ni perseguir luciérnagas. No podía ser yo. El polvo que cubría mi corazón todo el tiempo que estuve como costurera se transfirió ahora a la caja que cubría la máquina de coser, delatando la cualidad de nueva que tenía, pero de abandono al mismo tiempo.

Al cumplir los diecisiete años, en el año setenta y tres, mis padres accedieron a darme permiso para continuar con los estudios. Me dejarían asistir a un colegio nocturno con una condición: tenía

que ser el mismo colegio al que estaba yendo Manolo, donde pronto concluiría la especialización en electricidad. De esta manera, consideraban que todos salíamos ganando. Yo podía estudiar, como deseaba hacerlo y ellos estarían un poco más tranquilos porque Manolo me estaría vigilando.

—Tampoco es como que vaya a ir a clases junto a él. Yo estaré en otra clase —decía a modo de excusa adelantada, por si lograba escaparme de mi hermano.

—Ya hablamos de eso, Lillian. Viajarás con él de ida y vuelta para que te acompañe. No queremos que andes sola tan tarde. Deja de replicar en todo —decía mamá con tono cansado.

—Vas con él y punto. Si no quieres ir con esa condición, no vas.

La voz tajante de mi padre cerraba cualquier posible discusión. Lo único permitido era responder “Sí señor” y luego cerrar la boca. Era probable que supieran o, al menos, sospecharan la probabilidad de que se repitiera las mismas escenas de toda mi vida. Yo les daría la razón, pero seguiría mi propio camino. Nunca me hicieron efecto los castigos, las amenazas ni los golpes. Ellos no entendían, pero mi libertad era el impulso eterno que me mantenía con alas en un mundo que yo sentía hecho de cadenas.

Jamás perdí ningún curso en el colegio nocturno, pero desde el primer mes, me vi en apuros con Manolo. Él pretendía que yo hiciera lo que me ordenaba. Por supuesto eso no se realizó en ninguna de las etapas de mi vida.

—¡Jupona! Tenía que venirse conmigo en el bus de las diez. ¡Usted sabía! ¿Dónde estaba? ¿Con quién se regresó?

Manolo estaba tan rojo que la vena en su frente parecía a punto de estallar. Se frustraba por mis desacatos y se enojaba porque temía que me ocurriera algo. Era sabido por todos en ese pueblo que el último bus salía a las diez de la noche. Lo que implicaba correr al salir de clases para no perderlo, de lo contrario había que buscar otra forma de viajar.

—¿Eso qué importa? —respondía yo, indiferente—. Ya estoy aquí, ¿o no?

Las primeras veces les dije a mis padres que, por supuesto, me castigaron. Luego del primer mes, trataba de ignorar mi inmunidad a las imposiciones. Seguía estando furioso, pero ya no decía nada en casa. No podía vigilarme, mucho menos controlarme, sin embargo, se dio cuenta con prontitud que yo perdía el bus con toda la intención, tanto para hacerlo enfadar como para regresar en motocicleta con un muchacho que me gustaba.

Un año después, Manolo se graduó, dándome plena libertad de viajar como quisiera. Seguí perdiendo el bus algunas veces, aunque siempre tenía cómo regresar. Algunos chicos tenían motocicleta, otros —no tan chicos— se desplazaban en automóvil. Nunca estuve con ellos por ese beneficio, pero casi siempre era una ventaja implícita en los hombres que me gustaban. Cuando alguno viajaba en bus, yo nunca lo perdía. Tenía en cuenta que me llevaría muchas horas llegar caminando hasta la casa, además del cansancio por la distancia extenuante. Eso sin contar que era peligroso por ser un camino solitario y oscuro. Una joven de menos de veinte años puede encontrarse complicaciones de todo tipo a esas horas.

Fue entonces cuando mi gusto por bailar comenzó a manifestarse. Nunca antes le presté atención al baile, en especial porque no había muchos lugares a los que ir a bailar, pero me di cuenta de que allí se conocía a diferentes personas de diversos lugares. Cada uno tenía una historia que yo ansiaba escuchar, era una forma de abrirme al mundo que deseaba recorrer. Sin importar que no se me diera bien bailar, pues mi ritmo nunca me concedió el deseo de mejorar, comencé a ir a todos los bailes posibles.

Y allí lo conocí. El chico que cambiaría mi destino, mis decisiones, mi cabeza y mi vida.

Nadie entendía cómo pude enamorarme tan ciegamente de él. Tal vez ni siquiera yo lo comprendía, pero ahora sé que no tenemos por qué entender las situaciones ni las personas. Eso se llama vida. El camino que elegí se marcó en negro debido a Adriel, pero fui yo quien decidió estar a su lado. Lo amaba.

No era guapo, ni trabajador, ni fiel, ni honrado, ni nada que los humanos consideremos “bueno”, pero me supo decir todo lo que yo deseaba escuchar. Se ganó mi devoción, con corazón incluido, a pesar de que él nunca me amó. No amaba a nadie más que a él mismo, sin importar las consecuencias.

Él marcó mi mundo al arrebatarme todo, pues me despojó de mí misma, pero también fue de esa relación que salió lo mejor que pude tener en mi vida: mis hijos.

Aun así, siempre deseaba que todo mejorara, por el bien de ellos. Yo no me importé tanto. Mi sufrimiento, las hospitalizaciones, las traiciones. Todo lo soportaría si ellos podían tener una vida mejor.

Allí estaba Adriel, bien vestido, bailando muy alegre cuando se fijó en mí. No vi nada especial en él en ese momento, pero cuando me tendió la mano pidiéndome “concederle el honor de bailar a su lado y alegrarle la noche”, yo acepté. Las consecuencias negras y traumáticas estaban allí también, en el salón de baile, acechándome desde las sombras en cada esquina, pero yo no fui capaz de verlas.

Mi vida estaba a punto de comenzar a partirse en pedazos, poco a poco. Un derrumbe que acabaría con el mundo tal y como lo conocía hasta el momento. Es irónico que yo deseaba que todo cambiara drásticamente. Así lo hizo.

3

Allí estaba yo, una joven de 19 años, con una venda en los ojos por culpa del amor. ¿Qué más podría decir? ¿Acaso la culpa es de quien dice las mentiras?, ¿o de quien las cree? No me importó y yo le creí.

Adriel fue encantador conmigo al comienzo de la relación. Nació en una provincia diferente, donde por supuesto yo nunca estuve hasta el momento. Su familia era dueña de fincas enormes que producían vastas plantaciones de sembradíos, generándoles un estilo de vida que nosotros nunca podríamos conocer. Y aunque supe que exageró cuando me habló de dinero, no fue eso lo que me decantó por él, sino las historias de su pueblo, lo lejos que estaba, los paisajes, los viajes.

Me enamoré perdidamente de un hombre que comenzó a agredirme física, verbal y emocionalmente desde el principio. Insisto al decir que no era guapo, ni trabajador, ni educado, pero con mentiras y labia supo llenar de sueños mi inocente y prematuro corazón aventurero. Deseaba comprobar con mis propios ojos lo hermoso que era el mundo de sus descripciones detalladas.

—¿De veras es así de increíble? —preguntaba impaciente.

—Es mágico. Te voy a llevar a conocer por todo Guanacaste. Vas a querer regresar cada mes y yo te voy a complacer. Sabes que el dinero no es problema para mí...

La verdad es que yo no estaba pensando en el dinero, al menos no en ese instante. Si tenía que dormir en una banca bajo el cielo estrellado, lo haría complacida, con tal de descubrir ese lugar paradisiaco. Bastó ese instante para convencerme de presentar a Adriel ante mis padres como mi novio oficial.

Dice el refrán que “Pueblo chico, infierno grande”. Ahora sé que todo depende de nosotros mismos, no de lo que los demás piensen, digan o hagan. Fue veloz el lapso de días que necesitaron en mi casa para saber todo sobre Adriel. No confiaban en sus palabras porque nadie le conocía. Provenía de un lugar lejano, pero ahora estaba viviendo con una tía en el pueblo vecino. Fue así como llegó al nuestro, a despojarme de mí misma en el salón de baile con sus palabras vacías y mi mente volátil.

Tengo que agregar que sí era cierto lo de su familia y los sembradíos. Lo que Adriel prefería no relatar en sus extravagantes conversaciones era el nimio detalle de que él no trabajaba con su familia porque no le gustaba el trabajo duro. En realidad, no le gustaba el trabajo en general. En ese momento era mensajero en una empresa, gracias a la motocicleta que sus padres le regalaron, pero ese compromiso no le duraría mucho. Amaba la bebida, el cigarro, la infidelidad y la violencia. Al menos a mi lado encontraba placentero descargar su ira por la razón que se le ocurriera en el instante menos esperado. Se trataba de hacer lo que él decía, porque me amaba y me sacaría del estancamiento en que me encontraba respecto a mis deseos de volar.

La primera vez que me abofeteó, teníamos menos de quince días de haber ido con la noticia a mi hogar. Se disculpó con tanta dedicación y tantas lágrimas que supe de inmediato que había sido mi culpa. Me sentí tan mal que le pedí perdón, rogando en silencio que no me dejara por haberme equivocado tan tontamente. Reconocer la manipulación no es el fuerte de los jóvenes. Al menos no

en mi caso.

Adriel no seguía órdenes de nadie. No había jefe que lo soportara, amigo que lo apreciara ni mujer que le importara. Era a su modo y punto. Cuando fuimos a bailar para celebrar nuestro primer mes de ser novios, me enteré de que estaba teniendo sexo con otras chicas. En el preciso instante que escuché esas palabras no las creí, en especial porque la boca de la que salían tenía un color rojo intenso en los carnosos labios que trataban de convencerme. El efecto de su apariencia sensual me persuadió de todo lo contrario. Debía ser una chica mentirosa que trataba de quitarme a mi novio por celos, porque ella era hermosa, pero Adriel se fijó en mí. Aun así, logró convencerme de que su amiga – que salía con él desde hacía varios meses— y Adriel, estaban detrás del edificio buscando un poco de privacidad.

Pude creer en esas palabras hasta que lo vi celebrando nuestro día con otra mujer. Me paralicé cuando el frío helado me recorrió de pies a cabeza, y entonces él me vio. En ese instante me sentí furiosa. Recobré el control de mis piernas y salí caminando de allí a toda prisa. Adriel me siguió, no sin concederse a sí mismo un par de minutos extra para poder terminar rápido lo que había comenzado no sé ni cuándo.

—Lillian, por favor, me tienes que escuchar —dijo sin ningún descaro.

Trató de poner cara de arrepentido, pero su sonrisa de complacido no le ayudaba en nada.

—¡Eres despreciable! —le dije.

Mi actitud lo tomó por sorpresa. También a mí. Me arrepentiría luego de habérselo dicho, porque me hizo pagarlo con un moretón en la mejilla. Lo malo es que yo no estaba segura de estar arrepentida de haberlo perdonado.

Esa noche me obligó a detenerme de mi solitaria caminata intentando regresar a casa. Dijo muchas cosas sin sentido, pero al final me convenció. Tuve una mezcla de sentimientos que se contrariaban unos a otros. Ahora estaba llena de rabia contra la chica porque era quien lo buscaba, no era Adriel. Él era un pobre hombre, débil, pero enamorado de mí y sabía que me quería a mí a su lado, no a ella. Adriel no la amaba, pero ella quería que así fuera, así que en el baile se aprovechó de él cuando se descuidó en el baño y lo convenció de que salieran. El resto ya lo sabes, no hacen falta los detalles. También me llené de alegría al saber que me amaba tanto, aunque las demás chicas fueran más bonitas que yo, como él mismo me recalco. Me sentía además avergonzada, porque en parte era mi culpa, ya que yo no había cedido hasta ese momento a sus necesidades masculinas. ¡Por supuesto! No pude creer que pasara por alto ese detalle.

“Él me ama y yo tengo que probarle mi amor también, así sabrá cuánto quiero estar a su lado”, pensaba para mis adentros. Adriel comenzó a reírse escandalosamente. En primera instancia no entendí de qué se reía y traté de hacerlo también, hasta que supe que no se reía conmigo, sino de mí. Entonces mi sonrisa se disipó con el viento de la tristeza soplando en mi cara.

—Lillian, pero ¿qué estabas pensando? Si ya sabes que te amo. No eres tonta, no amaría a una tonta. Tienes que entender que los hombres siempre son manipulados por mujeres que los desean. Es porque somos débiles. Supongo que lo entiendes, aunque no hayas terminado de estudiar todavía, ¿cierto?

—Sss—ssí —respondí dudosa, pero mi cabeza afirmaba también, aunque dentro de ella todo era humo y niebla.

—Entonces, ¿por qué rayos te largas así dejándome en ridículo? No tengo por qué perseguirte. Sabes que puedo estar con cualquier mujer, pero en cambio te prefiero a ti. Pero ya veo la forma en que sabes agradecerme.

—Adriel, no es eso. Yo sólo...no sé qué pensaba. Es que te vi con la otra chica y ¿cómo no iba

a ponerme celosa? ¿Se supone que estamos celebrando nuestra primera fecha especial!

—Lo estábamos celebrando, hasta que te largaste de allí como toda una dramática.

—Perdón...

Esa palabra me salió en modo automático. No podía creer que la estaba diciendo yo, porque sonaba en mis oídos como si llegara desde una fuente lejana, ajena a mi cuerpo. Pero era yo. Adriel me convenció primero de que la culpa fue de la otra mujer para luego girar todo en torno a mí y culparme directamente por su infidelidad. Me disculpé con todas mis fuerzas después de haber cedido ante sus explicaciones porque entendí que me dejaría si quería y yo no era muy dotada, ni femenina y nadie querría estar conmigo para llevarme a conocer el mundo como él estaba dispuesto a hacer. Él se estaba sacrificando porque me amaba. Yo sólo fui una tonta que le creí cada palabra y terminé culpándome por recriminarle que cediera a sus impulsos cuando debía estar a mi lado porque “me amaba”.

Regresé con él al baile hasta que decidió que nos podíamos ir. Cuando dudé en cierto momento, me explicó que ya tenía planeado nuestro primer viaje a su tierra natal y que, a pesar de que yo lo humillé de esa manera, él estaba dispuesto a perdonarme y me llevaría para presentarme a su familia. Me sentí aliviada. Y también él. Ese día supo que ya tenía control —absoluto— sobre mí.

Debí prever, aunque no lo hice, que todo llegaría a oídos de mis padres ya que Manolo y Petunia estaban también en el baile. Era imposible no darse cuenta de un chisme de ese calibre en un salón tan pequeño y concurrido a la vez. No fui yo la única que vio a Adriel en plena acción, pero sí la última en darme cuenta que estaba coqueteando con más mujeres mientras estaba conmigo.

Mis padres se enojaron con él, pero yo lo defendí a capa y espada. Lloré y supliqué, pero no me valieron mucho las lágrimas. El permiso para ir al paseo fue denegado. Mi hermano no ayudaba a mi causa, tampoco. Trataba de influir a mis padres para que yo terminara mi relación con Adriel, pero mis padres también comprendían que, si llegaban a prohibirme verlo, todo empeoraría porque yo me negaría por completo.

Los padres tratan de hacer lo mejor posible para proteger a sus hijos. Tal vez esa sea una razón por la que entramos en discusión con ellos en algunas oportunidades. Los hijos no llegamos con manual ni nos dan uno cuando nos convertimos en padres. Es normal que nos duela que sufran, pero olvidamos que son ellos los que tienen que aprender sobre la marcha de su vida por medio de la experiencia. Las palabras no enseñan, sino la puesta en práctica. Somos egoístas por un buen motivo, pero —como hijos— no podemos ver más que la invasión a nuestra libertad y nuestras decisiones. Mis padres intentaron protegerme del sufrimiento desde muy temprano. Yo, en cambio, necesitaba aprender con dolor.

Por supuesto que me fui de viaje. No me escapé de casa, pero me fui sin el permiso de mis padres. Estaba dispuesta a sacrificarlo todo por Adriel porque yo creía en sus palabras, creí en su amor. Eran palabras vacías y sentimientos de niebla, arrastrados por el viento cada vez que salían de su boca. Pero yo estaba ciega por él.

Fue un viaje de muchas horas que multiplicó mi amor por Adriel. Todo lo que vi fue como lo describió para mí. Los paisajes eran hermosos, diferentes, únicos. La aventura me esperaba en cada camino, en cada playa, en cada puesta de sol. Desde ese día creí en el amor a primera vista. Me enamoré para siempre de ese lugar. Amaba los viajes a Guanacaste.

En la familia de Adriel, fui recibida con los brazos abiertos. Su madre me aceptó de inmediato y congeniamos de forma admirable. Sin embargo, parecía ser que sólo ella se alegraba de ver a su

hijo. Los demás miembros de la familia parecían tratarlo con cortesía obligatoria debido a su parentesco sanguíneo, pero su presencia no les brindaba felicidad. Recuerdo que uno de sus hermanos era el más duro con él.

—Espero que no te estés aprovechando, Adriel —dijo mirándome de reojo. Yo entendí a la perfección el significado de esas palabras.

—Siempre tan cordial —le dijo mientras emanaba de su boca una sonrisa sarcástica que rozaba la hipocresía.

Sin embargo, yo fui tratada con plena amabilidad por parte de todos. Esto añadía a mi viaje, sin duda alguna, mayor felicidad de la que planeaba en algún momento. Paisajes de ensueño, viajes a caballo, personas amables. Nada me daba pistas de que el trato frío hacia Adriel residía en su escape del trabajo de campo que todos los demás miembros de la familia realizaban para poder disfrutar la vida que llevaban gracias a las fincas productoras.

Nadie, excepto su madre, se alegraba en realidad de tenerlo por allí y la razón de sus viajes no era visitar a su familia. Adriel era alérgico al trabajo de campo. En realidad, a cualquier trabajo. Pero tenía acciones sobre la empresa familiar. Los beneficios los cobraba mes a mes, sin fallo alguno. Si no podía viajar hasta allí durante más de un mes, las peleas entre hermanos eran más severas. Su osadía lo hacía creer que era merecedor de intereses por dejar en manos de los demás el dinero que correspondía a él legalmente, pero que ganaba con injusticia, ya que no lo merecía en absoluto.

Esto lo aprendí con el paso del tiempo, pues Adriel consideraba que yo no merecía explicaciones respecto al dinero o ningún otro tema. Llegué a aceptar las cosas como eran, evitando preguntarle porque no obtenía respuestas, pero sí podía hacerlo montar en cólera. Eso lo asimilé con prontitud en mi noviazgo. Evitaba llegar a ese punto, aunque las consecuencias eran ineludibles muchas veces.

La tarde en que regresé a casa, mi sonrisa se volvió intermitente. Aparecía cuando recordaba el paraíso que acababa de conocer y pensando en que Adriel cumplió con su promesa de sacarme de mi pueblo. No me engañó en eso. Pero la felicidad se desvanecía por el ambiente que se había creado dentro de la casa de mis padres. Todo empeoraba con Manolo, porque odiaba a muerte a mi novio. Incluso amenazó en casa con irse él si le daban permiso a Adriel de seguir llegando a visitarme. La verdad es que nadie apreciaba a mi novio, excepto yo. Y para mí era la única aceptación que contaba.

Adriel dejó poco a poco de llegar a casa, no sólo porque era recibido de mala manera, sino porque le tenía miedo a Manolo. Mi hermano siempre fue alto, igual que papá. Tenía un cuerpo grande, con músculos fuertes. Su negro pelo largo, sus chalecos hippies y los pañuelos colgando de sus muñecas le daban el aire de rebelde que él amaba cuando se sentía el dueño de la calle en su motocicleta. Bigote nunca faltaba. Tampoco el mal temperamento.

Algunos de los disgustos que tuve con mi hermano fueron debido a encuentros “fortuitos” que tuvo con Adriel. Yo siempre iba a defenderlo, así que jamás llegaríamos a estar de acuerdo en nada. No me daba cuenta todo el tiempo de las cosas que pasaban, pero algunos eventos me llegaron por el aire a modo de chisme. Otros me los ocultaban, por la razón que fuera. Me enteraba de última o del todo no me enteraba.

Esta situación no menguaría ni siquiera con lo que vendría a continuación. Con juicio errado o no —depende del punto de vista—, todo estaba por marcar vidas. Y siempre tuvo que ver con las decisiones que llegué a tomar sin importarme el amor que los demás me profesaban. Sólo me preocupaba por aquél único ser cuyo falso amor me arrastraba hacia las profundidades en un

remolino oscuro que no permitiría volver atrás ninguna situación. A quien yo no le importaba, fue a quien le dediqué mi lealtad.

4

A principios del año setenta y siete, justo en enero, concretamos el acto ceremonial que confirmaba mi decisión de casarme. Yo esplendía veintiún hermosos años de edad y dos de noviazgo con Adriel, mi amado tormento.

Para ese momento, yo consideraba normal y rutinario que Adriel decidiera por mí, me impusiera castigos cuando creía que lo ameritaba y que, muy de vez en cuando —esperaba yo—, tuviera algún desliz. Porque tú me entiendes, él es “hombre” y todos los hombres “tienen necesidades que los hacen débiles”. Esa era su excusa, pero yo la aceptaba. Yo creía entenderlo porque lo amaba y, supuestamente, él a mí.

Para finales del año setenta y ocho, Manolo se casó con Ágatha. Incluso mamá sintió alivio cuando se mudó a su nuevo hogar, pero no dejaba de sentir cierta pena por su nuera, cuyo dulce corazón se ganó el de mis padres desde antes de conocerla en persona. Le tocaría una vida dura con semejante ofuscado a la par. No puedo evitar reír al contarte cómo pensaba de mi hermano, pero en su momento no fue gracioso. La vida se vuelve dura cuando llevas a tu lado una carga en lugar de una ayuda, emocionalmente hablando. Lo sé porque mi experiencia habla por mí.

A mi boda era casi un hecho pensar que Manolo no asistiría. Si ya lo habías intuido, pues tuviste toda la razón. Es probable que para el mundo a mi alrededor no fuera un día muy feliz, incluso tal vez para mí tampoco, pero yo quise creer que sí lo era. Supuse que era una mujer dichosa. Ese era mi motor de vida y mi maldición a la vez.

Desde recién casados nos dedicamos a sortear obstáculos, más que todo relacionados con el factor económico. Encontramos una minúscula casa para poder alquilar, dado que no nos podíamos permitir mucho. Incluso obtener el dinero para pagar ese pequeño hogar se nos dificultaba, dado que Adriel estaba sin trabajo cada dos por tres. El último fue también como mensajero y era el enésimo lugar en el que renunciaba por sentir que no era para él. Nada era para él según sus propias consideraciones. A mí no me importaba tanto esa situación. Yo estaba feliz por estar a su lado. Al menos en las noches, porque durante el día salía mucho y se iba sólo. Yo suponía que a buscar trabajo porque eso me decía y ocultaba mis dudas cuando aspiraba el olor a alcohol y tabaco, destilado en cada célula suya.

Adriel me decía continuamente que no me preocupara, que el dinero aparecería, al igual que otro trabajo. Pero conforme aparecían oportunidades, también se disolvían. Ya sea que renunciara, lo despidieran o nada más no volviera, algo pasaba y el dinero parecía huir de nuestras manos. No llegaba lo suficiente. A veces, no llegaba del todo.

Ese mismo año que nos casamos, me gradué del colegio nocturno al que asistía. Un poco a regañadientes, porque Adriel no estaba de acuerdo en que yo estudiara. Ahora ni siquiera me dejaba trabajar. Pero comencé a hacer algunos trabajos por horas durante el día, ya que por lo general él no estaba y era probable que no se diera cuenta. Si llegaba a enterarse, lo usual era que me obligara a darle el dinero ganado, así que tenía que esconderlo antes o dejarlo donde mis padres para poder pagar lo básico en el hogar.

Me di cuenta de esta imperiosa necesidad de dinero cuando quedé embarazada la primera vez.

Fue muy rápido el lapso de tiempo entre la boda y este primer embarazo. Incluso a mi graduación tuve que asistir con el vientre bastante abultado. Estaba feliz. Sería mentir si tratara de negar que me sentía un poco nerviosa o ansiosa en otras ocasiones, pero la felicidad me invadía la mayor parte del tiempo. Pero, de igual manera, fue imposible aislar esa alegría de la preocupación con que comenzó a teñirse.

Cuando el doctor me dijo por primera vez que iba a ser madre, mi propia mamá ya me lo había informado unas semanas antes. Alguien que vive la maternidad en carne propia nueve veces por nueve meses, puede reconocer con facilidad los avisos que ese estado brinda en la mayoría de los casos. El doctor se sorprendió cuando vio que yo no reaccionaba ante su dictamen, pero es que para mí era noticia vieja. Yo sabía que la predicción de mi madre era correcta.

A pesar de todo, esperé hasta después del doctor para contarle a Adriel. Supuse que estaría tan contento como yo con esta noticia que crecía en mi vientre. Pero me equivoqué, una vez más.

—¿Estás loca?—dijo usando su creciente tono agresivo de voz. — ¿Por qué carajos se te ocurrió embarazarte tan rápido? Los bebés cuestan dinero, por si no lo sabías. ¿Qué acaso no se te pasó por la cabeza preguntarme al menos primero? Porque, ¡claro!, ahora el que tiene que mantener al mocoso soy yo.

Cuando sentí que podía respirar de nuevo con calma, habiéndome pasado la primera impresión de esta respuesta, tomé un impulso repentino para poder responderle.

—Adriel, yo no lo planeé. Sabes que esas cosas pasan cuando uno está casado. Creí que te alegrarías. Ahora podremos ser una familia completa. ¿No te gustaría tener un pequeño igual a ti que corriera por allí llamándote “Papá”?

Hice esta pregunta casi a modo de súplica, pero creí que podía tocar su corazón de aquella manera.

Mi esposo me miró con el ceño fruncido, pero su vista se suavizó poco a poco. Parecía pensar en lo que aquello significaba. Tal vez, en la posibilidad de ser feliz con todo lo que un hijo representaba.

—Puede que no sea tan malo, ya veremos—dijo, tratando de no sentirse doblegado. —Ya veremos cómo resuelvo lo del dinero. Tendrás que hacer algo para ayudar, al menos por una vez en la vida.

Me sentí más tranquila después de esa discusión. Supe que era feliz, aunque tratara de no demostrarlo frente a mí. Creí ver una sonrisa en su rostro, dibujada con dulzura por el pensamiento de un niño entre nosotros. Tal vez fue así, o tal vez no. Pero preferí pensar que era feliz, no que hacía una mueca para botar el humo del cigarrillo que tenía entre los dedos.

La noticia me tenía tan emocionada que acepté ir donde mis suegros para contarle en persona.

—¡Niñata irresponsable!—dijo mamá, poniendo ojos de terror. — Ni se te ocurra ir tan lejos en esa carcacha. ¡Tienes un hijo en la panza y debes cuidarlo!

La preocupación de mi madre por el largo recorrido en motocicleta sólo me causó gracia. No pasaría nada. Después de todo, mi panza no era tan grande todavía.

—Mamá, también tienen que saberlo. Todo está bien. Iremos con cuidado—dije, tratando de calmarla.

—Tal vez tú tendrías cuidado, pero de él, no lo creo. Para ser sincera, tampoco creo que tú lo seas. Puedes escoger quedarte aquí y cuidar de la criatura que se gesta, en lugar de hacer esas locuras. Ya irás luego.

—¿Luego cuándo, mamá?—dije, tratando de disimular mi molestia. —Luego no podré ir porque el bebé estará pequeño y será muy incómodo llevarlo en la moto.

—Podrías dejar de pensar en la carcacha esa y usar el autobús. Irían más seguros.

—Y duraríamos como una semana más por el viaje. Todo va a estar bien. Sólo te estoy contando. Me voy a cuidar, no te preocupes.

Dejé a mi madre con sus alegatos y salí de casa de mis padres para dirigirme a la mía. Lo último que escuché fue un “jupota”, que decidí ignorar porque, al fin y al cabo, nunca hice caso de las órdenes que recibía. No iba a comenzar ahora, de eso no tenía duda.

En mis siete meses de embarazo, hicimos tres viajes. Todos en la motocicleta. Lamenté cada uno de ellos aquel día en el hospital.

—¿Se pondrá bien?

La voz de Solángel resonaba como un eco en mis oídos. Me sentía atontada por los medicamentos que inyectaron en mi cuerpo para detener el sangrado.

Lo recuerdo todo vívidamente. La mancha rojo escarlata comenzó como un leve hilo de sangre que hizo palpar mi corazón con dolor, al percatarme de lo que pasaba. Corrí al baño para limpiarme, pero todo empeoró. Asustada, no me importó el rastro que dejaba o lo extraña que se veía una mujer con semejante estómago corriendo por la calle. Llegué donde mi madre y, por su mirada —mitad asustada y mitad “te lo dije”—, supe que algo no andaba bien.

En esa época, una ambulancia era un lujo no disponible para la mayoría. Mucho menos en la zona donde estábamos, que se consideraba ubicada fuera de la ciudad.

Una camioneta de trabajo de campo, propiedad de un amigo de mi padre, hizo las veces de taxi para llevarnos hasta el centro de la ciudad, donde estaba el hospital. No recuerdo mucho del trayecto porque estaba paralizada por el miedo. Temía por la vida del bebé, no quería perderlo. No sabía aún su sexo. Sería sorpresa. Pero sabía que lo amaba con todas mis fuerzas y estaba orgullosa, extasiada de llevarlo en mi vientre hasta el momento. Pero ahora, todo estaba cambiando muy rápido.

Entraba y salía de la inconsciencia. Estuve así un par de días, hasta que parecía estable. Sin embargo, me mantuvieron en observación porque había un problema. Todavía no sabían lo que era, pero me estaban haciendo exámenes para poder averiguarlo. La vida de mi bebé continuaba en riesgo.

Al cuarto día de estar en el hospital, un dolor grave me invadió y el sangrado regresó. Me pasaron a la sala de partos porque mi pequeño retoño decidió que necesitaba salir de inmediato. Supuse que no estaba dispuesto a tolerar más medicinas.

Y, de repente, allí estaba yo, entre dolores, contracciones y pujidos, tratando de ayudar a mi bebé a comenzar una vida sin penas. La vida te presenta, en muchas ocasiones, pruebas que crees imposibles de sortear. La verdad es que somos nosotros mismos quien creamos el camino por el que vamos pero, en la mayoría de los casos, no lo vemos de la manera que es.

Mi llanto inició desde que comenzaron los dolores y no cesó durante mucho tiempo. Incluso empeoró el día en que enterramos a mi hijo. Su vida representó las dos horas más felices de la mía y, luego, decidió llevarse mi amor consigo para siempre, partiéndome el corazón en pedazos. No entendía por qué pasaba eso. Tampoco los doctores lograban decirme la razón de lo sucedido. Simplemente tuve que aceptarlo.

En una sencilla placa lo llamamos “Ángel de Dios”, porque Adriel no quería darle un nombre como era debido. “Patrañas torpes de la iglesia”, dijo cuando le exigí un nombre en la placa. Sólo se rió y, a regañadientes, me permitió poner un breve recordatorio.

Él fue mi Ángel, pero no es el nombre que mi bebé tuvo a mis ojos. En secreto, muy profundo dentro de mi corazón, lo llamé con el nombre más bonito que había escuchado hasta el momento.

Lo mantuve para mí durante toda mi vida y así sigue hasta hoy. Sólo mi bebé y yo lo sabemos, porque él me acompaña desde ese día. Estuve por completo segura y, para el final de mis días, lo he corroborado.

5

A pesar de mi dolor, la vida seguía adelante. Nada deja de girar cuando sientes que tu mundo se detiene. Nada excepto tú, si así lo permites. La mayor parte de los días los pasaba en casa de mis padres, ayudando en la cocina y recuperando un poco la compostura.

Aprovechaba para comer allí, igual que lo hacía algunas veces Adriél, porque estaba sin trabajo en ese momento, pero eran continuas sus disculpas del porqué aún no conseguía nada que hacer. Mis padres no estaban muy contentos con esta situación, pero creo que soportaban su escasa presencia debido a la reciente pérdida.

Adriél era bastante descarado y no le importaba no ser bien recibido. De igual manera, sus visitas fueron mermando cada vez más. En especial si mis hermanos mayores estaban en la casa. Más que a cualquier otro, evadía a Manolo. Sabía que el grandulón de mi hermano podría darle una paliza con facilidad, si así lo deseaba. Y créeme, lo hacía. Ya te lo había dicho antes, pero puedo recalcarlo ahora. A Manolo jamás le agradó mi esposo. Conforme pasaban los meses —y los años— le agradaba cada vez menos.

—¡Es por su culpa que perdieras al bebé!—me gritó con enfado una vez que discutimos—. Pero sigues de tonta haciendo todo lo que el vago te dice. Te trata como basura y tú le aguantas todo.

—¡Es mi esposo!—le grité con mi cara enrojecida como tomate.

Pero Manolo tenía razón en muchas cosas, aunque hiciera propios los asuntos que no le incumbían. Siempre creía tener el derecho de opinar y dar órdenes creyendo que sus pensamientos eran los únicos correctos. Jamás le daría la razón, de eso no hay duda. Mucho menos sabiendo cómo trataba a la dulce Ágata, que era querida por todos en la familia.

Mi madre también continuaba pensando que los viajes en moto fueron los responsables de la tragedia, pero yo no. Estaba segura que la razón era otra. Aprendí a ocultar con astucia los moretones que me dejaban las palizas de Adriél. De todos modos, me hizo creer en todo momento que eran por mi culpa. Jamás se disculpaba, pero lograba hacerme sentir responsable de todos sus actos. El amor es ciego. Yo aprendí que también lo es la estupidez.

Recuerdo con claridad la primera vez que me dejó inconsciente. Llegó borracho hasta el pelo. Su problema con la bebida se incrementaba más y más. Ese día, después de un partido perdido por ¡vaya a saber! cuál equipo, decidió que era mi culpa que el refrigerador no tuviera ni una sola cerveza extra. Mucho menos iba a tener comida. Él seguía sin trabajo y yo sin tener su permiso para trabajar por mi cuenta.

—¡Vaga! No haces más que pasear todo el día donde tus papás. Al menos deberías tener listo algo para que yo pueda comer. Me parto el lomo tratando de encontrar trabajo, y cuando lo tengo, siempre tengo que mantenerte. Tú ni siquiera me lo agradeces. ¿Cómo carajos no hay nada para comer?

—Pero si no tenemos nada, ¿cómo voy a cocinar? Si tú no tienes dinero para comprar comida, ¿de dónde me la voy a sacar yo?

—¡No te atrevas a hablarme así!—respondió con los ojos hinchados de sangre.—No quieras

pasarte de lista. Bien gorda que estás por estar comiendo lo que cocina mi suegra, ¿no es así? ¿Y a mí qué me traes? ¡Una mierda! Yo soy tu esposo, pero ahora resulta que me tratas de vago. Tengo derecho a quitarme las preocupaciones haciendo cosas de hombres y tú no colaboras más que para darme más problemas. ¡Ni siquiera tratas de ayudar!

—¡Pero tú no me dejas trabajar! ¿Cómo voy a ayudar si no tenemos comida para cocinar y yo no puedo ganar dinero porque tú no me lo permites? Es tu culpa que no haya nada en esta casa para comer. ¡Todo el dinero te lo gastas en ese bar de porquería!

Aunque era cierto, la verdad se paga con sangre en algunas ocasiones. Esta fue una de esas. En la vida, hay momentos donde es mejor aprender a callarse y tratar de ignorar los insultos recibidos. Yo no lo hice y viví una dura lección por ello.

La piel morena de Adriel se ennegreció el doble de lo normal. La furia lo consumió y el alcohol lo empeoró todo. Me tomó por el cuello para lastimarme con mayor facilidad, porque se tambaleaba en su borrachera. De un puñetazo me tumbó en el suelo y con sólo el golpe recibido de pleno en mi cara, logró desubicar mis sentidos casi en su totalidad.

Sus gritos eran un eco en mis oídos. Sabía que estaba en el suelo porque sentía mi cuerpo contra el frío cemento, pero no podía distinguir dónde era arriba y dónde era abajo. Mi vista nublada sólo distinguía sombras y el dolor de sus patadas por todo mi torso se sentía como leves punzadas que, en algún momento, ya no me dejaron respirar más.

Cuando todo el aire salió de mis pulmones y el mundo dejó de girar para ponerse negro, me sumí en un profundo sueño donde confundía el olor de la sangre con el de las rosas del jardín de mi madre.

Mientras yacía en el duro suelo, Adriel decidió dormir una siesta en el sillón de la sala. Supongo que la paliza lo dejó agotado. Algunas veces agradeces tener vecinos entrometidos; este fue mi caso. La vecina del lado se daba cuenta de lo que pasaba. En las casas pequeñas no hay muchas maneras de ocultar ese tipo de ruidos. Y la cercanía de la suya con la nuestra, no daba espacio a dudas.

Cuando se asomó y me vio en el suelo, buscó a mi padre lo más rápido que pudo. Jamás supe cómo llegamos al hospital, pero allí estaba yo, de nuevo en una cama blanca, con bata blanca y manchada de sangre en varias partes del cuerpo. El dolor al despertar era horrible. Cada centímetro de mi piel, de pies a cabeza, se había llenado con moretones asombrosamente grandes, que cambiarían de tonalidades a partir de ese momento. Como no había nadie a mi lado y tardé en ubicarme para saber qué pasaba o dónde estaba, volví a dormirme casi de inmediato. Dolía pensar en lo ocurrido casi más que en los golpes que recibí del hombre que amaba. O que creía amar.

Al despertar, al día siguiente, todos los dolores seguían en el mismo sitio en que los dejé la primera vez que regresé de la inconsciencia. No sabía lo que pasaba en casa de mis padres ni con Adriel, pero sabía que no quería empeorar las cosas. Estuve internada varios días, porque tenía daños bastante graves por las patadas recibidas en mi torso, aunque no llegaron al punto de ser peligrosas para mi vida.

Cuando por fin me dieron permiso de regresar a casa, me di cuenta de lo ocurrido fuera de mis ojos. Adriel no me visitó ni un sólo día en el hospital, sólo mis padres y mis hermanos. Pero papá y Manolo tampoco lo habrían dejado ir a mi lado. Habían ido a las autoridades a poner una denuncia por agresión contra mi persona. ¡Una denuncia! ¿Eso cómo me iba a ayudar para no empeorar las cosas?

Por petición de la policía, yo debía presentarme en la estación para corroborar los hechos que

mi familia presentara días antes, de otro modo, la denuncia no estaría completa. Así que, sin esperar dos veces, me fui directo desde el hospital hasta el lugar indicado para explicar por qué estaba ahí. Después de un rato, me pasaron con el oficial encargado del expediente y me pidió que explicara todo con mis palabras. Le dije que era un gran malentendido, por supuesto.

Cuando me dirigió esa mirada de incredulidad, supe que no era la primera vez que alguien desmentía un acto como ese.

—¿Se da cuenta de que no podemos hacer nada en contra de su esposo si usted levanta los cargos?—preguntó con voz grave, sin ocultar lo que sentía en realidad.

—No necesita hacer nada contra él. Ya le dije que fue un accidente —respondí con frialdad.

No esperaba que nadie me entendiera. Me importaba poco lo que otros pensarán. Incluida mi familia. Yo estaba segura que Adriel estaba arrepentido. Él era duro de corazón, tal vez un poco más de lo necesario, pero me amaba en realidad. Sabía que eso no se repetiría.

—He visto muchos accidentes como este, señora —replicó con tono cansino.— Muchos de ellos en la morgue.

La mirada sombría estaba ahora en mi rostro, pero eso a él lo tenía sin cuidado. Mató mi silencio con su última frase:

—En fin... es su decisión...

—Correcto —agregué como última palabra.

Firmé lo que me pusieron delante y la denuncia quedó anulada. Sabía cuánto se iba a alegrar Adriel por lo que hice. Se daría cuenta de lo buena esposa que era yo. Camino a casa, fantaseé con todas las posibles escenas en las que me abrazaba y rogaba perdón. Incluso pensé en cómo intentaríamos de nuevo procrear un hijo juntos. Yo ya lo había perdonado, de todos modos.

A mí, sin embargo, él pareció no extrañarme. Entré en la casa con la firme intención de demostrarle que tuvo razón todo el tiempo, que yo me sobrepasé con mis palabras. Después de todo, Adriel era mi esposo. Yo le debía obediencia y sumisión para ser una buena esposa. Para él, ser buen esposo no tenía ningún significado real.

El ruido proveniente de la habitación hizo saltar mi corazón. Sabía de qué se trataba todo aquel bullicio. Si estaba planeando procrear, no era conmigo con quien lo intentaba en ese momento.

Recuerdo entrar en modo trance en la habitación y regresar en el tiempo al día del baile cuando éramos novios y celebrábamos nuestro primer mes de relación. Todavía me recuperaba de las dolorosas heridas causadas en mi cuerpo por las patadas con que mi esposo me castigó, pero aquello no se comparaba en sufrimiento.

La mujer gritó asustada al verme de pie junto a ellos y Adriel me miró incrédulo. Luego ambos rieron. Ella se tapaba con la sábana la cara, en un intento de que yo no reconociera ese rostro tan familiar para mí. Él, con el aroma de la cerveza rondando hasta en sus pupilas, ni siquiera intentó cubrir su miembro erecto.

—Bueno, ya que regresaste podrás volver a tus quehaceres de esposa —me dijo.

La incredulidad en mi rostro, y en mi cuerpo entero, hablaron de nuevo por mí.

—¿Cómo te atreves? Me das asco...

Las palabras saltaban de mi boca al mismo tiempo que las lágrimas se me acumulaban en las pupilas, sin poderse escurrir como debieran. Intenté contenerlas cuanto pude, pero al final no pude. Gané una nueva paliza por interrumpir esa escena. Esta vez, no quedé inconsciente. Nadie se dio cuenta, nadie me ayudó. Ni la inoportuna visitante que se fue de mi casa con un “Mejor hablamos luego” para mi esposo. Tampoco esperé ayuda de nadie. No deseaba que me vieran así otra vez. Había sido mi culpa, una vez más.

Muchos días pasaron antes de que visitara a mis padres de nuevo. Yo no quería verlos con los nuevos moretones marcados. Ellos no querían verme tampoco, al menos hasta que la rabia se les evaporara de la cabeza. Supongo que también del corazón. Ni ellos ni mis hermanos se explicaban por qué actué como lo hice. No entendieron, ni mucho menos aceptaron, las decisiones que tomaba respecto a Adriel.

Supongo que todos pensaron que iba a dejar a mi esposo y regresar a casa. Manolo estaba tan molesto conmigo por desmentir los cargos contra Adriel que ni siquiera me dirigió la vista un domingo, cuando coincidimos por primera vez desde que yo saliera del hospital.

El ambiente era un poco tenso al principio, pero eran mis padres, y los extrañaba. Poco a poco, los ánimos se relajaron. Creo que sustituyeron su rabia con lástima. Pero yo no podía hacer nada al respecto. Ellos tampoco podían hacer nada por mí. Yo no lo permitía. Las conversaciones pasaron de ser insípidas a cotidianas, como eran en su normalidad.

Jamás les contaría lo que vivía en realidad. Mi familia lo imaginaba, estoy segura. Pero no creo que sus sospechas se acercaran del todo a mi mundo verdadero. Ya te conté que siempre fui muy reservada, desde pequeña. No comenzaría a cambiar ese aspecto tampoco, mucho menos referido al tema de mi esposo. Nunca les conté lo que pasaba en mis días, ni cómo me trataba Adriel, ni cuánto me pegaba. ¿Para qué hacer que otros sufrieran o se sintieran tan mal como yo?

Adriel era mi esposo, mi decisión. Yo escogí seguir junto a él porque lo amaba. Creí amarlo más que a mí misma. También era parte de un sentimiento de aceptación. Como me casé con él, pensaba fervientemente que era mi deber estar a su lado, sin importar qué.

También sabía que, si le contaba a mi familia lo que vivía, lo duro que pasaba día tras día, el dolor que había dentro mío sería traspasado a sus corazones y sus vidas. No quería que se sintieran peor de lo que ya lo hacían por mi matrimonio. Además, lo tenía muy claro, me dirían que abandonara a Adriel. Esa sería su primera y única recomendación. Pero yo no lo haría. No podía.

Conforme pasaba el tiempo, yo me acoplaba a mi rol de esposa. Mis padres y hermanos se hicieron a la idea de que Adriel estaría por mucho tiempo junto a mí. O más bien, yo junto a él, porque era siempre yo quien corría a su lado.

Durante los siguientes dos años, volví a quedar embarazada dos veces más, pero no fue hasta esa tercera pérdida que los doctores se dieron cuenta qué causaba los abortos espontáneos en mi cuerpo.

—Es un problema con el azúcar de su cuerpo cuando queda embarazada —el doctor trataba de explicarlo de forma sencilla.

Lo más probable era que, por la cara que estaba poniendo, se diera cuenta de que yo no entendí en realidad lo que trataba de decirme.

—¿Cómo que el azúcar? —dije confundida. —Yo como mucha azúcar siempre.

—No se trata de cuánto consume usted, sino de cómo reacciona su cuerpo cuando tiene un bebé en el útero.

—Sigo sin entender —le dije ya un poco molesta.

—Cuando usted queda embarazada, pasan cosas dentro suyo. Tienen que ver con la química del cuerpo y todo lo que conlleva el desarrollo de un bebé. Lo que sucede es que su sangre no logra mantener el nivel de azúcar correcto para el embarazo y su bebé no puede desarrollarse bien porque no tiene acceso a la cantidad de azúcar que él necesita. Le falta energía para la gestación de todo su desarrollo. ¿Entiende lo que digo?

Sólo asentí, aun frunciendo un poco el entrecejo. Así que él continuó su explicación.

—Su bebé no tiene de dónde tomar la energía necesaria para poder crecer como debe, porque su cuerpo elimina todo el azúcar cuando queda embarazada. Por eso es que los fetos mueren, porque su gestación queda incompleta. Los órganos no pueden desarrollarse de forma correcta y así no pueden vivir. Simplemente es eso.

—¿Simplemente? —pregunté, atónita. —Usted está diciendo que es algo simple, pero es la tercera vez que pierdo un bebé y hasta ahora pudieron averiguar por qué. ¿Acaso no eran importantes mis “fetos”?

Sabía que los doctores hicieron lo que podían. Al menos, quería pensar que así fue. Pero en ese momento me sentía frustrada, bastante molesta y devastada porque mi cuerpo se rehusaba a tener hijos.

Las lágrimas las reservaría para la privacidad. Ahora sólo quería respuestas.

—Señora, entiendo que esté triste. Pero al menos hay una buena noticia. Sabiendo qué produce los abortos de sus...bebés —el doctor tragó saliva, escogiendo con cuidado sus palabras—, podemos darle un tratamiento para que no vuelva a suceder.

—¿Quiere decir que se puede curar? Es decir, ¿sí podré ser mamá?

—Por supuesto que sí —no disimuló su sonrisa—. Siempre y cuando se someta al tratamiento que le demos de manera estricta. Si vuelve a quedar embarazada, no puede hacer las cosas cuando quiera o como quiera. Tendrá que obedecer cada instrucción al pie de la letra.

De repente me invadió una alegría absoluta. Estaba maravillada con esa última noticia. Había perdido tres bebés, pero no me daba por vencida. Volvería a intentarlo. Y esta vez, probablemente por primera vez en mi vida —sin incluir a Adriel—, le haría caso a quien me diera las órdenes, una a una, para lograr mi deseo de ser madre.

Mi familia estaba enterada de la situación. Sabían que deseaba quedar embarazada de nuevo, pero esta vez llegando a término. Mi papá me conocía tan bien como mi madre. Estaba seguro de que, aunque fuera peligroso para mi salud, yo no cedería en mi deseo. Supongo que previó dos cosas: que no duraría muchos meses más para estar en cinta de nuevo y que seguiríamos con problemas económicos hasta para pagar la casucha donde alquilábamos, y donde, mes tras mes, teníamos problemas para dar algún aporte a los pagos, ya atrasados de todos modos.

Papá no era de ponerse a esperar un milagro. Él era fuerte, valiente, decidido. Buscaba cómo hacer que las cosas sucedieran. Así que puso manos a la obra. Habló con mi madre y decidieron “prestarnos” una parte de su terreno para que pudiéramos construir allí una pequeña casa donde establecernos.

—Así tendrán un lugar propio y dejarán de preocuparse. Hay que encargarse de la familia como es debido. Si pronto tendrán un hijo en camino, con mucha más razón será una responsabilidad bien abordada.

Papá hablaba con Adriel sin dudas en sus palabras. Mi esposo empequeñecía cada vez que eso pasaba. Accedió a todo lo que mi padre dijo, pero no siempre hacía lo que su boca pronunciaba.

En ese momento, Adriel no contaba con un trabajo estable. Lo habían despedido de todos los trabajos en los que fue aceptado. Ya no tenía moto desde un tiempo atrás, mucho menos un auto. Pero se las ingenió para que le alquilaran un taxi, con el que trataba de ganarse la vida. O, para ser sincera, las cervezas. Seguía sin aportar mucho a la casa. El poco dinero que entraba no pasaba del bar. Cuando llevaba algo de comer, no lo había pagado. Lograba hacer que le dieran los víveres a crédito. Labia tenía, palabra no. Su especialidad parecía ser ganarse enemigos en todas partes, ya sea por moroso, deudor, mujeriego o busca pleitos. Algo había siempre.

Pero, aún con todo eso, cuando habló con papá pareció saltar un poco su sentido común. Con

el trabajo en el taxi como respaldo, logró que le dieran un préstamo con el que comenzamos la construcción de nuestro pequeño hogar. Tal vez, todo había valido la pena. Me dio la impresión de que las cosas comenzarían a mejorar. No podía estar segura, pero tenía una corazonada. Ahora sabemos que, a la hora de elegir, mi corazón no era el más diestro.

Como todo lo que Adriel comenzaba, la construcción se fue quedando a medias con el paso de los meses. De repente, todo lo planeado con antelación se fue posponiendo, para luego cambiar los planes y, por último, nunca concretarse.

Mi padre estaba furioso. La obra gris no serviría de nada si no se complementaba, al menos, con algunos detalles indispensables. Vidrios y puertas no podían faltar. Al igual que la electricidad y el agua potable. Los constructores se estaban dando más horas libres de las necesarias, pero nadie los vigilaba. En un principio, yo me encargaba de eso mientras mi esposo estaba trabajando con el taxi. Cuando papá regresaba de su trabajo, me apoyaba. Les explicaba a los constructores lo que faltaba y me explicaba a mí, para que no se hicieran mal las cosas en su ausencia.

Pero ahora, yo estaba de nuevo en el hospital. Me encontraba obedeciendo al pie de la letra, todas y cada una de las órdenes de mi doctor. Sólo así, podría llevar a término el nuevo embarazo. De ninguna manera pondría en riesgo la vida de mi nuevo bebé.

Sin mi presencia durante el día (la de Adriel mucho menos), y ahora sin dinero para seguir pagando los trabajos, la construcción quedó paralizada. Cada centavo del préstamo estaba siendo destinado para mejorar la vida de la familia del dueño del bar. Todo se esfumó en cervezas y cigarrillos. Me abstuve de pensar que también se fue en mujeres, pero ahora, cuando la verdad de toda una vida se desvela ante mis ojos, ya no puedo ocultar lo que fue. Tampoco tiene importancia en este momento. Nada puede cambiarse cuando ya fue hecho. Sólo vivimos en el ahora, es el eterno presente lo que debe tener énfasis en nuestros pensamientos.

Mi nuevo tratamiento era tan estricto que me mantenía internada en el hospital. Recuerdo el día en que Solángel me visitó para darme dos noticias impactantes.

—¿Estás segura? —pregunté, aún con reservas.

—Por supuesto. Comenzó ayer. Los trámites los hizo unas semanas atrás para poder avanzar con los permisos correctos.

—No tenía que hacerlo. Adriel va a terminar la casa en cualquier momento.

—Lillian, no seas ciega. Tu marido ya no tiene un cinco. Y sabes que es cierto. También eres consciente de dónde paró todo el dinero de ese préstamo.

—¡En la motocicleta, por supuesto! La compró para poder buscar trabajo como mensajero otra vez. El taxi no deja mucha ganancia que digamos...

—Si quieres cerrar los ojos, allá tú. Pero sabes que esa moto no es para conseguir trabajo. Adriel no quiere trabajar de mensajero. Total, me importa un bledo lo que quiera. Sin importar el trabajo que tenga, nunca hay ganancias suficientes porque todo lo derrocha en el bar. Siempre ha sido así. Y no quiero decir dónde más porque no quiero que te preocupes en tu estado. Dejémoslo así. Sólo quería que supieras que papá está terminando tu casa. Cuando salgan del hospital tú y tu bebé, al menos tendrán un sitio propio donde quedarse. Mamá estará feliz de que estés cerca de ella para que la ayudes con las comidas.

—Espero que le guste tener un bebé cerca otra vez, porque tendré que pedirle ayuda en todo. Tengo un poco de miedo de no saber bien cómo hacerlo. Ya sabes, cómo ser mamá.

—Bueno... Esa es la otra noticia que te tengo. Yo también tengo un poco de miedo por eso.

—¡¿No crees que pueda ser buena madre?! —repliqué, un poco escandalizada por semejante

confesión.

—No seas tonta. Claro que serás una excelente madre. Me refiero a que tengo miedo de no poder ser yo buena mamá...

—Solángel, no te excedas en el tiempo. Ya podrás averiguarlo después, cuando quedes embaraz... ¡¡¡Por qué pones esos ojos???

— Tu bebé tendrá un primo o prima con quién jugar, Lillian. Creo que a mamá le tendrá que gustar ser abuela, porque no será sólo el tuyo...

En casa de mis padres no era un secreto que Solángel tenía un pretendiente. Nadie lo conocía mucho y ella no hablaba como si estuviera enamorada. Tal vez no se lo tomaba como una relación formal o tenía miedo de decirle a papá, nunca lo dijo. Pero el asunto se complicó un poco cuando llegó con la noticia.

— Supiste ocultarlo muy bien hasta ahora, pero ya no hay remedio.

Mi madre estaba en una avalancha extraña de sentimientos, según me explicaba mi hermana. Parecía estar enojada, luego pensativa, luego molesta, después triste. Siempre fue difícil leer sus emociones, porque no las expresaba con palabras. Creo que siempre supe que me parecía a ella en eso. Ella encontraba formas de demostrarnos su amor de madre. Yo, en cambio, buscaba formas de evitar demostrar cualquier sentimiento.

No era porque me sintiera especial de una manera inequívoca, sino que tuve la certeza, desde pequeña, de que nadie entendía mi manera de ver el mundo. ¿Me equivoqué? No lo creo. Cada quien tiene su propio camino. Nadie tiene la obligación de explicarse ante otro, de dar excusas o razonamientos. Sólo tú entiendes lo que pasa dentro de tu corazón, nadie más. Así que, habría sido una pérdida de tiempo tratar de sentirme comprendida. Yo misma sigo aprendiendo a entenderme. ¿Cómo podría hacerlo alguien más?

Papá no estaba muy feliz con el embarazo de Solángel. Incluso lo estuvo un poco menos cuando Darío, el ahora —supuestamente— novio de mi hermana, llegó a la casa presentándose y dando la noticia de que se haría cargo de la criatura. Tenía un familiar en los Estados Unidos que lo ayudaría a encontrar trabajo, así que él haría un gran esfuerzo para irse y poder enviar la ayuda económica que tanto necesitaba ese ser indefenso. Casi cuarenta años después de esa conversación, el dinero sigue extraviado y el agotado trabajador sigue sin tener condición de inmigrante. Solángel jamás volvió a saber de él.

Mientras mi control extremo del embarazo me mantenía hospitalizada, papá intentaba terminar —con mucho esfuerzo y dedicación— la casa que Adriel dejó a medias por usar el dinero del préstamo en otras cosas, que no resultaron importantes. Yo apoyé a mi esposo como una ciega, creyendo cada una de sus palabras, pero muy dentro de mí sabía que él no era sincero. Ni siquiera yo estaba siendo sincera conmigo misma. Era consciente de sus mentiras, sin embargo, cerrar los ojos me sostenía a su lado en mi mundo de fantasía.

Mi esposo tenía ahora tanto trabajo con el taxi que no me visitaba en el hospital, pero, al parecer, tampoco le alcanzaba para pagar las deudas ni ayudar a mi padre con la que sería nuestra propia casa. Mis hermanos y mis padres se turnaban para visitarme. Solángel me acompañaba cada vez que su trabajo lo permitía, pero un mes y siete días antes de que mi pequeña Mercedes naciera, Rebeca se adelantó para venir al mundo echa una bola de gritos y llantos. Algunos de alegría, otros no tanto, pero reflejaban los sentimientos de toda la familia en ese instante.

Mi hermana mayor y yo criamos entonces a nuestras primogénitas en una unión muy peculiar. Con apenas unas semanas de diferencia al nacer, su amor como primas se mantiene intacto en la actualidad. Su relación será siempre muy fuerte porque las une un lazo especial, rodeado de

momentos hermosos, divertidos, dolorosos y expectantes.

No fue hasta el día en que nos dieron de alta a Mercedes y a mí, que Adriel pudo llegar a conocer a su hija al fin. Nos llevó en el taxi hasta la casa de mis padres, donde esperaban ansiosos más cantidad de ojos de los que me fue posible contar. Familia, amigos, vecinos y algunos desconocidos para mí. Se reunían todos en una pequeña convivencia que les permitió ver a las dos primeras nietas del abuelo Chico y la abuela Flor.

Unos meses después, papá terminó de construir nuestra casa. Nos mudamos allí con una energía renovada. Recuerdo cómo el viento limpiaba mi rostro al tiempo que despeinaba la cabeza de mi bebé. Parecía llevarse todas las lágrimas derramadas hasta el momento y dejar un rastro nuevo de promesas válidas en mi matrimonio. Me fue imposible negar el amor que sentía por Adriel, incluso después de todas las experiencias que pasamos. No cualquier pareja se hubiera mantenido unida con semejantes dificultades. Eso me hizo creer que nuestro amor era profundo, verdadero. El mío era puro. En especial el que desbordaba de mi corazón hacia el de mi hija, pero amaba a mi esposo. Quería demostrarle que no se equivocaba al seguir a mi lado. Yo, en cambio, cerraba mis ojos para no pensar que era yo quien cometía un error.

Como el nacimiento de Mercedes se dio sin problemas, igual que su crecimiento, los doctores corroboraron que el tratamiento estaba bien etiquetado de “exitoso”. Así que utilizaron las mismas técnicas con los otros dos embarazos que tuve a continuación.

Con cada uno de mis hijos en el vientre, tuve que pasar gran cantidad de tiempo en el hospital, para sobrellevar los embarazos sin inconvenientes ni imprevistos. Durante esos años, en realidad nada pareció cambiar. Adriel continuaba bebiendo el dinero que hacía trabajando, la casa seguía justo como mi padre logró dejarla cuando terminó de construirla, Mercedes se criaba cercana a mis padres y hermanos, pero aún más a su prima Rebeca, de quien no se separaba. Y yo seguía igual también. ¿Cómo esperar que algo cambiara si yo no lo hacía?

Continuaba ciega de amor por un esposo que no me amaba. Lo usual era que me utilizara, porque sus breves contactos conmigo siempre lograban generar en mí una cierta necesidad de sentirme culpable o inferior hasta por la más mínima situación. Pero yo era fiel a mis emociones y seguiría estando a su lado mientras creyera que todo podía mejorar o cambiar en algún momento.

Dos años después de Mercedes, Augusto se robó el corazón de toda la familia. Era el primer nieto varón, el primer sobrino, el primer pillo que mis hermanos entrenaron para convertirlo en un dolor de cabeza. Robó mi corazón desde que supe que estaba en dentro de mí, pero cuando lo vi por primera vez, no podía creer cuánto es capaz de crecer el amor de un ser humano frente a la tierna inocencia de un recién nacido.

Su piel oscura, sus colochos de porcelana y esa profunda mirada que se lograba clavar como flecha directa en el costado izquierdo del pecho, hicieron que gritara enmudecida de amor y satisfacción cuando lo tuve en mis brazos. Deseé que mi hijo se quedara allí para toda la vida, rodeado de todo el amor y protección que yo fuera capaz de brindarle mientras viviera. Nada me lo arrebataría jamás. Era el niño más hermoso, perfecto y dulce que había conocido. Por supuesto, todas las madres tienen al hijo más hermoso del mundo. Estaba loca de amor por él. Siempre lo he estado. Mi dulce e intrépido Augusto. Hizo mi vida alegre, volteándola de cabeza en la mayoría de ocasiones, pero estuvo siempre conmigo. Me cuidaba, me amaba. Por suerte para mí, no se parecía en nada a su padre, aunque lo viera como a un héroe. Pero ¿qué hijo no piensa que su padre es el más valioso hombre sobre la faz de la Tierra?

A los ojos de los niños, sus padres siempre son héroes. Su inocencia les hace creer lo que sea que escuchen del hombre que los cuida. O mejor cambio las palabras. Su inocencia les permite

creer todo lo que les diga su progenitor. Porque seamos sinceros, cualquiera puede procrear, pero un niño necesita más que sólo ser traído al mundo de una forma biológica. Como ya sabes, no era el caso de Adriel. Él no cuidaba de sus hijos, pero hacía lo posible por mantener la apariencia de que así era. Mi dulce Augusto fue el segundo en creerle sus mentiras. La primera, fui yo.

Mercedes había gozado de muchos brazos varoniles protectores desde que nació. Esa era una de las razones por las que no extrañaba a su padre en realidad. Al menos durante los primeros años de su vida. Sus amores eran Rebeca y Panchita, su muñeca fabricada a mano por mí misma. Mis dotes en costura nunca se extinguieron, por más tiempo que estuviera sin ponerlos en práctica.

Micaela fue la última en unirse a la familia. Nació en el año ochenta y cuatro. Para ese entonces, yo ya tenía dominado el arte de evitar al máximo los golpes, ocultar los moretones y convencer para que los castigos inevitables ocurrieran fuera de la vista de los niños. Era irrelevante para ellos conocer la verdad que se ejercía tras las puertas de nuestra habitación.

No logré estas hazañas con los gritos. Eran pan de cada día y una actitud innegable dentro de nuestro círculo familiar. En un pueblo pequeño, es imposible ocultar una relación de este tipo. En especial, cuando tu esposo cree una necesaria conveniencia contar en el bar cómo debe mantener a raya a su mujer, poniéndola cada día en el lugar que le corresponde.

Esas charlas caprichosas llenaban de orgullo a Adriel. Lo hacían sentirse valiente, fuerte, importante. Al igual que nuestro matrimonio a través de los años, su reputación se fue volviendo insoportable para todos a nuestro alrededor. Ya no le resultaba tan fácil convencer a las personas para que le dieran créditos que nunca pagaba, a menos que les ofreciera una prenda como garantía. Cosa que Adriel casi nunca podía dar. Su palabra no tenía validez en ninguna parte. Sólo en nuestro hogar. Yo seguía creyendo que él me amaba. Tenía que enderezarse un poco, pero ¿quién no comete errores en la vida?

Entre más me maltrataba y más me mentía, yo más cerraba los ojos para concentrarme en las palabras hermosas que adornaba con flores y arco iris. Decidía creerle. Prefería pensar que escuchaba verdades innegables de un corazón atormentado y no tormentas acorazadas que negaban cualquier mentira existente. No estaba dispuesta a darme por vencida. Amaba a mi esposo y quería que él sintiera lo mismo por mí. Por todos nosotros.

Sin embargo, el dinero nunca llegaba. Mucho menos la comida. Adriel y yo dormíamos en una incómoda cama en una de las habitaciones. Los tres chicos dormían en la otra habitación, compartiendo la otra cama que el abuelo Chico les había construido con mucho cariño. Yo seguía sin tener permiso para trabajar.

—Podría ayudarte haciendo algo de dinero extra en ese lugar —le decía, proponiendo alguna opción nueva.

—No seas torpe, Lillian. Sabes que las mujeres tienen que estar en la casa. Y tú haces lo que yo te diga. Punto. ¿Está claro?

Añadía siempre esta pregunta al final de sus amenazas camufladas, acercando su rostro tanto al mío que no podía enfocar bien la mirada. Su brazo se apoyaba contra la pared donde yo estaba acorralada, cerrando cualquier posible escape que, de todas maneras, me habría resultado imposible de buscar. Sabía bien cuáles eran las consecuencias de intentar huir de sus puños.

Era cuestión de obedecer o morir. Porque con él, aprendí a seguir sus instrucciones al pie de la letra, así el castigo era mínimo. Pero sin él, me sentía muerta por dentro; eso era peor. Lo que no entendía, es que ya lo estaba. Y lo que faltaba por vivir iba a mostrarlo justo frente a mi cara.

6

Si la frustración invadía la mayor parte de mi vida, yo sabía disimularlo muy bien. Tenía tres hijos increíbles que cuidar, sin —prácticamente— ayuda de su padre, pero ellos tenían a sus abuelos y tíos. Mi tiempo en este mundo siempre estuvo bendecido con la presencia de mi familia. Ellos fueron mi soporte, mi ayuda, mis guías, aun cuando yo no les prestaba la atención debida. Pero nadie viene a este mundo a entender palabras, sino a buscar resultados a través de la experiencia. Soy prueba de ello.

Conforme mis hijos continuaban creciendo, lo hacía también el ritmo alcohólico de Adriel. Su presencia en casa de mis padres era nula. No hay que ser adivino para entender que no era apreciado en lo absoluto. En especial por Manolo, que para la época en que nació Micaela, contaba con una pequeña empresa de papas tostadas, cuya planta principal de producción se fundó en el garaje de la casa de mis padres.

Adriel huía de encontrarse con Manolo igual que una plaga lo hace del veneno. Le tenía horror, no sólo por su tamaño y fuerza, sino porque el temperamento era explosivo en todo momento. Mi esposo era consciente de eso y sus cicatrices se lo recordaban con cada mirada al espejo. Sus recuerdos no eran gratos cuando se trataba de mi hermano. Pero tampoco lo eran para mí, sólo que a Adriel parecía no importarle. Daba por sentado que las mujeres eran pertenencias que merecen estar bajo el zapato del esposo. Ese es su lugar.

Claro que, para mi amado compañero, ese parecía ser el sitio en que posicionaba al mundo en general. No sentía verdadero aprecio por nada o por nadie. Pero los humanos, usualmente, no llegamos a entender eso hasta que las situaciones avanzan a puntos sin retorno. Adriel no se amaba a sí mismo. Eso es todo. Misión imposible sería para él encontrar amor en las personas y cosas externas a él, cuando su interior estaba lóbrego y mustio.

Cuando los humanos crecen, también lo hacen sus estómagos. Mis niños crecían, pero nuestra nevera permanecía vacía. Lo normal era que yo pasara el día en casa de mis padres. Ayudaba a mamá en la cocina, porque era mi sitio favorito. También el de mis hijos, que crecieron pensando que el estómago sólo podía ser llenado en ese lugar. Nunca en su propia casa.

El camino que conducía desde nuestra casa hacia el centro del pueblo, donde estaba el bar favorito de Adriel, pasaba justo al lado de la casa de mis padres. Sin importar lo que estuviera haciendo, aprendí que debía dejarlo de lado si veía pasar a mi esposo hacia la casa. Fuera la hora que fuera.

Tomaba el atajo por la parte de atrás de la propiedad, que conectaba con nuestro humilde hogar, para poder llegar primero. Adriel sabía que yo pasaba la mayor parte del día donde sus suegros, pero me exigía estar allí cuando él regresaba.

El bar lo dejaba día tras día, semana tras semana, sin un centavo en los bolsillos. Nunca alcanzaba para comprar ropa, pagar deudas, ni mucho menos comida. Pero regresar de su “distracción del día” lo dejaba hambriento. Él no aportaba comida y no me dejaba trabajar a mí tampoco, pero parecía desquitarse conmigo cada vez que tenía hambre y no podía mermar su apetito.

Cuando no encontraba cómo saciar su estómago, se ensañaba con el mío. Aprendí a lidiar con la horrible sensación de quedarse sin aire después de que un puño tambaleante se estrella justo en medio del tronco. Algunas veces, terminaba vomitando lo que mi cuerpo no hubiera digerido en ese momento. Eso lo enfurecía más. No porque tuviera que limpiar nada, porque eso era mi trabajo, sino porque se daba cuenta de que yo no estaba con hambre en ese momento. Al menos no antes de regurgitar por sus golpes.

—Vas a traerme de comer cada vez que regreses aquí —me gritó un día con los ojos inyectados de sangre—. Más te vale que no me vuelvas a dejar con hambre. Por eso estás gorda. ¡Qué bien se come allá! ¿Cierto? Y claro, tu esposo que se coma un rayo, supongo.

Siempre se quedaba callado después de insultarme, como un animal salvaje en espera de un movimiento o respuesta incorrecta por parte de su víctima. Si yo daba un paso en falso, sabía que sufriría más. Esas cosas se entienden en muy corto tiempo. Yo aprendí a callar. Bajaba la mirada, intentaba respirar, ocultar mis lágrimas. Si me exigía que lo mirara, lo hacía. Si me obligaba a ir con él a la habitación, iba sin chistar. Yo era su esposa, le debía el ser sumisa.

Algunas veces, el castigo llegaba, aunque no replicara en absoluto. Se molestaba si no respondía nada y quería seguirme utilizando como saco de boxeo. Entonces, simplemente encontraba una excusa para sacar su frustración hacia el mundo. Yo era su herramienta favorita para ese cometido.

—Mañana quiero ver comida caliente cuando llegue —dijo ese día—. Y no quiero cualquier porquería, ¿entendido?

Asentí. Era lo único que podía hacer cuando todavía no lograba respirar bien después del puñetazo. Mis oídos no escuchaban bien y mi cabeza daba vueltas, pero lo había entendido. Ese tipo de órdenes eran las que no tenía que repetir dos veces.

Obedecí. Al siguiente día, cuando vi pasar a mi tambaleante esposo por la calle hacia nuestra casa, corrí a la cocina y serví en un recipiente las mejores partes que encontré de la carne preparada por mamá para la cena de ese día. También llevé arroz y pan. No olvidé la miel, que serviría de postre y, con algo de suerte, endulzaría un poco el carácter de mi amado marido.

Todos los días, mi familia me veía correr junto con mis hijos. Ya se habían acostumbrado, aunque los suspiros y las muecas de desapruebo nunca cesaban. Tenían la seguridad de que, quien consideraban mi yugo más pesado, se hallaba ahora camino al hogar. En la mayoría de ocasiones no me daba tiempo de despedirme. Gritaba un “Hasta mañana” desde el trillo cuando ya íbamos de salida.

Pero ese día, varios ojos se posaron en mí mientras servía la comida. Eso no lo habían visto hasta el momento. Noté que mi madre no me quitó la mirada de encima en el corto tiempo en que realicé la hazaña, pero la ignoré por completo. No tuve tiempo de darle una explicación. Luego lo haría. Estaba segura de que entendería que era lo correcto. Debía hacerlo. Mamá no pronunció palabra, pero su silencio hablaba de más. Estaba sorprendida.

Corrí a casa lo más rápido que podía, apresurando a dos de mis hijos y maniobrando con una bebé en brazos junto a la comida empacada con orgullo. Él estaría feliz, yo estaba segura de eso. Y no me equivoqué.

Llegó a casa más jadeante que nosotros cuatro, como si su borrachera le consumiera toda la energía posible para dar un paso tras otro. Pero abrió los ojos como platos apenas entró. Supo de qué se trataba, sin duda alguna. El aroma delicioso no daba paso a errores.

—¿Acaso es lo que creo que es? —preguntó con una sonrisa entre felicidad y satisfacción de que le obedeciera.

—¡Por supuesto que lo es! —repliqué con amor—. Tu platillo favorito.

Mi sonrisa dibujó una aún más grande en su rostro. Se acercó tropezando un poco, se sostuvo de la mesa y me miró directo a los ojos. No tuve miedo esa vez. Su mirada no era la usual. Sus ojos se bañaron en una luz de ternura que hacía mucho tiempo yo no podía contemplar, por más que intentara. Pero ahora estaba allí, frente a mí, agradeciendo sin palabras por esa comida espectacular que llenaba la casa con olor a gloria, mi corazón con amor y el estómago de Adriel con satisfacción. Sostuvo mi cabeza por la nuca, un poco grosero porque no medía su fuerza nunca, mucho menos estando borracho. Se acercó un poco y tiró de mí hacia donde él estaba para darme un beso que sentí como el más cálido del mundo.

Sin decir una sola palabra más, se sentó a comer lo que le serví. Era bastante y acabó rápido, sin sentir la menor necesidad de ofrecer parte a los demás. Pero estaba bien, porque nosotros podíamos comer donde mis padres la cantidad que quisiéramos hasta saciarnos. Aun así, no podía evitar pensar que hubiera sido un gesto bonito que nos invitara a acompañarlo. No recordaba una sola comida donde estuviéramos todos juntos, como una familia que se amaba.

Un eructo sonoro fue todo lo que obtuve como “Gracias”. Sin embargo, estaba satisfecha. Supe de inmediato que le había gustado. Comer carne era lo que más amaba en la mesa, después del alcohol y los cigarrillos, por supuesto. Se acostó a dormir después de acabar hasta con las boronas más pequeñas y no se despertó hasta el día siguiente, cuando salía con el taxi por algunas horas para hacer el dinero de la bebida.

Muchos días pasaron con esta misma rutina. Me limité a seguir en las actividades que realizaba con normalidad, sin sentir la menor necesidad de explicar lo que sucedía. Di por sentado que los demás sabrían de qué se trataba y que lo aceptaban, como hacían con todos los hechos de mi matrimonio. Pero conforme los días se hicieron semanas, los ojos que me miraban llevando la comida hasta mi hambriento esposo, cada vez se volvían menos tolerantes. Podría decir que casi insolentes con respecto a mi decisión.

Los fines de semana, cuando todos los hermanos —incluso los que ya no vivíamos allí— nos reuníamos como familia para almorzar juntos en casa de mis padres, empezó a resultarme más difícil llevar la comida para Adriel. Él ya se había acostumbrado a llegar a la hora que fuera y tener comida caliente en casa, sin necesidad de haberla comprado, cocinado o pagado por ella. Eso le gustaba. A mí me gustaba complacerlo.

El primer domingo que lo hice, varios pares extra de ojos miraron aturcidos la escena. Como si no pudieran creer lo que veían. Para mí ya se me había convertido en algo natural. Mis hijos jugaban con sus primas, tanto con Rebeca como con las hijas de Manolo y Luis José. Me gustaba que compartieran con ellas, así que intentaba escabullirme, sin que se dieran cuenta muchos de los presentes, para dejar la comida de Adriel y luego regresar para compartir un rato más con mi familia.

Los domingos, mi esposo caminaba más rápido de lo normal, así que tenía que estar atenta. Por supuesto que él no deseaba ningún encuentro inoportuno con Manolo.

Después de comer y acostarse a dormir, Adriel no se despertaba ni con un tornado arrancando el techo de la casa. Era entonces cuando aprovechaba para volver a salir y seguir compartiendo otro rato donde mis padres.

— ¿Qué fue eso? —preguntó Martín, con ese tono molesto que lo caracterizaba.

—¿Qué fue qué? —respondí tratando de no darle importancia.

—¿Para dónde carajos llevabas esa comida?

—Para la basura, claro está —dije poniendo los ojos en blanco y alejándome.

No quería escuchar reclamos por mi tono sarcástico ni por algo tan poca cosa para mis hermanos, pero importante para mí, como era llevarle alimento a mi esposo. No recordaba la última vez que había recibido un golpe por parte de él. Estaba contento conmigo. Eran buenas noticias. Yo estaba logrando ser la esposa que esperaba de mí. Además de que me amaba —y me lo estaba demostrando—, yo estaba dando la talla que no lograba desde que nos casamos. Eso me hacía feliz. Le ayudaba a estar más tranquilo y quitarse un peso de sus hombros. Después de todo, el trabajo de taxi no era muy bueno y él hacía lo mejor que podía. Ya sabes que yo creía en sus palabras de forma ciega.

Los problemas comenzaron el fin de semana en que no tuve el cuidado de ocultar mi actividad furtiva de Manolo. Estaba en una esquina de la cocina. Yo no lo vi cuando entré corriendo para poner la comida en los recipientes, pero él sí me vio a mí. Volé hasta la casa y Adriel se durmió feliz, como lo hacía durante las últimas semanas. Para cuando regresé donde mis padres, todo era un caos.

Manolo gritaba, como lo hizo siempre que vivió ahí. Papá estaba furioso, mis hijas lloraban, igual que Petunia y Solángel y mamá estaba perdiendo la paciencia, haciendo de mediadora entre todos los involucrados.

Cuando entré, no entendí lo que sucedía en ese instante. Y para ser honesta, jamás creí que tuviera que ver algo conmigo. O con mi consorte. Entrando en la habitación, todos los ojos se voltearon hacia mí. Me di cuenta de que algo pasaba y, por la mirada intensa que posó sobre mis ojos mi hermano mayor, supe que venía una tormenta, destinada a azotar con truenos y sapos toda existencia si no lo escuchaban.

—¡Lillian! —vociferó mi hermano. Pero se calló de inmediato, cuando vio que papá levantó la mano en el aire.

Papá no tenía que gritar para que se hiciera su voluntad. Su presencia siempre fue la más imponente en nuestra casa. Su espíritu, su energía, se destaca por esa fuerza, sin importar dónde esté.

Su mano al aire indicaba que iba a hablar. Todos callaríamos, escucharíamos sus palabras y seguiríamos su decisión, estuviéramos o no de acuerdo con él.

—¿Sigues llevando comida a Adriel?

Fue una pregunta simple, directa. No pude evitar tragar con fuerza por mi garganta seca. Sentía que se me saldría el corazón por la garganta si hablaba demasiado rápido.

—Sí, señor —respondí.

¿Qué más iba a decir? Imposible mentir, aunque hubiera querido hacerlo. Me habían visto salir como loca cada tarde durante las últimas semanas. No sólo mamá, también mis hermanos. Papá sólo en algunas ocasiones, así que supuse que su pensamiento daba por sentado el hecho como algo esporádico.

Tampoco mentiría. ¿Con qué intención? Nunca lo hice, no iba a comenzar en ese momento. Me moví entre ellos tratando de ocultar cosas desde niña, es cierto. Pero si me preguntaban o descubrían, no mentía. No tenía sentido hacerlo. Ya te conté que aceptaba lo que me dijeran y escuchaba los castigos. Muy pocas veces seguía las órdenes o respetaba las reglas de la casa, pero no escondía la verdad si me pillaban. Y acababan de hacerlo. No estaba preparada para eso. Pero ya no podía remediarlo. Lo que pasó, pasó y nadie regresa en el tiempo para cambiar el mundo.

— Tu madre dice que lo haces a diario. ¿Eso es cierto?

—Sí, señor...

—¿Hace cuánto que lo haces?

—Ahhhhhmmmm... varios días...—dije titubeando.

Mamá aclaró su garganta de forma sonora, y sus ojos me atravesaron con dureza, exigiendo más exactitud en mis palabras. Así que me corregí de inmediato.

—Varias semanas, más bien...

—Bueno, hoy fue la última vez. ¿Me di a entender bien?

—PERO...

Mi cara de horror y escepticismo, reflejada en los ojos de mi padre, no me dejaron continuar la frase.

—Sin peros. Tú y mis nietos pueden comer aquí cuanto se les antoje. Nadie les va a negar un solo bocado. Pero no voy a permitir que estés alimentando a tu esposo, cuando está de vago gastando el dinero en el bar. Debería estar velando por su familia, cuidando a sus hijos, dándoles de comer. Debería trabajar, pagar sus deudas, comprar comida, ropa. Un hombre se encarga de su familia. A tu mamá y a mí la vida no nos dio las cosas fáciles, pero con trabajo duro, sudor y esfuerzo sacamos a todos nuestros hijos adelante. Nunca les faltó comida, ni ropa, por más humilde que esta haya sido. Siempre había comida para los once platos. Incluso para más. Pero Adriel tiene el descaro de no velar ni por él mismo. Eso es algo que no voy a consentir más. Ni una sola vez más. Por hoy es suficiente de juegos y llantos. Llévate a los chicos a que descansen en la casa. También tienen que compartir con el papá, ya que no está trabajando en este momento, pero sí tiene el estómago lleno sin merecerlo.

No existía réplica válida. Como en modo sonámbulo, tomé a mis tres hijos y, sin despedirme, salí por la parte de atrás de la casa de mis padres, rumbo a la mía.

Al principio, no sabría decir cómo me sentía. Luego vino una montaña rusa de emociones, todas a la vez. Estaba asombrada de que no me entendieran. ¿Cómo era posible que me prohibieran alimentar a mi esposo? “Yo sé que gasta casi todo el dinero en el bar, pero no lo ha tenido fácil. El taxi no da mucho y todos le cobran los préstamos al mismo tiempo. Es normal que se preocupe y busque cómo desahogarse”.

Pensaba para mis adentros hablando con la Lillian de mi mente, caminando tan lento como era posible para alargar el trayecto, el tiempo que pudiera. Si Adriel dormía, no se iba a despertar, pero no tenía ganas de llegar en ese instante. ¿Qué haría al día siguiente? No podía sacar la comida a escondidas. Se darían cuenta y yo no pensaba mentir así. Imposible contrariar a mis padres con esa decisión. Era su casa, su comida. Yo era su hija, pero Adriel ni siquiera era bienvenido. Nunca se ganó el cariño de nadie. Tampoco hizo el mínimo esfuerzo, pero seguía siendo mi esposo. Nadie intentó entenderlo como lo hacía yo.

Ahora tenía frente a mí otro problema que arrasaría todo a su paso, como lo hacen las olas del mar con la arena suave. No había caído en cuenta de eso, al menos no de manera consciente. Toda la rabia que sentía, resultaba no serlo, en realidad. Más bien era temor. No estaba enfadada con mi familia, sino conmigo. Las furias descontroladas volverían una vez más a sacar colores morados en mi blanca piel.

Avanzaba con lentitud por el trillo de tierra hasta mi casa, sintiendo un cosquilleo que subía desde mis pies hasta el estómago. Como si la brisa que estaba moviendo los árboles a mi alrededor se enfriara de súbito y comenzara a provocarme escalofríos en la nuca. La temperatura estaba cálida, el sol todavía brillaba. Ese frío lo sentía sólo yo. Las hojas verdes se mecían a mi alrededor, doblándose como en señal de entendimiento a lo que pasaba por mi cabeza. Así me doblegaba yo ante Adriel, cuando su puño de alcohol y rabia se estrellaba contra mi abdomen. No

podría respirar, pero tampoco sentía que lo estuviera haciendo en ese momento.

Ninguno de mis hijos lloraba ya para entonces, pero nadie pronunciaba palabra. La energía que se desprendía de mi ser no les daba tranquilidad alguna. Los llenaba de temor, igual que a mí. Tenía que ir preparando mi mente y mi cuerpo. ¿Comenzarían las golpizas ese mismo día?

Sentía que no podía responder a esa pregunta, pero estaba segura de la respuesta. Casi parecía ser retórica en mi cabeza. Deseaba con todo mi corazón que mi esposo estuviera tan borracho como para entrar en casa y caer dormido de inmediato. Eso anhelaba. Llegar con mis hijos y escuchar unos sonoros y profundos ronquidos en la pequeña habitación maloliente que teníamos para nosotros. Pero con Adriel dormido, ¿cómo le explicaría lo que pasaba?

No pude decir nada y decidí esperar a que se me ocurriera algo para el día siguiente. Tal vez encontrara una solución cuando regresara el lunes a casa. Pero no fue así. Mientras entrábamos en la cocina al día siguiente, el tiempo parecía detenerse. Incluso las telarañas que guindaban del techo sin cielo raso lucían paralizadas, expectantes, igual que los latidos abrumados de mi corazón agitado.

Un par de ojos, enrojecidos por el exceso de alcohol, se clavaron en mí con aire desconcierto. No llevaba en mis brazos las habituales tazas con comida. No llevaba más que a mis hijos. Es decir, nada, a ojos de Adriel.

Fue imposible para mí no sentir lo difícil que se me hacía tragar saliva. La garganta se me cerraba, igual que el puño de aquel hombre, casi desconocido para mí en muchas circunstancias diarias. Los tímpanos me retumbaron al unísono con las palabras de su pregunta, hecha casi con voz siniestra.

—¿Y bien?

Nadie lo sabría más que yo. Así era siempre y seguiría siéndolo. Aprendí a esconder las marcas de mi piel bajo la ropa y las del alma bajo una sonrisa que nadie descifraba jamás. Mis secretos se quedaban conmigo. No había necesidad de compartir el sufrimiento con alguien que no podía hacerlo desaparecer. Yo elegía seguir allí. No pensaba quejarme jamás. De todos modos, ¿de qué serviría?

—Por favor, Petunia. Es para la escuela de los chicos. Me encargaron las galletas y el picadillo, pero es bastante cantidad y necesito comprar los materiales. Después necesito que papá me ayude a llevarlo, porque será muy pesado para ir caminando con todo eso por la calle yo sola.

—Y ¿dónde está tu hacendoso marido, para que te ayude? ¿Él no puede siquiera pagar por los materiales sabiendo que luego les devuelven el dinero?

—No tengo idea de dónde está. Hace varios días que no sé nada de él —respondí sin darle importancia al asunto.

Pero me importaba. Mi estómago se cerraba cada vez que tenía que mencionar el asunto. Contenía los suspiros para no parecer preocupada o triste, aunque me resultara difícil lograrlo.

La verdad era que me estaba acostumbrando a las desapariciones repentinas de Adriel. Podían durar varios días, incluso semanas en ocasiones especiales. No sabía qué hacer, pero tampoco tenía demasiadas opciones. De nada me valdría intentar sacarle alguna explicación o ponerle límites. Mis exigencias llegaban a oídos sordos por lo general. Cuando no era así, mi esposo se limitaba a dos posibles acciones: burlarse o golpearme. Ninguna de las dos me gustaba más que la otra, por eso prefería callar la mayor parte del tiempo.

No esperaba que me entendieran ni en mi casa, ni en la casa de mis padres, ni en el pueblo. La mayoría de las personas —si no es que todas— en un radio de cinco pueblos a la redonda, tenían conocimiento de mi situación familiar. Pueblo chico... Así que ¿por qué iba a pretender que me entendieran? Si, al fin y al cabo, la que decidía quedarse era yo. Era consciente de que haría lo que mi esposo dijera. Sin importar consecuencias. Incluso si pisoteaba mis propios sueños. Lo haría todo por él.

En este punto de mi vida, viendo todo desde esta nueva perspectiva en la que estoy ahora, no estoy segura de que lo hiciera por amor, miedo o monotonía. Las decisiones más fáciles siempre suelen ser un camino más sencillo al principio, pero más doloroso a largo plazo. Pero ése es el problema: son decisiones fáciles. Cuando tienes miedo de enfrentarte a tu vida, a tu propio yo, vas a elegir la opción que te ayude a evadir esa confrontación. Siempre lo lamentas al final, pero es —por lo general— demasiado tarde como para atreverte a cambiarlo sin una mentalidad firme.

La firmeza que tuve en mi vida desde pequeña, en cuanto a las decisiones que tomaba, Adriel las tiraba por el desagüe con tremenda facilidad. Y yo se lo permití desde el principio de nuestra relación. Luego no supe cómo detenerlo. Ahora lo aceptaba como parte normal del matrimonio. Seguía intentado ocultar las evidencias, pero no había forma de que los demás no lo supieran.

Jamás compartí mis sentimientos con nadie. Ya les dije antes, los guardaba para mí. Allí se quedaron y me pasaron gran factura con los años. Cuando la mente se enferma, el cuerpo se quiebra, y mi mente estaba hecha pedazos. También mi corazón, pero no lo aceptaba. Si me encerraba en la negación, tal vez todo desaparecería algún día. Me aferraba a ese pensamiento como si lo tuviera pegado con goma en el cerebro. O más bien, con cemento. No iba a ser fácil disolverlo.

Ahora que los chicos estaban en la escuela, siempre tenía encargos de comida para las actividades especiales que planeaban. Cocinar al lado de mamá tantos años me sirvió para aumentar mi conocimiento en recetas y lograr una mejora considerable en el sabor, comparado con mis hermanas. Pero también era normal que tuviera que pedir el dinero prestado a alguna de ellas para poder comprar lo necesario en la preparación de todos los encargos.

Los hombres no cocinaban en esa casa, aunque todos sabían. Pero se nos enseñó a servirles, porque las mujeres deben encargarse de los quehaceres del hogar y de cuidar el estómago de la familia.

Con lo que me pagaban por cocinar, tanto en la escuela de mis hijos como gente del pueblo para ocasiones especiales, podía reunir algo de dinero para gastos necesarios. Trataba que Adriel no se enterara, porque me prohibía trabajar. Pero cuando mis hijos comenzaron a crecer, yo entendí que tenía que hacerlo sí o sí. Mi esposo no me daba dinero, no compraba comida y no pagaba los gastos básicos, con algunas excepciones como la luz, que tampoco cancelaba a tiempo. Entonces, ¿cómo quería que viviéramos?

Comencé a realizar otro tipo de labores. En algunas casas, me pagaban para que les planchara la ropa. Otras veces, tenía trabajos esporádicos donde cuidaba niños. Eso incluyó a varios de mis sobrinos. Mis hermanos se sentían tranquilos dejando a sus hijos conmigo a cargo, pero a mis sobrinos no les gustaba que llegaran sus primos. Mis pobres y amados pequeños se habían acostumbrado a devorar sin piedad la comida que tuvieran a su paso, porque no existía ninguna seguridad de que fueran a tener qué poner en su estómago la siguiente vez que este rugiera. A menos que nos dirigiéramos a casa de mis padres.

Mis sobrinos se quedaban casi sin comida muchas veces. No concebían con facilidad el espectáculo que les planteaba ver a mis hijos engullendo como locos lo que, se supone, yo había preparado para los hijos de mis hermanos, y no para los míos. Pero ¿cómo iba a impedirles que comieran así? Nadie puede entender qué significa para un niño pasar hambre, a menos que lo haya vivido.

En esta vida material, la realidad es que nadie puede entender por completo a otro ser humano, aun viviendo las mismas experiencias. Porque cada uno tiene su forma de ver el mundo, su manera de interpretar los hechos, las señales y los comportamientos ajenos. No hay camino que nos permita sentir lo que sienten los otros. Podemos comprender por dónde ronda su sufrimiento, pero es imposible que entendamos lo que sienten dentro de sí mismos. Y esa es la única relación importante e imprescindible de esta vida para que seamos felices: la relación contigo mismo.

Siendo niña, aprendí lo que significaba la palabra “heredar” cuando de ropa se trataba. Ahora, este conocimiento tan valioso, lo estaba transmitiendo a mis hijos. No les satisfacía mucho, pero entendían que, cuando no hay de dónde escoger, las opciones no se deben dejar escapar. Así fue como pasaron todos sus grados escolares con uniformes heredados de niños que, en algunas ocasiones, eran conocidos, en otras ni eso. Pero agradecíamos recibir esos regalos. En particular, yo era quien más me sentía agradecida por la ayuda que los vecinos nos daban.

Al fin y al cabo, la ropa pasaba a segundo plano para mis hijos, pero disfrutaban cuando sus tías les obsequiaban nuevo vestuario como regalo de cumpleaños o en Navidad. Más que su apariencia, gozaban de los viajes con la misma intensidad que su madre. O sea, yo. Ya te conté que amaba viajar, así que aprovechaba cualquier ocasión para visitar a mi suegra, que tanto llegué a apreciar.

Era después de estos viajes que mis hijos regresaban necesitando nuevas donaciones de ropa, porque la suya la hacían trizas con todas las aventuras que vivíamos en Guanacaste. Aunque debo

ser más sincera, porque yo también terminaba necesitando ropa nueva. Claro que nueva—nueva era un imposible en la mayoría de los casos, pero al menos era nueva en mi guardarropa.

Cada vez que regresábamos a esa tierra paradisiaca, mi corazón se colmaba de alegría. No dejaba de latir de forma apresurada, haciendo que mi respiración se entrecortara durante todo el día, producto de las bellezas que no dejaba de asimilar dentro de mi mundo. Jamás anduve tantas horas a caballo, ni me llené tanto de barro o disfruté de manera alguna un río como lo hice estando de visita donde la abuela Nate, como llamaban mis hijos a su abuela paterna. Ansiaba como nunca esos paseos, pero tenía que esperar a que apareciera Adriel para que aceptara llevarnos. Me hubiera matado si se daba cuenta que nos íbamos sin él. A pesar de que él desaparecía ahora más seguido.

Recuerdo una anécdota que me sucedió con Augusto justo el día antes de irnos de paseo hacia mi tierra favorita. Ahora que la traigo a mi memoria, río con el alma y gozo de que haya sucedido, pero en su momento confieso que estaba muy enfadada con mi hijo. No podía creer lo que pasaba.

—A ti te encanta comer mangos, Augusto. Al menos podrías ayudarme a llevarlos a la actividad de tu escuela, ya que se están dañando porque no te los comes.

—La verdad es que no me gustan tanto, mamá.

—¡No seas tan mentiroso y testarudo! —le repliqué subiendo el tono de voz—. Lo que pasa es que te da pereza bajarlos del árbol. Incluso podrías juntarlos del suelo y comerlos, pero te da pereza pelarlos. ¡Bien que te los comes si yo los preparo o te tomas todo el fresco cuando yo los junto y te los sirvo! ¿O acaso ahora vas a decir que no?

—Mamá, no te pongas pesada. Son sólo mangos. Si me los sirves ya preparados me daría lástima decirte que no.

—Vaya que eres descarado. ¡Tan pequeño y tan jupón!

Casi veía mi propio reflejo infantil en las actitudes de mi hijo. Era yo quien reclamaba ahora lo mismo que mi madre hizo conmigo en su tiempo.

—¡Al menos ayúdame a llevarlos a tu escuela!

Pero mi grito fue en vano. Augusto pedaleaba en su bicicleta a toda velocidad para reunirse con sus amigos. Que yo le hablara a él o a la mesa de la cocina daba el mismo resultado. El exuberante y frondoso árbol de mangos, plantado en el frente de mi casa, llenaba de un delicioso aroma toda la propiedad. La dulzura de su néctar se podía percibir en el viento, abriendo el apetito a quien pasara por allí. Ni eso hacía que la pereza de mi hijo se esfumara, por más que amaba ese sabor incomparable.

Terminé de bajar todos los mangos maduros que pude, los junté del suelo y los eché en sacos para llevarlos en una carretilla manual hasta la escuela de mis hijos, donde había una venta de comida para recoger fondos para la institución. Todos los vecinos aportaban lo que podía y las mamás ayudaban con las ventas y la cocina. Así se recolectaba la mayor cantidad de dinero, gracias a las donaciones y al tiempo de las madres de los niños que cursaban los diferentes grados.

Estaba acomodando los últimos mangos en el puesto que me asignaron, cuando una nueva maestra se me acercó a consultar por el precio.

—De hecho, no lo había pensado —le dije con cara de confundida. Iba a venderlos, pero no anticipé el precio. De todos modos, eran donados y las ganancias eran netas para la escuela. Yo no planeaba dejarme un cinco.

—Es que hay un niño que pregunta por el precio. Es aquél... —me dijo, al tiempo que señalaba hacia el frente de la góndola.

Mi cara de sorpresa pasó del blanco mate al rojo brillante de rabia en menos de cinco segundos. Augusto estaba allí plantado, esperando a que le respondieran cuánto valían los mangos para poder comprarlos.

Cuando me vio, su cara pasó del blanco sorpresa al rojo de vergüenza, porque supo que estaba en problemas.

—¡¡¡Carajillo mierdoso!!! —grité sobresaltando mis venas—. ¡Jálese de aquí! ¡No tiene que estar haciendo nada preguntando por los mangos que tiene en su propia casa y que no quiso traer!

Me preguntaba cómo era aquello posible. ¡Qué pesadilla para mí! Ahora puedo reír con locura sobre los dolores de cabeza que me hizo pasar mi Augusto, pero, claro está, en ese momento quería pegarle con los mismos mangos y dejarlo todo amarillo, pero de moretones. No quiso ayudarme a recogerlos ni del suelo y se negaba a bajarlos del árbol por pereza, sabiendo cuánto amaba aquél dulce y glorioso sabor. Pero sí llegaba a gastar dinero, que tanto nos costaba conseguirlo, para comprar lo que tenía gratis en todo momento. ¿¡Cómo lo iba a entender!?

El regaño que recibió cuando yo llegué a casa esa tarde, duró toda la semana, junto con su castigo, por hacerme semejante gracia y ser tan cara dura. Se frotó las nalgas sólo un par de veces, pero no derramó ni una lágrima. Más bien, me pareció ver cómo intentaba contener una sonrisa de maldoso, como hacen los niños durante sus travesuras. Sólo que las travesuras de Augusto y su sonrisa duraban incluso días después de los actos cometidos. Siempre fue así de tremendo.

Como viajamos a Guanacaste por las vacaciones escolares, mi único hijo lograba escaparse de su castigo cada vez que podía, obligándome a decir que se extendería el tiempo original que le asignara antes, pero haciendo que no cumpliera mi palabra. Él lo sabía y yo también. Estando en uno de mis lugares favoritos, era muy difícil sentir enfado o mantener lo dicho. Esa tierra evaporaba todos los malos tratos, las malas experiencias y me hacía sentir libre, plena y feliz.

Hacía ya quince años que tomé la decisión de casarme con Adriel. “¡Wow!”, era lo único que podía pensar para mis adentros. “De verdad que el tiempo vuela. Más cuando haces lo que te gusta”. ¿A dónde había decidido irse todo ese tiempo? Pasó sobre mí como un vendaval, arrancando mucho de mi valor juvenil, que añoraba tanto en los momentos más duros, y dejando experiencias que deseaba haberme ahorrado.

No deseaba detenerlo, nada de eso. También encontré premios en el camino, que me costaron muchas canas. Especialmente el segundo. Pensar que llevas a tus hijos nueve meses dentro tuyo para que luego se parezcan más al papá que a ti, hace que cualquiera tuerza los ojos al cielo. Pero eran mis tesoros. Siempre lo serán. Ni un solo día de mi vida cambiaría si eso me arrebatara a mis hijos. Todo lo que me lleve a ellos lo repetiría paso a paso.

Incluso estar allí, con Adriel, me parecía la mejor idea en ese momento. Era como celebrar nuestro aniversario en un lugar mágico, montando a caballo y paseando sin cesar. El evento que vendría a continuación, pude haberlo interpretado como una señal de emergencia. Pero no lo hice. Tampoco creí que era un castigo para mí, ni para nadie más. Fue un simple accidente y no pude evitarlo porque así fue como pasó, y el tiempo nadie nos lo devuelve. Ni siquiera Dios.

Sin pensar en las consecuencias y creyendo que hacía una gran broma —dentro de su borrachera—, Adriel asustó al caballo que me hacía de montura con una grosera e inesperada palmada en los cuartos traseros. No supe nunca cómo llegué al suelo, porque los recuerdos son borrosos. Es posible que yo los haya intentado borrar de mi memoria pero sé que, cuando me percaté de lo que sucedía, el caballo me arrastraba por el suelo, con una de mis piernas prensada en la montura debido a la hebilla en mi zapato.

Mi mente en blanco sólo pudo escuchar un grito ahogado en alguna parte. No estaba segura si

salía de mi boca o de alguien más. Pero sonaba a desesperación. Mi caballo, desbocado ahora, no se detenía ante nada, mantenía su paso encabritado y sin control, alejándome cada vez más de quienes tenían alguna posibilidad de ayudarme.

El dolor se volvió insoportable en algún punto, segundos antes de que el mundo se volviera negro y dejara de escuchar los ya casi inaudibles gritos, porque fui llevada por terreno de grandes piedras, y éstas no tenían piedad alguna sobre mi frágil e indefenso cuerpo, arrastrado decenas de metros bajo la mirada impotente de mis hijos.

Todo lo que sucedió, paso a paso, vine a saberlo hasta despertarme en el hospital con aspecto de momia. Los vendajes se esparcían de pies a cabeza, pero lo que más me costaba era respirar.

—¡Vaya! Me alegra que despiertes, dormilona.

La curva dibujada en ese rostro era de aspecto angelical. Me dedicaba una sonrisa de profundo afecto. O tal vez era lástima, pero prefiero pensar lo primero.

Esa mujer vestida de blanco me pareció hermosísima, pero no contestaba a mi pregunta de qué estaba pasando. Entendí que no podía hablar hasta que lo intenté y casi me ahogo en una sensación que pasaba del dolor de garganta a las arcadas imposibles. Estaba entubada y esa máquina hizo que mis pulmones pudieran seguir trabajando, lo que significaba que me mantenía con vida.

—No debes tratar de hablar, pequeña —me dijo esa dulce voz—. Sólo harás que te duela la garganta y no te saldrán palabras. Vamos a llamar al doctor para que te revise, pero debes estar muy quietecita.

Me fue imposible odiarla porque hablaba desde el corazón, pero... ¿"quietecita"? ¿Cómo rayos me iba a mover si estaba abrazada a esa cama entre tubos, vendas y sábanas? Tratando de entender al menos en dónde estaba, me puse a observar el entorno. Sólo logré un dolor de cabeza tremendo, pero me di cuenta de que estaba en un hospital. Y no era cualquier hospital, sino el mismo en el que me trataron tanto tiempo para que pudiera tener a mis tres hermosos hijos sin ningún inconveniente grave.

Estaba en una habitación grande, compartida con otras cinco pacientes. Sólo una de ellas me miraba, casi sin emoción excepto por los restos de esperanza que luchaban por no escurrir de sus ojos. Fue como un leve aliento para ella ver que una de las pacientes a su alrededor por fin despertaba. Ya no se sentiría sola, supuse. O tal vez ya no pensaba en que ella misma se iba a poner tan mal como el resto.

Mi cama, junto a la ventana, estaba por completo opuesta a la suya, que se situaba junto a la puerta de entrada donde una enfermera vigilante bostezaba cada media hora, esperando que pasara algo especial durante su turno. Yo fui algo especial, supongo, porque llegué a armar una especie de alboroto sólo por abrir los ojos.

—Lillian, su situación es bastante grave.

Lo grave para mí era el tono de voz con que me hablaba ese hombre vestido de blanco, que acababa de entrar por la puerta con paso firme y zapatos negros muy brillantes. "Jamás ha estado en Guanacaste", fue lo primero que pude pensar al ver su reluciente calzado. Y como una bomba que explota sin previo aviso, cientos de imágenes y sonidos llegaron a mí de repente, dejándome recordar parte de lo que viví antes de llegar a mi situación actual.

—Una ambulancia la trajo aquí desde el hospital en Guanacaste. La trataron... decentemente, diría yo.

Me miraba como esperando respuesta alguna de mi parte, pero la verdad era que no me preguntó nada hasta ese momento, así que siguió hablando. Supongo que interpretaba mi silencio como desconcierto o amnesia.

—¿Recuerda algo de lo que pasó? —dijo, con ojos escudriñantes—. Tuvo un grave accidente a caballo. ¿Puede recordar eso?

Entre su perfume —exagerado para mi gusto—, sus preguntas cansinas, mi esfuerzo de recién despertada y los recuerdos explosivos que llegaban a mi mente, las ganas de vomitar llegaron a mí de manera incontrolable. Cuando sentí que no podía respirar, me vi rodeada de personal médico por todos los lados de la cama. Sin entender lo que decían, supuse que el problema se debía a esos aparatos que atravesaban mi garganta. No iba a poder vomitar en paz con eso ahí puesto, pero tampoco podía detener la sensación de querer hacerlo. Sólo sabía que me dolía y que no podía respirar tampoco.

Cuando pude abrir mis vidriosos ojos, noté que era de noche porque la ventana mostraba un fondo negro con estrellas pintadas. Traté de respirar profundamente y volví a notar que la máquina continuaba en mi garganta. Me raspaba y tuve que pensar en la luna que no lograba ver desde mi cama para no sentir de nuevo las arcadas. Tener un tubo en tu galillo no es situación de deseo para nadie. Me sentí agotada de repente y mis párpados cayeron con fuerza sin que lo pudiera controlar. Los medicamentos surtían efecto, pero tampoco puse resistencia al sueño. De todos modos, no podía hacer nada más. Supe que no podía levantarme e irme, así que desistí a todo otro propósito que no fuera dormir.

8

—Buenos días, Lillian. Espero que te sientas mejor este día. El doctor vendrá en un rato a verte. Supongo que tienes muchas preguntas que hacerle.

Misma enfermera, mismos comentarios extraños, misma sonrisa dulce. A menos que el doctor me leyera la mente, no podría preguntarle nada con esa cosa todavía saliendo desde mi laringe. Me negué a odiarla. Ella me cuidaba con ternura, no podía estar diciendo semejantes cosas a propósito.

Yo estaba desconcertada, eso era obvio a cualquier ojo, pero si algo tenía claro era que no iba a rendirme ante una situación así. Quería escuchar lo que el doctor esperaba decirme desde hacía no sé cuánto tiempo. La verdad era esta: me encontraba por completo desubicada en el espacio temporal. Lo único que reconocía sin equivocación, al menos hasta ese momento, era estar en el mismo hospital en que nacieron mis hijos.

La dulzura que me profesaba esa enfermera cariñosa no se extendía a todo el personal hospitalario. Mucho menos al doctor que me atendía. Esos ojos inexpresivos, tan fríos, revelaban años de experiencia en su profesión. Podían declararlo un profesional indiscutible, mientras él se acostumbraba a tratar a los pacientes como “un caso más”. Algunas personas pierden, a través de los años, el sentido de lo que están haciendo. En especial “el por qué” que los llevó a ese camino. La monotonía puede matar en vida a una persona. Siempre fue algo que entendí y temí desde mi niñez. Y, aun así, es difícil no caer en ese vicio en algunas etapas de la vida.

—Tiene seis costillas fracturadas. Además del cóccix, debido al brutal arrastre que le propinó el caballo. Sin contar todos los raspones y golpes que tiene por todo el cuerpo. Supongo que ya los habrá notado. Las medicinas que receté ayudan a aliviar un poco el dolor, pero te va a doler más cada unas horas.

Su voz era ronca y distante, a pesar de que intentaba explicar las cosas con claridad. Se imponía en la habitación con su sola presencia y nadie contradecía sus palabras. Cuando alguien respondía, lo hacía con un “sí, doctor”, y eso era todo.

Gabacha blanca impecable, leve colonia en el aire. No podría decir si era la misma que olí antes, pero este día no me mareaba. Tez blanca y una leve barriga comenzando a asomar bajo su camisa. Además de su mirada, las arrugas eran quienes le delataban en su poderío hospitalario, conocimiento y edad.

—Estás conectada a un respirador porque tus pulmones no funcionaban bien, debido al accidente. ¿Entiendes eso?

La pregunta sonó un poco más calma y cercana a mi persona. Tal vez un deje de dulzura asomara en sus palabras. O tal vez era lástima. ¡Otro más! Pero me hizo confiar en él por completo. Entendí que me cuidaba lo mejor que podía.

Moví mi cabeza, a como pude, en un gesto afirmativo. Ya sabía qué pasaba si intentaba hablar. No era agradable la sensación del tubo ese por sí solo, mucho menos con náuseas.

—Tu accidente fue muy grave, Lidieth...

—Lillian —corrigió mi enfermera favorita, con una sonrisa en sus labios.

El doctor la miró con un gesto inexpresivo. Jamás sabrías si estaba agradeciendo la corrección o molesto porque lo interrumpieran. Así que continuó hablando.

—Necesito que entiendas de una vez que corres el riesgo de quedar parapléjica. Tu columna y cuello están muy lastimados. No sabemos cómo van a reaccionar a los tratamientos. Vas a necesitar rehabilitación. Para saber sobre tu futuro, necesito ver cómo va evolucionando tu cuerpo. Por ahora, no podemos estar seguros de nada. ¿Entiendes la gravedad de esto?

Me miraba de nuevo, esperando que reaccionara. Yo, por otra parte, estaba tratando de digerir todo lo que me dijeron durante los últimos minutos. Ni siquiera estaba segura de qué significaba la palabra “parapléjica”, pero sonaba mal. Dijo que mi columna y cuello estaban muy lastimados. Eso no podía significar más que malas noticias. Pero no terminaba de entender qué tan malas. No pensaba hacerle mucho caso al doctor, él no sabía quién era yo ni cómo era yo. No sabía nada de mí, en realidad, excepto mis dolencias del momento. No pensaba quedarme enferma en el hospital por el resto de mi vida.

Aun así, un frío temor comenzó a invadirme un poco. Era inevitable en aquel sitio. Todo de blanco, ruidos de máquinas, tubos por todas partes, quejidos de fondo, toses y el inconfundible aroma a medicinas y enfermedad. Tenía que salir de allí lo más rápido posible. Los hospitales son ese tipo de lugar que debes abandonar rápidamente, o empiezan a succionar tu energía con gran facilidad.

—Lillian —me dijo de nuevo con su mirada profunda clavada en mis pupilas—, necesito saber que entiendes lo que te acabo de decir. El caballo del que te caíste te arrastró una gran distancia, incluso sobre piedras. Por eso tus huesos están tan maltratados. Es posible que no vuelvas a caminar y debemos esperar un tiempo antes de poder retirarte la respiración artificial. Tenemos que estar seguros de que tus pulmones van a soportar el trabajo de nuevo. Significa que por algún tiempo no podrás moverte de esta cama. Ni hablar ni comer como lo hacías normalmente. ¿Me entendiste?

Asentí, con gran pesadumbre. Mi mente quedó casi en blanco desde que le escuché la posibilidad de “no poder volver a caminar”. ¿Qué estaba queriendo decirme? Para mí era evidente que estaba equivocado. Me estaba diciendo lo que tenía que decirle a alguien más, pero no a mí. Toda mi vida fui y vine a donde quise sin pedir permiso ni hacer caso a otros. El único que me había limitado un poco era Adriel, pero incluso él se desaparecía seguido de mi vida, dejándome espacio para hacer lo que quisiera. No iba a comenzar a escuchar a un doctor que no me conocía ni dejarlo que me amarrase a una cama por el resto de mi vida. Estaba loco si pensaba que aceptaría sus palabras.

Tomé una decisión en ese momento. Saldría de allí lo más rápido que pudiera, doliera lo que doliera. No me importaba la cantidad de pastillas que me hiciera tragar o la rehabilitación que me asignara. Iba a salir de ese edificio antes de lo que él planeaba permitirlo.

Más tarde, ese mismo día, mis padres, Solángel y Petunia me dieron una hermosa sorpresa en la hora de visitas. Ya no estaba en cuidados intensivos, por eso podían verme. Me habían acompañado en los días previos, pero yo dormía y no me daba cuenta. Nunca me dejaron sola. Ni un solo día. Les permitían pasar uno a uno, por un lapso máximo de 30 minutos, por lo que cada visita daba la sensación de estar medida en segundos. El tiempo vuela cuando no quieres que avance.

Adriel no apareció ni un día. “Está ocupado, papá”, le dije a modo de disculpa un día en que, sin quererlo saqué el tema en la conversación. Por supuesto que papá no creía eso. Ni yo lo hacía.

Adriel no había estado ocupado desde que nos conocimos y una situación como la mía, en ese preciso momento, debió ser prioridad para él. Yo nunca fui prioridad para él, y esa es la verdad que traté de esconderme a mí misma.

Ya tenía varias semanas sin el respirador. Mis pulmones se daban prisa en sanar. En realidad, todo mi cuerpo lo hacía. El dolor más grande siempre fue emocional. No aceptaba que mi esposo no pudiera ir a verme, aun habiendo presenciado el accidente. Se podría decir que, incluso, lo provocó sin querer, pero ahora sé que no fue así. Son situaciones que pasan y muchas veces no podemos controlarlas. Pero sí que podía estar allí, acompañándome y dándome su apoyo. No lo hizo. Supe que no lo haría.

—¿Y los chicos? —pregunté a Petunia. Me visitaba seguido.

—Están bien, Lillian. Ya tienen todo lo de la escuela.

—Petunia, déjalos que disfruten sus últimos días de vacaciones, por favor. No estés encima regañándolos y ordenándoles todo lo que tienen que hacer.

—Deja de decirme cómo cuidar a tus mocosos, Lillian. Tú dejas que hagan lo que les da la gana —respondió, frunciendo el ceño.

No pude más que sonreír. A ojos de terceros, se podía decir que eso era cierto. Pero ¿recuerdas cómo era yo de pequeña? ¿Cómo se supone que les dijera que obedecieran a todo si yo misma nunca lo hice? Ellos tampoco lo harían, estaba segura. Al menos Augusto no. Siempre fue el más tremendo.

Mis preciosos retoños estaban por entrar de nuevo a clases. No pudieron visitarme ni un solo día, porque no permitían niños en esas salas. Tuve que conformarme con sus dibujos y regalos ocultos enviados con ruegos para que su tía aceptara llevarlos al hospital. Petunia se molestaba algunas veces. Le tuvo que decir a Augusto que un puño de semillas y zacate no eran un regalo adecuado para mi situación.

—¡Es nuestra casa! ¡No es un poco de zacate!—replicó en esa ocasión, bastante ofendido.

Sus dotes artísticos no eran los más elevados, pero para mí eran los más hermosos.

¡Cómo extrañaba verlos! Me hacían falta desmedida. También quería ver a mi esposo, pero con él estaba acostumbrada a la ausencia prolongada. Ese accidente y su desaparición debieron ser la máxima alerta para mí. Pero me cegaba adrede. Un año y medio después, mi vida tendría un giro inesperado irreversible, del que no podría salir con tanta facilidad como lo estaba haciendo en ese momento.

Mercedes, Augusto y Micaela podían entretenerse solos por horas. Pero sabía que estaban bien cuidados en casa de mis padres. Ellos y mis hermanos los amaban y se encargaban de darles todo lo que necesitaran. Su padre jamás apareció preguntando por mí o por ellos. Nadie gustaba de su presencia en ese hogar. Mis hijos dividían sus noches entre la casa de sus abuelos y la propia, cuando Adriel decidía dormir allí. Pero habrían pasado hambre si se hubieran quedado durante el día. Su padre nunca les preparaba comida, ni les compraba nada que necesitaran. Parecía olvidar que tenía hijos y que ellos necesitaban de sus cuidados. Mucho menos preguntaba por la escuela o los útiles que ocupaban. No le importaba. Sabía que mis padres y hermanos se harían cargo, como siempre lo habían hecho.

En los meses que estuve hospitalizada, fui recordando ráfagas del accidente. Entre todos me explicaron parte por parte cómo ocurrió el incidente. Era gracioso notar cómo las versiones cambiaban según la persona que explicara. Incluso los doctores y enfermeras tenían su opinión, sabiendo que al primer hospital que me llevaron no había sido ese en el que estaba ahora, sino el de Guanacaste. Allí me atendieron primero y luego me trasladaron.

Nadie parecía recordar una curiosa verdad: ninguno de los que narraba los hechos estuvo presente el día que ocurrieron. Y quienes sí estuvimos teníamos nuestra propia versión también. Yo recordaba todo a medias, porque estuve inconsciente gran parte de ese tiempo. Mi esposo no había ido a visitarme hasta el momento y a mis hijos no los dejaban entrar. Mi cuñado, el que detuvo el caballo según todas las versiones, estaba en Guanacaste, por lo que tampoco contaba como narrador presente hasta entonces.

Algunas veces tuve pesadillas. Intentaba ser positiva en todo momento, pero en las noches oscuras, los quejidos de dolor de otros pacientes despertaban en mí los recuerdos vividos. Uno a uno, aparecían los sentimientos dolorosos que me hacían despertar temblando, cubierta en sudor. Siempre gritaba alguien a lo lejos, antes de que yo pudiera despertar. Siempre era Micaela. Su grito de angustia al verme caer del caballo jamás podría sacármelo de la cabeza. Por muchos años, cada vez que tuviera pesadillas, ese angustioso alarido sería como mi alarma despertadora.

Mi fortaleza y decisión final le ganaban la batalla al pesimismo. Sabía que saldría de allí pronto. Lo hice más rápido de lo que decían los médicos. Ese cuento absurdo de que “tal vez no podría volver a caminar” nunca me lo terminé de creer. Estaba segura de que el doctor se equivocaba conmigo. Es probable que leyera el expediente de alguien más el día que me explicó ese diagnóstico. O debieron incluir una sección sobre personalidad. De haberme conocido mejor, jamás se habría atrevido a decir semejantes palabras.

Los tratamientos y la rehabilitación continuaron incluso después de que dejara el hospital, pero pronto se acabarían también. Mi cuerpo sanaba con absoluta decisión, a gran velocidad. Todo ahora se transformaba en buenas noticias. Desde que me dieron de alta, mi sonrisa estaba más fuerte que nunca. Volví a ver a mis pequeños, que tanto extrañaba. Deseaba ayudarlos con la escuela y regresar a su lado para lo que me necesitaran. Incluso me alegré de ver otra vez a mi esposo, aunque jamás recibí visita suya durante mi internamiento.

La mezcla de sentimientos que me generaba Adriel me hacía pasar de hervir la sangre a creer de nuevo como una colegiala enamorada. Siempre supo cómo manipularme con sus mentiras. Yo supe que deseaba seguir creyéndole y así lo hice. Después de todo, éramos una familia y mis hijos necesitaban de su padre tanto como yo de él.

Estaba segura que Adriel me amaba. De no ser así, hace mucho tiempo que sus posesiones se estarían guardando en un hogar diferente. Pero allí estaba aún, junto a mí. Me amaba y por eso me necesitaba a su lado. Yo estaba ya de regreso para poder acompañarlo como una buena esposa debe hacerlo, según lo que había aprendido.

—Me habría gustado que me visitaras en el hospital al menos un día —le dije, sin saber qué esperar de su parte.

Mis ojos no se tornaron vidriosos en ningún momento, pero sentía cómo tenía que unir con paciencia los trozos de mi corazón.

—Lillian...—me abrazó antes de seguir hablando—. Ya estás aquí, ¿o no? Eso es lo importante. Yo quise ir a verte, pero tenía que trabajar y lo sabes. Las cosas con el taxi no están fáciles. Y tengo que ver cómo saco los gastos. Todavía debemos el taxi.

Me atrajo hacia sí, viendo que mi actitud era de sumisión. Me abrazó como casi nunca lo hacía y me besó con tranquilidad. Parecía que, para él, mi estancia en el hospital no existió en su cronología.

—Deja de intentar pelear conmigo —dijo, mirándome a los ojos—. Sabes que te amo, que te extrañé y ahora todo vuelve a ser igual que antes. Vamos a pasarla bien. Te lo prometo.

Sus caricias apaciguaron mis pensamientos. No estaba segura de que fuera algo bueno saber

que todo volvería a “ser como antes”. Pero si estaba decidido a ser un esposo cariñoso, yo no iba a ser quien lo contradijera.

“Lo sabía”, pensé para mis adentros. “Jamás va a dejarme porque me ama”.

Cuán equivocada estaba sobre esto, iba a descifrarlo un par de meses después de mi salida del hospital. Una vez más, la culpa fue mía y todo el embrollo tuvo que ver con dinero.

Resulta que mis padres decidieron dividir sus terrenos entre los nueve hijos que éramos. Mis ocho hermanos recibieron su herencia a modo de rifa. Todos con una cantidad de tierra por igual pero que, para evitar peleas, no pudieron decidir cuál ubicación les quedaba mejor. De forma aleatoria, su herencia quedó decidida por la mano del azar.

Todos excepto yo. Mi herencia era ya un terreno pre—establecido. Mis padres decidieron que lo más fácil sería dejarme el sitio donde ya estaba la construcción de mi humilde casa. Nadie se opondría a eso, después de todo, mis padres eran los dueños y, por tanto, quienes decidían lo que deseaban heredar a su prole.

Adriel estaba feliz con la repartición de la herencia.

—¡Tengo grandes planes para nosotros! —dijo un día.

Su ilusión, me ilusionaba a mí también. El brillo en sus ojos era como el de un niño en época de navidad, cuando sabe que recibirá un regalo. Días después, esa mirada se transformaría en furia.

—¿Cómo te atreves a decirme eso? ¡Es tu herencia! No pueden ponerla a nombre de tu hermano. ¡Es injusto! ¡Es una ofensa! ¿Te das cuenta de que Manolo te está pasando por encima? ¡Haz de cambiar eso de inmediato!

—Pero, Adriel—, dije con mi voz entrecortada. Ya conocía muy bien esa expresión—, ¿cómo pretendes que haga eso? Es decisión de mis padres y no puedo hacer nada. No es importante, de todos modos. El terreno es mío, aunque esté a nombre de Manolo.

—Es que eres bien bruta, ¿verdad? Tu hermano puede hacer lo que le dé la gana, porque está a nombre de él. No tiene que pedirte permiso de nada. Pero ahora te haces la inocente. Sólo cuando te conviene, ¿verdad? ¿Acaso eres soltera?

—¿De qué estás hablando?

—Como si no entendiera que te quieres deshacer de mí. Ahora dices que el terreno es tuyo. ¡Ni más, ni menos! Y yo valgo un cuerno para ti. Al menos deberías tener vergüenza y decir que es nuestro. Pero te importo una mierda. Ya me doy cuenta de qué te traes entre manos. Pues verás lo que las mías te van a dar.

Mis súplicas terminaban en el vacío eco que propiciaba nuestro hogar. No entendí cómo todo volvía a ser mi culpa, cuando era claro que fue por culpa de mi hermano. Él me traicionó haciendo que mis padres estuvieran de acuerdo con él. Pero ahora yo pagaba el precio de eso.

No tenía intención de volver al hospital por una paliza. Me dolía el cuerpo casi como cuando el caballo me arrastró, varios meses atrás. Pero me quedé en casa por muchos días, esperando aliviar el dolor físico y mi pena emocional. Tal vez, sólo tal vez, si nadie me veía en esos días, no se darían cuenta de que la predicción de mi esposo era una realidad. Todo había vuelto a ser como antes.

9

Las cosas estaban bastante pacíficas por esos días, pero yo no soportaba la idea de que Adriel nos abandonara. Si no fuera por Manolo y su intromisión, nada de eso habría pasado. Mi mente no se calmaba, pero ahí estaba yo, tratando de aparentar felicidad cuando mis hijos me preguntaban, una vez más, que dónde estaba su papá, después de tantos días sin verlo.

Incluso me di cuenta con cuál mujer vivía Adriel. Estaba segura de que lo hacía porque estaba molesto. No era como si la amara, igual que a mí. No, para nada. Lo hacía como venganza hacia mí y mi falta de firmeza con mi familia. Una vez más, estaba segura de que él tenía razón y yo, la culpa. Muy probable era que me mereciera la última paliza que recibí, como advertencia de que podía perder al amor de mi vida, si no lo complacía como merecía por ser mi esposo.

Pensaba que ahora sí tenía los ojos bien abiertos. De alguna u otra manera, debía remediar aquella situación. Tampoco estaba muy feliz con mis papás, por hacerle caso a mi hermano.

Mi mente vagaba día y noche, buscando una solución, una fórmula infalible que trajera de nuevo a mi marido. Algo tendría que existir que yo pudiera hacer para contentarlo de nuevo. Cuando sentía la cama fría en las noches, toda para mí, recordaba la estancia en el hospital. Eso no era un hogar. No quería una cama individual, sino una con compañía. Con la compañía del hombre que amaba.

Cuando eres optimista y te aferras a tus sueños con toda la fuerza que puedes, estos se cumplen. De eso no hay duda. Uno de los míos estaba por volverse realidad.

Regresaba de la escuela con los chicos, cuando estos corrieron gritando de felicidad. Las risas y las lágrimas brotaban por igual. Abrazos iban y venían. Yo seguía paralizada.

Adriel se acercó a mí, después de lograr zafarse de los brincos que casi lo tiraban al suelo. Tomó con gentileza mis manos y las besó con ternura.

—He vuelto, cariño —dijo sin separar sus pupilas de las mías—. Decidí que mereces otra oportunidad. Te perdono.

* * *

La vida volvía a ser buena. Al menos, casi todo el tiempo. Adriel me pegaba muy poco y, por supuesto, gastaba todo el dinero en alcohol. Pero al menos, estaba a mi lado y yo sabía cuánto me amaba. Estaba segura de que no podría vivir sin mí.

Después de que regresara mi amado, yo seguí consiguiendo pequeños trabajos para ayudarnos con lo que se necesitaba. Al menos con lo mínimo. Cocinaba por encargo, planchaba en algunas casas y seguía cuidando a los sobrinos que necesitaran una niñera.

Las fiestas de fin de año y los cumpleaños se celebraban donde mis padres. Junto con mamá, preparábamos los banquetes para toda la familia. Aunque eran momentos muy felices, siempre se me clavaba una pequeña espina en el pecho. Deseaba con todas mis fuerzas que Adriel compartiera esos instantes con mi familia. A pesar de que tenía prohibido llegar ahí, él tampoco se mostraba interesado en formar parte de ninguna celebración. Al menos no con nosotros. En las noches, sin embargo, casi siempre lo veía en la casa. Si no era así, sabía que aparecería de

madrugada y podía recordarle quién era un año más viejo, desearle feliz navidad o un feliz año nuevo.

Al acercarse las vacaciones de medio año de los chicos, Adriel me propuso un viaje de esos que hacía brillar mis ojos.

—¡Guanacaste! —dije repitiendo sus palabras, pero con mayor ilusión que nunca.

—A menos que te dé miedo volver. No vas desde lo bruta que fuiste el año pasado al caerte del caballo.

Ignorado este último comentario, el trato que me proponía mi esposo no lo dejaría pasar. Él tenía razón. Entre los meses del hospital y la recuperación, los viajes hasta su tierra natal los hacía Adriel sólo. Al menos eso decía cada vez que aparecía después de una ausencia considerable de días, sin previo aviso.

Sé que mi rehabilitación habría sido más rápida si no hubiera recibido las palizas que me daba Adriel luego de salir del hospital. Pero, a fin de cuentas, ya estaba en el pasado, cualquiera que fuera la razón. Yo me encontraba bien y necesitaba un descanso de la monotonía diaria de mi vida.

Bastante trabajo tenía con los chicos. En especial con Augusto. Ya era muy tremendo desde pequeño, pero con los años se fueron sumando las “gracias” que Martín le enseñaba para que se portara peor. Cosas que sólo ellos dos consideraban súper simpáticas, porque para el resto de nosotros se volvían acciones impertinentes o de mala educación.

—HO-LA-MA-MÁÁÁÁÁ —sonaba la garganta de mi hijo con su sonoro eructo.

Augusto reía a carcajadas mientras corría en círculos para que yo no le diera alcance, mientras Martín lo alentaba para que dijera algo más largo o más sonoro.

—¡No lo alientes! Eres un desconsiderado. Nada de eso es gracioso. Ya le han llamado la atención hasta en la escuela, y varias veces. ¡Es todo tu culpa! Deja de malcriarlo.

Mis regaños caían en oídos sordos, tanto si los dirigía a mi hermano como si eran para mi hijo.

Claro que la cosa cambiaba si estaban frente a mis padres. Ninguno de esos dos bandidos se atrevía a hacer semejante cochinado frente al abuelo Chico o la abuela Flor. El respeto hacia mis padres emanaba de parte de cualquier ser humano. Se lo ganaban con facilidad. Su palabra se respetaba siempre, o al menos siempre que estaban presentes.

Algunas cosas menos groseras eran vistas con ojos positivos. Como cuando Augusto le enseñó a Lorenzo a orinar de pie. Como Solángel trabajaba demasiado, sus hijos estaban a mi cuidado y el de mi madre la mayor parte del tiempo. Así que entre primos podían compartir horas y horas de diversión. Claro que las cosas perdían un poco de gracia cuando las volvían travesuras. Como cuando mi madre descubrió a Lorenzo caminando de lado junto a sus plantas, para regarlas todas con su preciado líquido amarillo. Andaba con orgullo al hacer dicha demostración. Ahora todos sabían que su posición para orinar de pie era la de todo un profesional.

Necesitaba un descanso de tanta travesura, tantos regaños y de mi familia. Sabía que, al llegar a Guanacaste, cualquier penuria dejaba de existir para mí. Sus paisajes infinitos, la naturaleza en general y la compañía de mi suegra. Todo sumaba absoluto gozo en mis días.

Incluso podría volver a acariciar los caballos. No pensaba montarlos, también era consciente de que tenía que cuidarme de ciertas actividades que podían resultar muy bruscas, dado lo reciente de mi recuperación.

Sólo el hecho de pensar en el viaje, mi cuerpo irradiaba ilusión. Desde que divisaba esas carreteras, orientadas en largas líneas rectas hacia un destino final de alegría, la sonrisa no podía borrarse de mi rostro. Sabía lo que me esperaba. O eso creía yo.

—No vayas —dijo mi madre con seriedad sepulcral—. A esa hora es muy peligroso. Todos

van a estar cansados y no dudo que Adriel tenga el descaro de llevar tragos encima. Es arriesgarse sin razón. Pueden irse temprano el sábado, pero no vayas a irte de noche el viernes.

Puse los ojos en blanco, cuidando hacerlo de espaldas a mamá. No quería extender el drama. Con tanto tiempo sin ir y ya me estaban arruinando el paseo. Mamá no entendía mi necesidad de salir de allí y volver a mi lugar favorito. Además, como todos en mi familia, aprovechaban cualquier ocasión para hablar mal de mi esposo.

—Mamá, si nos vamos a ir tan tarde, Adriel no va a estar borracho. De otro modo, no podría manejar. Él también quiere ir. No se va a poner a arruinar el viaje.

—¡Ay, Lillian! Tu ceguera no hace más que aumentar con los años. ¿Qué día de la semana Adriel no lleva alcohol en las venas? Parece que no lo conocieras. Sabes muy bien cómo es, ahora no vengas a defenderlo diciendo mentiras ni bobadas. Bastantes moretes has tenido que cubrir durante tu vida por culpa de ese vago.

—¡Mamá! Al menos intenta ocultar tu desprecio.

—¿Y por qué haría yo semejante cosa? Yo no soy ninguna hipócrita. Usted lo sabe muy bien. Mentir no está bien a los ojos de Dios. Menos para defender a un inútil como ese con el que te casaste por jupona.

Toda la vida recibí ese tipo de adjetivos por parte de mi madre. Y, desde donde veo todo ahora, entiendo que tenía razón y río por todo ese amor que trataba de transmitirme. Jupota y jupona era su forma favorita de llamarme “cabeza dura”.

Con todos sus intentos de enderezar mi rumbo desde pequeña, mi madre había perdido la batalla muy pronto. Perseverancia nunca le faltó, porque lo seguía intentando. A pesar de toda la ayuda que me daban y el apoyo que tuve de mis padres siempre, yo no iba a comenzar a obedecer a estas alturas de mi vida.

Hice lo que mejor supe hacer desde joven: decir que sí, pero cuando daba media vuelta, hacer lo que yo decidí desde el comienzo. No podíamos irnos el sábado. La fiesta que celebraba mi familia política daría inicio desde la mañana. Ninguno de nosotros quería perderse la diversión.

El plan era perfecto. Irnos el viernes en la noche nos daría tiempo de llegar a dormir y descansar un poco antes de comenzar la celebración del sábado. Tendríamos el día completo del sábado para festejar y domingo para relajarnos antes de regresar a casa por la tarde, cuando comenzara a anochecer.

Deseaba ver a la familia de Adriel también. No pude verlos desde el accidente el año anterior, así que los extrañaba. Mi suegra intentó visitarme algunas veces, pero le era difícil transportarse en autobús si iba sola, y no consiguió quién la acompañara en automóvil porque todos tenían trabajo o labores pendientes en la finca.

Ahora Adriel nos proponía un nuevo viaje familiar y nada ni nadie nos detendría. “Mamá podrá regañarme otra vez cuando regresemos”, pensaba para mis adentros. No volví a mencionar el viaje ante nadie. Ordené a mis chicos que tampoco lo hicieran y se abstuvieron, aunque morían de la emoción por ir.

—Por eso mismo no pueden decir nada —les dije, más a modo de súplica que de amenaza—. Abuela Flor no quiere que vayamos, así que si dicen algo se enojará y no podemos pasear. ¿O ya no quieren ir?

Un “¡Síiiiiiiii!” a coro retumbó en mis oídos. Yo ya estaba consciente de que esa era la respuesta, y utilizándolo a mi favor, logré convencerlos de que no dijeran nada a nadie.

—Ni una palabra, ¿entendido?

—Que sí, mamá, que sí. Ya entendimos. ¡No somos brutos! —decía Augusto, torciendo los ojos

al cielo.

Aún debía aprender que ese gesto se hace de espaldas a las madres, para evitar que se enojen. Yo le llevaba muchos años de ventaja en la práctica. Pero él era una fiel copia mía.

El día del viaje todo transcurrió como un viernes cualquiera, pero el sexto sentido de las madres es una desventaja para los hijos que quieren ocultar detalles.

—Siempre se van a ir hoy, ¿cierto? —me dijo mamá, con un estilo que trataba de restar importancia a la situación.

—Yo no he dicho que vamos a ir...

—Tampoco has dicho que no. Ni has hecho ningún berrinche. Nunca te quejas de nada, eso es cierto, pero frunces el ceño o haces comentarios que alientan una pelea. Aunque sea de palabras. ¡Ay, Lillian! Se te olvida que soy tu mamá. Yo te parí, tanto si lo recuerdas como si no. Te conozco, mocosa —dijo acentuando la última palabra.

Mamá no dejaba de decirnos así, por más que todos sus hijos fueran adultos y esa palabra se utilizara sólo en los niños. Pero la empleaba cuando consideraba que alguno de nosotros se estaba descarrilando.

—Ma, no pienso ponerme a dar explicaciones. Ya está todo planeado.

—Y así fue desde que hablamos. Ni siquiera consideraste lo que dije ese día.

Me estaba irritando todo ese meollo. Lo evadí muchos días como para tener que aguantar un pleito justo antes del paseo. La abuela Flor era muy persistente, así que no pude evitar que las cosas se salieran un poco de control.

Después de una leve discusión, esperé a que los chicos llegaran de la escuela. Los dejé comer en paz para llevarlos a casa temprano. No pensaba quedarme más tiempo allí, cuando existía la posibilidad de que se tocara de nuevo el tema del paseo.

Los intentos de mi madre por evitar que fuéramos se estrellaron contra las paredes, como si fueran sólo un eco. Nada me haría cambiar de opinión. Ese paseo lo anhelaba con ansias extremas. Incluso invité a Tina, una de mis vecinas que fue mi amiga desde que éramos pequeñas. Nuestra amistad se fortaleció desde mi pasado accidente. Tina velaba por mí desde entonces y me encantaba su compañía. Nos íbamos ahora los seis para Guanacaste. Mi taquicardia no me dejaba en paz desde muchos días atrás. Tenía que ser la emoción, de eso no existía duda alguna en mi mente.

Adriel no apareció a la hora acordada. Ya pasaban las ocho de la noche y todos seguíamos esperando. A mis pequeños los comenzaba a vencer el sueño, después de una larga semana de juegos y lecciones. Pero estaban haciendo todo lo posible por estar despiertos cuando llegara su padre. No querían que los dejaran atrás por estar dormidos. Pensaban que nos marcharíamos sin ellos, por más que les aseguré que eso nunca lo haría.

Incluso Tina se estaba aburriendo, igual que yo, pero no pensaba dejarme sola.

—Al fin y al cabo —dijo, tratando de justificar la espera—, ya iríamos de camino. No estaríamos aquí y las maletas ya están listas. No me importa esperar un poco más. De igual manera llegamos a dormir allá, aunque sea menos horas.

Y en eso tenía razón. Yo estaba segura de que Adriel deseaba el viaje, no lo iba a arruinar. Algo tenía que provocar ese retraso monumental. Ese “algo” se esclareció un par de horas más tarde.

Pasaban las diez de la noche y el hedor a alcohol invadió toda la casa cuando mi esposo entró riendo y hablando incoherencias. La lengua parecía no querer ayudarlo a pronunciar las estupideces a la que era sometida por parte de Adriel, así que la arrastraba a la fuerza.

Suspirando lo más hondo que me permitía el diafragma, pensé para mis adentros “Rayos, mamá tuvo razón en eso”. Jamás creí que fuera posible. Lo estaba viendo con mis propios ojos.

—Adriel —le dije de cerca, para no preocupar más a Tina—, estás todo borracho. ¿Por qué arruinaste el viaje? Creí que también estabas emocionado por ir.

—No seas tonta —respondió en medio de una sonora carcajada—. No estoy borracho. Sólo me tomé unas cervecillas para celebrar que nos vamos de paseo. Yo no he arruinado nada. Deja de molestar y echa las maletas al taxi.

En medio de los gritos de emoción de mis hijos, Tina me miró más llena de dudas que decisión. Estaba expectante de mi reacción ante la orden que acababa de recibir. Me debatía en mi interior entre el deseo de irme a Guanacaste de inmediato y el sentido común de esperar al día siguiente como prevención.

Mi mirada hacia las maletas hechas y la forma en que mordía mi labio hicieron caer en cuenta a Adriel de cuán dudosa estaba. Se acercó a mí despacio, con cautela, como un felino a punto de emboscar. Sin previo aviso, me tomó de la cintura con gran gentileza y me miró con profundidad directo a los ojos. El momento habría sido perfecto de no ser porque tenía en su cuerpo mitad sangre y mitad alcohol.

—Vamos, Lillian —trataba de poner ternura en sus palabras—. Estás preocupada, lo sé. Pero estoy bien. Deja de preocuparte tanto. Todos queremos ir. No arruines el viaje —agregó, para arruinar él ese momento.

—Es peligroso, Adriel. Si estás tomado no puedes manejar bien.

—¿Y quién dice que no? —dijo, soltándose para sentarse en una silla por un breve instante—. ¿Tus papás dicen que no? Estoy seguro de eso. Y yo soy tu esposo y digo que estoy bien. Si ellos quieren arruinarnos el viaje, ese será tu problema. No pienso hacerles caso. No sé tú qué harás.

Se levantó, arrastrando los pies tanto como la lengua. Se volteó y, mirando a los chicos que esperaban una respuesta, agregó su última resolución.

—Yo me voy a Guanacaste. ¡¿Quién se va conmigo?!

Los chicos estallaron en gritos, mientras corrían a traer sus maletas. No podía prohibirles que se fueran con su padre. Yo deseaba irme también.

—Me voy con o sin ti. Si quieres quedarte sin paseo, es tu decisión. Recuerda que nos arruinas el viaje a todos. Incluso a ella —dijo, señalando a Tina—. Por ser tu amiga se quedaría a tu lado, pero también ama los viajes a Guana. ¿Entonces?

Su voz no era suplicante, ni insistente, ni imperativa. Sólo daba un ultimátum de lo que planeaba hacer él mismo. Si yo quería acompañarlo, era mi elección. Si no iba, también lo era, pero haría que toda la carga y culpa de cualquier inconveniente recayera sobre mí. En eso era experto.

Miré a Tina. Creo que esperaba encontrar una respuesta en sus ojos. Ella lo entendió y acompañó su mirada de un “Yo te sigo, no importa qué escojas”.

—Bien —dije, al tiempo que asentía indecisa—. Vamos, pues.

Al pasar frente a la casa de mis padres, no pude evitar soltar un “Aquí voy, mamá...”. No sé por qué lo dije, incluso Tina me escuchó. Creo que fue una mezcla de indecisión con rebeldía. Tal vez, si mamá no tenía la razón y yo sí, el viaje sería tan mágico como yo pensaba. Tenía treinta y siete años en ese momento, pero seguía tomando las mismas decisiones que hacían convulsionar a mi madre de rabia cuando yo era treinta años menor que entonces.

La sensación de incertidumbre puede perderse en nuestra mente con facilidad. Podemos confundir ciertas emociones de preocupación con aquellas que nos causan euforia. Por allí pudo ir

mi situación.

Mi guía de emociones gritaba “Alerta”, pero traté de desviar ese pensamiento con la ilusión que me provocaba estar en Guanacaste. Más, aún, con tanto tiempo que pasaba desde mi última visita.

Todo eso, sumado al silencio en el carro —porque los niños y Tina dormían y yo admiraba encantada el paisaje oscuro, como si se tratase de un cuento—, más la embriaguez de mi esposo, hizo que nadie se percatara de lo que pasaba, hasta que fue demasiado tarde.

De no haber llevado el cinturón de seguridad, es probable que uno o varios de nosotros hubiésemos salido volando por las ventanas, porque el golpe fue tal que, cuando el auto atropelló a la vaca que cruzaba tranquila por la carretera, ésta se levantó en el aire haciendo piruetas, como si se tratara de una escena en el circo de acróbatas.

Tina y los niños se golpearon entre sí y con los asientos delanteros. Ya era bastante malo que fueran cuatro estrujados en un espacio hecho para tres pasajeros. Adriel se golpeó contra el volante del auto y ambos nos lastimamos con el cinturón. Pero yo... Aquí cambia la historia de mi vida con un rotundo impacto.

Este accidente imprevisto haría que todo fuera diferente. Para siempre.

De 1993 a mi muerte (Tercera parte)

1

“¿Dónde estoy?”. Era en lo único que podía pensar. Me sentía desubicada, no lograba ver bien y mis oídos sólo captaban ruidos lejanos, como si el sonido saliera de un agujero. Un pitido infinito retumbaba en ellos haciendo que me doliera la cabeza. En realidad, sólo podía sentir ese dolor en mi sien.

Traté de sostener mi frente con la mano derecha, pero no lo logré. No pude moverla. ¿Qué pasaba? Las luces incesantes rojo y azul me estaban mareando. Voces lejanas. Sólo pude captar algunas palabras.

—Alta velocidad...

—...la vaca.... justo sobre su cabeza...

—...corroborar... nivel de alcohol...

—Los niños...

Sabía que se trataba de una conversación, pero no lograba enfocar mi mente. No entendía lo que hablaban. Nada tenía sentido en ese momento.

Sin saber lo que pasaba, me subieron a la ambulancia lo más rápido que pudieron, dado mis lesiones. Ya pasaba mucho tiempo desde que ocurrió el accidente hasta que lograron sacarme del taxi de Adriel. Mi estado era de atención urgente. Yo seguía sin ubicarme.

La luz que ponían directo en mis pupilas no hizo más que incrementar mi dolor de cabeza. Sentía mi cuerpo pesado, el sueño me ganaba. Seguro por eso no lograba levantar mis brazos. Debía de estar durmiendo o a punto de hacerlo. Lo mejor sería dejarme vencer por la plácida sensación de dormir, eso aliviaría todo el malestar que me invadía. Luego, al despertar, pensaría con mayor claridad.

* * *

“Tetrapléjica”... Ya no era la primera vez que escuchaba esa palabra. Ahora sabía el significado, pero parecía no impresionarme tanto. Hacía un año y medio viví la misma historia. Sentí como si lo estuviera reviviendo todo una vez más. Parecía estar metida en un ciclo repetitivo de experiencias en mi vida.

—Todos están bien, Lillian —dijo mamá con voz firme, pero con mirada de cristal.

“Si tan sólo supiera lo que dije al pasar frente a su casa”, pensaba para mis adentros. Seguía en cuidados intensivos, pero dejaron pasar a mi madre, dado que yo desperté varios días después del accidente.

Adriel manejaba borracho a una velocidad que se multaba por la ley. Además de la hora y el sueño que intentaba contener, todos los factores se juntaron para que no se diera cuenta de la vaca que caminaba con tranquilidad por media calle. Cuando decidió —contra su voluntad— que volaría por los aires por el impacto terrible que le asestó el taxi, su punto de aterrizaje en el techo del auto fue sobre el asiento del acompañante del conductor. Justo donde iba yo sentada mientras

disfrutaba del silencioso paisaje y pensaba en la alegría que me generaban esas cortas vacaciones.

Salvo leves moretones por el frenazo repentino, nadie más dentro del metal asesino de vacas resultó herido de gravedad. Todas las consecuencias del accidente las absorbí yo. Al menos eso me llenaba de cierta satisfacción. Mis hijos estaban bien. Tina estaba bien. Incluso mi esposo estaba ileso. Yo, en cambio, estaría en una silla de ruedas el resto de mi vida, según dictaminaban los doctores.

—De nuevo aquí, Lillian. Y por los mismos motivos. Sigues con el tratamiento del último accidente, pero veo que no te cuidas.

Las palabras del doctor salían casi sin vida, como consumidas por la monotonía de un hospital donde todo el que llega necesita cuidados de emergencia. Volvía a ser parte de mi tratamiento. Mismo hospital, mismo doctor, mismo traslado en condiciones graves. De nuevo me encontraba sin poder hablar, encadenada a las máquinas que me permitían respirar para mantenerme con vida. Todo eso era casi habitual en la vida diaria de mi doctor.

—Una vaca —agregó más para sí mismo que por hacer conversación con alguien—. Primero un caballo y ahora una vaca. Parece que no te llevas muy bien con los animales, ¿o me equivoco?

La sonrisa que puso me resultó difícil de descifrar. Nunca entendí si quería hacerme sentir mejor o si le pareció gracioso su propio chiste. Supe en ese instante que yo deseaba tener el don de estrangular con la mirada.

Me sería imposible dejar con rapidez la necesidad de la máquina para respirar. La posición en que mi cuerpo quedó aplastado bajo el peso del bovino aquella fatídica noche, hizo que mis pulmones colapsaran en un cincuenta por ciento. En sencillas palabras, no podría vivir sin máquinas que me ayudaran, al menos por un largo tiempo. Esta vez, comenzaba a creer más en las palabras de los doctores que en mi fuerza de voluntad. Después de todo, volvía a repetir casi la misma situación que el año anterior. Eso debía significar algo.

A pesar de que, algunas veces, me sentía triste y sin ganas de enfrentarme a esa carga, nunca dejé que nadie lo notara. No iba a quejarme ni poner cara larga cuando otras personas pudieran verme. ¡No señor! Sería un acto cobarde e inservible. No quería que sintieran lástima por mí, así como no me gustaba sentir lástima por nadie más. Todos los humanos somos fuertes y podemos encontrar lo que buscamos dentro de nosotros mismos.

Aun así, tuve que aceptar mi destino físico en ese momento. No era lo que tenía planeado. Creo que nadie jamás planea un accidente así en su vida. Al menos, no de manera consciente. Pero ahora tenía que estar firme y hacer mi mejor esfuerzo.

Esos brotes inminentes de bienestar casi fingido tenían que ser —incluso— más creíbles con algunas personas que con otras. Solángel, por ejemplo, para ese entonces estaba embarazada de Felicia. Ya, de por sí, era bastante negativa y dramática con cualquier acción que ocurriera. Ahora, una noticia de esta índole se le clavaba con mayor ahínco en el corazón.

Mi corazón, en cambio, se sentía impotente cuando pensaba en mis hijos. Eran todos tan pequeños y habían sufrido ya tanto en la vida por mi culpa y la de Adriel. Mi pequeña Micaela tenía ese año su primera comunión, en el mes de diciembre. Si ya estábamos a mitad de año, ¿cómo se suponía que iba a planear todo y hacerle la fiesta que se merecía? Ni siquiera podría llevarla por el pueblo, como era costumbre en esa época, para que las personas de la comunidad la vieran en su bonito vestido blanco y le obsequiaran algún dinero como regalo. Se me quebraba el alma cuando pensaba en mis chicos.

Más que para mí, creo que —con ese accidente— comenzó un calvario muy duro de sobrellevar para mis padres. Papá estaba cuidándome en el hospital durante toda la semana. Los

fin de semana, se turnaban entre mis hermanos. Y algunos días recibía visitas inesperadas.

Mamá y papá, junto con Solángel y Petunia, se encargaron del cuidado de Mercedes, Augusto y Micaela. Casi no podía verlos, porque la mayoría del tiempo no les permitían el ingreso a la sala del hospital, por ser menores de edad. Reglamentos internos de la institución. Puras patrañas para mí y para ellos, que se sentían dolidos y abandonados.

Sus dibujos y mensajes siempre llegaban a mí por medio del abuelo Chico. Mi padre no faltó un solo día, sin importar qué tan cansado se sintiera. Y tanto él como mamá estaban agotados mentalmente. Se podía notar a leguas, incluso si no los conocías.

Durante el primer año de mi recuperación, ellos envejecieron cerca de diez. Lo notaba día a día. Es cierto que el tiempo llega a ser relativo. Para mí, así postrada como me encontraba, los días se volvían muy lentos. Para mis padres, un día los hacía envejecer un mes. Eso también me entristecía a borbotones. Era mi culpa y de nadie más. Yo desobedecí, como una adolescente rebelde. Ahora, ellos me cuidaban, modificando toda su rutina para poder hacer girar sus vidas en torno a mí. A su hija Lillian, esa “jupota” que nunca aprendía.

Durante los primeros meses, intenté disculparme con mis padres, pero no podía hablar. Una vez más, las máquinas, tubos y yo éramos un solo ser, indivisible. Sin ellos, yo dejaba la vida. Eran mi sostén. Pero las madres saben leer la mente de sus hijos. Casi siempre aciertan. De nuevo, mi madre lo hizo conmigo. Supo leer una lágrima que derramé frente a ella, pese a todos mis esfuerzos porque se evaporara antes de salir de mi ojo.

— ¡Ay, Lillian! —dijo firme, pero llena de amor—. Las cosas siempre pasan por algo. Sólo tenga fe. Lo que pasó ya está atrás. Déjelo ahí que de nada le sirve rebuscar en palabras viejas. Esta es su vida ahora, así que piense muy bien qué quiere hacer. Tiene que ser fuerte, porque usted no está luchando sola. Recuerde que tiene tres preciosas joyas en casa. Bastante que la extrañan ya. Trate, por todos los medios, de tomar las decisiones que usted crea mejor para ellos. Los hijos siempre necesitan a la madre, y ellos están todavía pequeños. La necesitan mucho.

Mamá miraba fijamente hacia la ventana, aunque sus pupilas no determinaban ningún punto en especial. Sólo miraba y suspiraba con paciencia. Tomó mi mano entre las suyas y, sin mirarme aún, continuó:

—Cuando le quiten las máquinas, no hable de eso que quiere hablar. No hace falta. Los recuerdos que sólo generan dolor no le hacen ningún bien a nadie. Pero use mejor la cabeza, de ahora en adelante.

Volteó su cabeza y miró, al fin, directo a mis ojos. Es sorprendente cómo una sola mirada puede paralizarte o llenarte de amor hasta las entrañas. Pocas veces en mi vida fui testigo de la dulzura con que me inundó ese día mi madre con sus ojos y su voz.

—Récele a Dios, Lillian. Pídale que la llene de fuerza y de sabiduría para aceptar este reto y aprender lo que él quiere enseñarle. Usted sabe que su papá y yo siempre la vamos a ayudar. Y por los chiquillos no se preocupe, que nunca les va a faltar nada. Pero no se le ocurra rendirse, porque de eso nada. A la Tierra no venimos sólo para oler flores y comer banquetes. Hay que ganarse el pan. Eso no se logra dejando que los demás hagan lo que quieran con usted. Eso se logra con inteligencia. Por eso debemos orar por sabiduría. Todos los días podemos ser un poquito más sabios.

Y desviando la mirada hacia un punto distante inexistente, suspiró con fuerza sin dejar de apretar mi mano. Más lágrimas serían un desperdicio de agua para el mundo. Yo no podía apretar su mano de vuelta, pero sí abracé su alma con todas mis fuerzas.

Como era costumbre —desde siempre— que mi fantasmagórico esposo no apareciera cuando

más lo necesitaba, esta vez Adriel tampoco me visitó en el hospital. El internamiento duró casi un año, así que tuvo suficiente tiempo disponible para estar a mi lado, al menos unas horas a la semana. Pero no encontró la ocasión ideal para hacerlo. Siempre había alguna excusa barata de por medio, pero lograba hacerme sentir culpable de que fuera él quien no pudiera estar a mi lado.

En su versión, era mi culpa que yo estuviera en el hospital, mi culpa que él no pudiera tener a su esposa a la par, mi culpa que mis hijos no tuvieran consigo a su madre, mi culpa que otros tuvieran que gastar su tiempo en visitarme y cuidarme en el hospital, mi culpa que hubiera gastos médicos que el seguro no cubriría cuando terminara mi internamiento, mi culpa, mi culpa, mi culpa. Y yo le creía, en gran medida, todas las acusaciones que lanzaba hacia mí. Después de todo, fui yo quien accedió a ir en el viaje tan tarde, sabiendo que iban mis hijos en el mismo auto que mi esposo borracho.

Para mis adentros siempre destinaba ideas que nunca dejé salir a la luz. Estaba segura de que Adriel seguía siendo un vago, pero más segura estaba de que sus infidelidades como marido iban en aumento. No tenía a nadie, en realidad, al lado que le hiciera preguntas sobre su paradero, aunque lo normal era que él no diera excusas ni se preocupara por responder. Pero, mientras estuve en el hospital, tuvo mucho más tiempo para sí mismo.

Los niños eran su deber como padre. Esta era una responsabilidad que sabía evadir como todo un campeón. El abuelo Chico y la abuela Flor se volvieron para mis hijos como sus propios padres. Sus tías eran como hermanas mayores. El cuidado y tiempo que les proporcionaba Adriel era, en realidad, el mínimo que podía. Ellos lo extrañaban por muchos días, cuando solía desaparecer. Luego surgía de entre las sombras, como todo un Houdini, alegrándolos por —al menos— unos días o, con suerte, por varias semanas.

Mi familia estaba cada vez más alejada y molesta con Adriel. Manolo lo odiaba más que siempre. Pero no fue hasta años después que me di cuenta de los problemas excesivos que había cuando mi esposo tenía la mala suerte de encontrarse con mi hermano mayor.

Los primeros meses que estuve internada, y que no tuve conocimiento absoluto del paradero de mi marido, resulta que había días en que decidía ser “un gran padre” y le dedicaba días completos a sus hijos. Pero con quien más compartía tiempo, era con Augusto. Tal vez por ser su único hijo varón o porque era quien le profesaba más afecto, no lo sé. Pero decidía pasar el día completo con su hijo. Incluso hubo días en que les permitía faltar a la escuela. A los chicos no les hacía mucha gracia faltar (aunque sí los ilusionaba la oportunidad), porque cuando sus abuelos y sus tías se daban cuenta de esta alcahuetería, se ganaban una gran reprimenda por el tiempo escolar perdido y las tareas reprobadas.

Hay que entender que, a pesar de todo, los niños son niños. Su padre aprovechaba la inocencia en ellos para manipularlos todo lo posible. Como cuando decidía llevarlos a Guanacaste entre semana, como un paseo inesperado. Ellos desbordaban felicidad por cada poro en esas ocasiones, aunque estando allá su padre los dejaba con la abuela Nate para él desaparecer durante toda la estadía entre las cantinas de la localidad. La madre de Adriel fue una gran abuela. Ella cuidaba de mis hijos con toda la ternura que una abuela puede profesar. Sabía cómo era el suyo propio y, por eso, los cuidaba con todo el amor que su padre les negaba.

Incluso mi suegra encontró algunas oportunidades para visitarme en el hospital. Alguno de sus otros hijos la llevaba hasta el valle central, a una gran distancia de su propio hogar, donde yacía yo en una cama blanca rodeada de aparatos y olor a medicinas, y donde agradecía desde lo más profundo de mi ser esas visitas que me hacían sentir apreciada por esa gran mujer.

Fue una suerte que me quisiera tanto. Disfruté mucho de su presencia durante todos los años

que nos conocimos. Algunos después de mi accidente, ella dejó de visitarme. El Alzheimer quiso jugarle una mala pasada a su memoria, haciéndome desaparecer de sus recuerdos, igual que el resto de su familia.

Estando próxima mi salida del hospital, casi un año después de mi internamiento, faltaba aún mucho camino por recorrer con la rehabilitación, pero al menos estaría ya en mi casa. Sería un gran alivio para mi familia no tener que estar lidiando a diario con las idas al hospital.

Sin hacerme ni una sola visita, Adriel comenzó a preparar mi regreso. Pensé que ninguno de los dos sabría cómo actuar en presencia del otro. Como estaba segura de que su amor por mí era tan sincero como el mío hacia él —a pesar de sus varias infidelidades—, me motivaba a mí misma pensando en que llevaríamos todo con calma. Un día a la vez. Así se vive mejor y se enfrentan los imprevistos.

Traté en todo momento de pensar positivo y tratar de alejar de mi mente ese fantasma de “las mujeres” de Adriel. No era un tema en el que me gustara pensar. Todo lo contrario, trataba de ignorarlo o hacerme la “vista gorda”, como decía mi familia. Es que, ¿acaso hay forma agradable de enfrentar la verdad cuando sabes que tu esposo te ha sido infiel desde antes de la boda? Yo creo que no. Todavía no decido si eso se puede catalogar como inocencia o estupidez. Es aprendizaje, de eso no hay duda. Pero a los humanos nos gusta flagelarnos repetidas veces en el mismo tema. O, como dice el refrán, tropezar con la misma piedra. Somos así de cabeza dura la mayor parte del tiempo con aquello a lo que decidimos aferrarnos.

La angustia no desaparecía del todo. Si Adriel me fue infiel todo el tiempo, ¿cómo actuaría ahora que yo estaba tetrapléjica? No tardaría en “hacerme entender”, como lo hizo muchas veces años antes, que los hombres tienen necesidades. Que él tenía necesidades. Y si yo no era suficiente cuando mi cuerpo funcionaba bien por sí solo, menos lo sería ahora que me uniría a una silla de por vida. Sin olvidar que mi movilidad dependía de los demás. Para mí era imposible mover más que la cabeza, y de forma leve. Supe que no sería capaz de suplir las necesidades de mi esposo. Ni antes, ni ahora, ni luego. Eso me dolía. Tal vez más que las heridas físicas. Este tipo de golpe llega más profundo y tarda más en sanar.

Contra todo pronóstico, mi marido parecía querer poner las cosas en orden. Comenzó una pequeña campaña en todo el pueblo, donde pedía donaciones a las personas para poder comprar los pañales y otros artículos que se necesitarían para mi cuidado. El dinero recolectado sería agradecido eternamente, según decía él, porque tendría que comprar esos artículos todas las semanas, pues yo los gastaría todos los días.

—Sale bien caro, pero todo sea por tenerla bien —solía decir al final de su discurso, mientras fingía que se apenaba por las lágrimas que huían de sus ojos. Algunos regalaban el dinero, otros hacían préstamos. Lo importante era que ya existía un cuantioso ahorro que nos permitiría comprar lo necesario para esta nueva vida.

Cuando me contaron, no pude hablar. Y no era por la herida de la traqueotomía, pues ya estaba sana. Fue de la impresión, porque no sabía cómo reaccionar o qué pensar al respecto. Mis ideas fueron desde que sí me amaba, hasta que estaba fingiendo. Si trataba de ser analítica y tomaba en cuenta toda la experiencia de nuestros años de matrimonio, podía estar segura que la opción correcta era la segunda. Pero me negaba a aceptarlo. No iba a pensar mal de mi propio esposo, cuando él estaba dando lo mejor que podía para preparar mi regreso a casa, después de tanto tiempo lejos.

Manolo estaba seguro de que era una artimaña para sacarle dinero a la gente y no tener que trabajar. De hecho, se sentía muy molesto por lo que algunos vecinos le comentaban al respecto.

Siempre pensando en lo que otras personas piensan o dicen. Así es mi hermano. Y mi esposo tuvo la mala suerte de pensar que recoger mangos del árbol que estaba al lado de la casa de Manolo era una buena idea.

Adriel caminaba con Augusto por el sector donde viven algunos de mis hermanos.

—Vamos a bajar algunos mangos, Augusto. Son demasiados y parece que nadie se los está comiendo. Están muy buenos, se nota en la distancia.

—¿Puedo subirme al árbol yo, papá?

—Si eso quieres. Sé que es tu fruta favorita.

—Una de mis favoritas, tengo muchas.

Tras una carcajada de Adriel, decidieron entrar en la propiedad sin preguntar a nadie. Después de todo, eran familia. No sabía que ese día mi hermano gozaba de su día libre en el trabajo y, al ver a mi esposo, la creciente ira de Manolo hacia Adriel explotó en un volcán incontenible de emociones.

Entre los gritos enfurecidos de Manolo sonaban chillantes los angustiosos sollozos de Augusto, al ver cómo uno de sus tíos daba una paliza a su padre, sin previo aviso. Como pudo, Adriel se levantó del suelo, teñido de rojo en varias secciones, y le dijo a su hijo que se fueran rápido de allí.

Más tarde, se dio cuenta de que había perdido sus anteojos favoritos en aquel terrible lugar y envió a Augusto a recogerlos. Nada le pasaría a él por pedir las pertenencias que eran suyas. Pero si Adriel volvía a asomar su nariz por allí, era probable que terminaran de quebrársela.

Aunque mi hijo siempre fue muy educado con su familia, Manolo no sería jamás su tío favorito. Ni en sus más remotas ideas lo catalogaría con tal adjetivo. Sólo era un tío. Después de todo, ¿quién puede escoger a su familia? Al menos yo estaba segura de que la respuesta era nadie. ¿Me equivocaba? Tal vez un poco, pero no quiero arruinarle la diversión. Todo lo que sé ahora, sería difícil de entender para ti. Al menos, de primera entrada sería un gran choque. La mente se adapta con el tiempo, pero siempre nos cuesta aceptar ideas diferentes a las creencias y patrones que nos vieron crecer.

2

Mis niños eran muy niños aún, cuando todo esto sucedió. Algunas veces, cuando Micaela se quedaba conmigo, no me daba de comer en todo el día. Era Mercedes quien, bajo gritos y reclamos a su hermana, me llenaba el estómago con lo que pudiera encontrar. La mayor parte del tiempo traía la comida de donde sus abuelos, porque el refrigerador estaba —como de costumbre— lleno de aire y cervezas.

Fue mi pequeña hija menor quien más batalló con aceptar que, nuestra historia actual, era ahora una realidad permanente. Es imposible enfadarse con tus hijos, cuando se supone que tú los cuides, pero los sucesos se invierten de manera trágica. Pensamos que un niño no debería nunca cuidar de sus padres, pero en algunas ocasiones especiales, deben crecer antes de tiempo y aprender, a la fuerza o con dolor, que necesitan cambiar de forma abrupta su niñez.

Muchas cosas eran confusas en esos días. Todos los miembros de la familia tuvimos que adaptarnos a una rutina muy diferente. Hablando desde el plano físico, yo era la que menos hacía. No podía ayudar más que diciendo palabras que creía de aliento para mis hijos. Pero los demás eran quienes se encargaban de cada tarea del hogar y, además, de mí.

El dinero que Adriel había recogido antes de mi llegada, nunca supe a dónde se fue. Los donativos desaparecían tan rápido como llegaban y los préstamos quedaron etiquetados como deudas incobrables. Lo que debía ser para pañales acababa en cualquier sitio que vendiera licor. Pero yo seguía teniendo necesidades básicas. Fue así, como mi esposo tuvo la gran idea de usar papel periódico en lugar de los añorados pañales desechables.

—Ni se te ocurra pensar que voy a usar pañales de tela. ¿O acaso tú misma te vas a levantar para lavar tus propias porquerías? —me dijo un día, cuando yo le pedía, casi suplicante, que usara el dinero para los pañales.

—Estás demente —dijo—. Son demasiado caros. Sería una pérdida de dinero. Mejor aprende a aguantarte. Si los bebés aprenden, tú también puedes aprender otra vez. Empieza a practicar si no quieres que tu culo aprenda entonces a leer.

Sus palabras nunca eran para motivar. Todo lo contrario. Pero yo seguía pensando que él tenía razón, aunque me doliera. Era mi culpa estar en esa situación. Le ponía a todos las cosas más difíciles. Ya de por sí es duro criar a tres hijos. Ahora, al parecer, yo contaba como otro. Ni siquiera era capaz de cuidar a los míos, ni llevarlos a la escuela o revisar sus tareas.

Me era imposible realizar las tareas tradicionales de una madre. Mis hijos eran quienes debían encargarse de mí. Y, con los años, fueron aprendiendo. Fuimos aprendiendo todos. La carga era dura, pero todos ellos, a su tiempo, entendieron su rol como mis salvadores. Hacían cualquier cosa por mí, por el amor que profesaban a su madre. Su vida giraba en torno a la mía y se acostumbraron a realizar las tareas del hogar, junto con las propias de cada quien.

Sin ellos, yo no habría llevado una vida tan larga. Por eso digo que mis hijos son mis salvadores. Con ellos, mis padres y hermanos, la vida se hizo posible en mi hogar, más llevadera y segura. Porque con Adriel, las cosas eran siempre más complicadas.

Conforme el proceso de rehabilitación avanzaba un poco, el humor de Adriel se agriaba más. El centro quedaba lejos de casa, en la capital del país, pero ir varias veces por semana incrementaba el gasto de gasolina que mi esposo necesitaba para su trabajo con el carro taxi.

—Debes seguir viniendo, Lillian.

Mi terapeuta me miraba incrédula cuando le dije que no podía seguir yendo hasta allí porque no teníamos dinero suficiente para hacerlo.

—Tal vez pueda hacerlo desde casa —le dije. Ya había contemplado esa opción.

—Sabes que no tenemos servicio hasta la casa de cada paciente. No podríamos.

—Pero ¿y si le enseñan a alguien de mi familia a hacer los movimientos que me haces estando aquí?

—Lillian, no es igual. Lo sabes. Toma conciencia de lo que estás diciendo. Esta terapia no se trata sólo de unos cuantos movimientos sin sentido. La persona que los realiza debe estarlos cambiando y debe tener conocimiento en salud. ¿Por qué crees que estudiamos una carrera universitaria? Si lo único que se necesita son algunos movimientos, alguien los enseña de memoria y listo. Pero no es así. Hay que llevar un seguimiento del paciente. ¿Acaso alguien en tu familia sabe sobre medicina, o ciencia o salud?

La miré sin saber qué responder en realidad. Sin importar lo que me dijera, Adriel ya había tomado su decisión y, de paso, me había convencido de ello.

—No puedo volver...—dije, luego de una pausa en nuestra conversación—. Simplemente no puedo. Hoy será el último día.

—Lillian, escúchame. Es tu vida, tu cuerpo, tu decisión. Eso lo entiendo. Pero si detienes la rehabilitación ahora, puede que nunca recuperes la movilidad de tus brazos. Si logras moverte mejor con el tiempo, imagina la libertad que tendrás para hacer más cosas. Para ayudar a tus hijos y jugar con ellos. Podrás compartir más y disponer de más independencia. Piensa en ello, ¿quieres? Imagina la diferencia que haría en tu vida poder mover tus brazos, aunque sea un poco.

—Sé que no hay seguridad de que eso pase, de todos modos. El doctor lo dijo.

—Así es, pero la evolución de cada persona es diferente y depende de cuánto se esfuerce. Depende de cuánto lo quiera de verdad. ¿Acaso no quieres mejorar tu vida, incluso un poco? Si no lo quieres hacer por ti, al menos deberías pensar en ellos. ¿No te parece?

No tenía ganas de responder a esa pregunta en particular. De hecho, no quería responder a ninguna. Mi cabeza bullía con pensamientos de todo tipo. Los sentimientos jugaban en mi contra la mayor parte del tiempo, por más que intentara ser positiva. Al final, siempre todo sería mi culpa y de eso estaba segura.

Así que, ¿para qué seguir gastando tiempo y dinero? Adriel tenía razón. Ir hasta ese lugar, por tantas horas y con el factor económico jugando en nuestra contra, no tenía ningún sentido. En especial, cuando desde el principio el doctor me aseguró que no podía decirse con claridad si mi cuerpo reaccionaría de nuevo con algún tratamiento. ¿Para qué, entonces, poner más carga sobre los demás? Si mi esposo me ayudaba en casa con algunos ejercicios, lo más probable era que tuviéramos el mismo nulo resultado que mi cuerpo había tenido hasta ese momento.

Estaba enfadada conmigo por poner a mi familia en esa situación. Por ratos también me enfadaba con Adriel, por manejar borracho justo el día que decidimos marcharnos de vacaciones, por ser tan grosero conmigo y por sus infidelidades. Luego de un rato mi rabia se transformaba en tristeza. Allí entendía que todo era mi culpa: ceder ante Adriel, soportar sus aventuras, aceptar el viaje, aceptar sus groserías, su maltrato desde el noviazgo. Todo era mi culpa y lo seguiría siendo porque yo lo amaba. Por eso acepté ser su esposa. Creí que cambiaría, aunque sabía, en lo más

profundo de mi corazón, que jamás sería suficiente para él.

Siempre tendría algún motivo para criticarme, golpearme o hacerme sentir inferior. De forma dura, también aceptaba que todo eso era mi culpa. En parte, fue por eso que rechacé la ayuda que venía en camino uno de esos días.

Recomendada por mi ex—fisioterapeuta, un pequeño grupo de personas —que pasaban por experiencias similares— vino a visitarme. Todos ellos, excepto uno que ya caminaba, usaban silla de ruedas especiales. Cada uno comenzó igual que yo, con la posibilidad de que la rehabilitación no les funcionara del todo. Cada uno ignoró esa declaración y encontraron fuerza, apoyo y energía para seguirlo intentando.

Ahora se dedicaban a compartir su propia experiencia para tratar de motivar a otras personas que pasaban por lo mismo, haciéndoles ver que los límites son mentales y no del cuerpo.

—El cuerpo hace lo que la mente le ordena —me dijo el hombre que ahora caminaba sólo con ayuda de un par de muletas.

Cada uno compartió su experiencia y me explicaron, a grandes rasgos, cómo fue su proceso desde el accidente. Todos congeniaban en una idea: se necesita fuerza de voluntad para no rendirte. El apoyo de la familia también era importante, dijeron. Pero no tan importante como el creer en uno mismo.

—Sé que esa es la silla que has tenido hasta el momento, Lillian, pero necesitas cambiarla por esta. Es diferente y muy especial.

Luis colocó frente a mi rostro una fotografía a color de la silla que se suponía yo debería adquirir. Y siguió explicando sus ventajas, una a una.

—Al principio será difícil, no voy a mentirte. Pero te verás obligada a intentar movimientos con tu cuerpo y eso marca la diferencia. En esa silla que usas ahora, eso no pasa. Todos tus músculos se encuentran relajados, sin necesidad de moverte. No tienes que hacer el mínimo esfuerzo. Si no los obligas a que salgan de ese letargo, ellos no lo harán por sí mismos.

—El camino es largo, señora —agregó otro miembro del grupo—. Yo he llorado muchísimas veces de cansancio, dolor y desesperación. Sin paciencia, te vuelves loco. Pero le voy a decir algo más importante: he llorado muchas más veces de felicidad, al ver los logros que consigo. Cuando veo los movimientos que mi cuerpo está dispuesto a hacer, sé que el camino ha valido la pena. Cada lágrima vale más que el oro, para mí. Me recuerdan que no me rendí, que lo hice por mí y los míos. Por todos a los que amo, incluyendo a los doctores y enfermeras, o cada persona que tuvo que ver con mi recuperación. El esfuerzo nos trae una recompensa mayor que sólo movernos. Nos enseña que somos capaces de lo que queremos.

Después de una tarde agradable para todos, excepto para mi esposo que se fue al bar por el aburrimiento que sentía, las palabras de aliento y las emociones expectantes de lo que pudiera pasar inundaban mi casa. Cada uno de ellos fue amable y sincero con lo que vivieron, con lo que sentían desde que la silla de ruedas se volvió su compañera fiel.

—Volveremos la próxima semana a la misma hora, si estás de acuerdo —dijo Luis—. Piensa en todo lo que hablamos y en todo lo que eres capaz de hacer. Eres una mujer muy fuerte, de eso que no te quepa duda. Si decides cambiar la silla, te podemos ayudar con una parte del dinero. Para eso hacemos estas actividades también. No sólo tratamos de motivar a las personas para que desarrollen su potencial. También organizamos actividades para poder recaudar fondos que les brinden una ayuda significativa.

El aire de positivismo que quedó en la atmósfera de mi hogar se volvió pesado y etílico cuando Adriel regresó. Borrando cada rastro de esperanza en sus palabras me abofeteó un par de

veces antes de comenzar a hablar. Odiaba las visitas que no fueran para él.

—Eres una tonta —dijo con dificultad, pues su lengua se enredaba en sí misma—. Una silla nueva. ¡Es carísima! Y después, ¿qué? ¿Van a venir ellos a hacerte los ejercicios de rehabilitación todos los días? Porque yo tengo que trabajar y lo sabes. Aquí la única vaga eres tú, que pasas todo el día sentada sin hacer nada. ¡Hasta el culo hay que limpiarte! ¡Qué descaro! Ni que el trabajo me diera para hacer millones. Ya sabes que el trabajo con el taxi es muy duro y no gano lo suficiente. Esos maricones de seguro tienen familias ricas que les dan todo lo que ocupen. Pero a mí nadie me da nada, ¡nadie! Mucho menos tú, ahí postrada de inútil. Nunca has tenido fuerzas para nada, ahora peor. No vas a ser capaz de lograr mover ni un dedo. Y entonces la silla habrá sido un desperdicio. ¿O la ponemos de taxi también?

Una estridente carcajada salió de su boca, acompañada con lluvia de saliva. Adriel tuvo que sentarse y sostenerse el estómago. Ni siquiera podía hablar pensando en su gran chiste.

—¿Te imaginas? —dijo en ese tono burlón que usaba para dirigirse a su esposa—. ¿Puedes pensar en lo ridícula que te verías? Claro, tendríamos que ponerle un motor a la silla, porque de otro modo, nadie llegaría a tiempo. Tal vez un pito también sería necesario. Así avisas cuando el taxi llega. Puede que te paguen más por lástima, o menos porque los pasajeros tendrían que ir incómodos en tu regazo. ¡Con lo que apestas!

Su risa invadía la casa. La enfriaba más junto con su aliento a alcohol. Las babas resbalaban por su barbilla. No podía controlar sus carcajadas burlistas.

—Tú dirías: “Señor, ya llegamos, por favor despiértese”. Y el cliente no sabría dónde poner el dinero. Tal vez puedas abrir esa boca grande que tienes y usarla de gaveta para almacenar los pagos. No te preocupes, mi amor. Te colgaré un rótulo que diga: “Por favor, deposite aquí”.

Con dificultad se le entendía lo que hablaba. Seguía balbuceando incoherencias, pero su borrachera y la risa incesante hacían que no pudiera articular bien. Sentí cómo sus lágrimas se mezclaban con las mías sin que él siquiera lo notara. Logró quebrarme una vez más el trozo de dolor que tenía yo por corazón.

Supe que Adriel no me ayudaría con la rehabilitación nunca. No movería un dedo, ni daría una sola moneda para que algo sucediera. Y me culpé, de nuevo, con toda la dureza del mundo. Estaba enfadada con él por tratarme así, pero sentí que lo merecía. Pensaba, con más seguridad que siempre, que era mi culpa, como todo lo había sido desde el comienzo.

La posibilidad de que mi tratamiento fracasara, se hizo una realidad ante mis ojos. No sólo por la parte económica o la falta de apoyo de mi esposo. Ahora no sentía ni una pizca de fuerzas, o energía o emoción que me hicieran pensar que lo lograría. Todo lo contrario. Sabía que no serviría de nada. Lo mejor sería dedicar el dinero a que mis hijos siguieran adelante. Pero el temor a no poder ayudarlos jamás me abandonaría. ¿Cómo seguir adelante ahora, después de todo lo que me seguía sucediendo?

La semana siguiente no hubo reunión. Agradecí que no me pidieran explicaciones de ningún tipo, porque no habría sabido qué decir. Hice que mi madre avisara por teléfono. Era incapaz de ver a nadie directo a los ojos. Esperaba que la sonrisa en mis labios disimulara un poco lo que gritaba en mis adentros.

3

—¿Por qué lo piensas tanto? Sólo dime qué te parece la idea. Yo creo que es genial. De hecho, es perfecta. Te encanta viajar, todo va a ser más fácil para los cinco, porque habrá más espacio. ¡La diversión nos aguarda! Vamos a ser una familia muy feliz. De eso estoy seguro.

Los ojos de Adriel reflejaban el brillo en los míos. Me había convencido. Estaba tan impactada por la idea que no podía articular palabra. Sólo pude asentir levemente con la cabeza y mi esposo se puso a bailar como loco.

Esta idea la tuvo hace muchos días, pero hasta ahora me la contaba, según me dijo. Sentí que trataba de apoyarme a su manera. Para él, el accidente también fue un cambio dramático. No quería ser una esposa egoísta y dejar de pensar en lo duro que podía ser para Adriel todo lo que ahora tenemos encima, como una realidad palpable y difícil de sobrellevar.

No puedo decir que algunas veces dudaba de su amor, porque él no sabía comportarse. Pero en la mayoría de los casos, mi corazón me indicaba que su amor por mí seguía intacto, en algún lugar recóndito, pero existía.

Adriel estaba —la mayoría del tiempo— de muy mal humor. Hasta ahora yo comprendía por qué. Al principio creí que era sólo por lo del accidente y la carga de trabajo extra que yo significaba, pero resulta que también estaba el hecho de que no podíamos ir a pasear juntos. El carro taxi de mi esposo no era apropiado para alguien en “mi condición”. El espacio no era suficiente para mí, la silla y los chicos.

Ahora, con la idea que acababa de explicarme, todo podía cambiar. Hipotecar el terreno donde vivíamos, junto con la casa —por supuesto—, significaba tener acceso a un préstamo cuantioso de dinero. Así, podríamos comprar un auto ideal, de gran tamaño, para que la silla de ruedas no fuera un problema. Podríamos ir a pasear todos juntos de nuevo.

—Así podemos ir a todas partes. ¿Qué piensas?

Las palabras de mi esposo seguían retumbando en mis oídos. Era lo más maravilloso que había escuchado en muchos meses. Por fin, salir de nuevo. Regresar a mi amada Guanacaste. No era su culpa lo de mis accidentes. Mi lugar favorito en el mundo no tenía nada que ver en ello.

—Tendré que hablar con papá —dije, cuando al fin pude responder—. El terreno está a nombre de Manolo y para hablar con el banco tiene que ir el dueño. Supongo que podrá acompañarnos para que hagan el préstamo a su nombre.

—No seas tontita —dijo, tomando mi cara entre sus manos y plantándome un beso en la frente—. Lo más fácil es que ponga el terreno a nombre mío. Así yo seré quien haga el préstamo. No queremos ponerle más problemas a tu papá y sabes que tu hermano me odia. Yo voy a ser el responsable del préstamo. Si algo pasa, me haré cargo. No debemos dar más trabajo de la cuenta al abuelo Chico. Él ya hace demasiado por ti.

—Por nosotros...

—Sí, eso quise decir. Siempre ha velado por nosotros. Debemos agradecerle y no ponerle un peso mayor encima. Habla con él mañana mismo. Entre más rápido tengamos el auto nuevo, mejor.

—Y... —las palabras que venían a mi mente formaban primero un remolino, antes de salir. No sabía cómo iba a reaccionar Adriel. Esos temas debía tratarlos con cuidado, porque su respuesta dependía de su humor y de lo que tuviera en mente en ese instante—. ¿Cómo será lo de los pagos? Me preocupa un poco. Si estamos rezagados siempre con las demás cosas. No quisiera tener atrasos con el banco.

La mirada de mi marido, justo en ese instante, era indescifrable. Teníamos todos esos años de casados y yo no podía adivinar qué pasaba por su mente. Siempre fue un misterio para mí, porque era hábil ocultándome sus pensamientos. Los disfrazaba con agilidad.

Acercó su silla lo más que pudo a la mía y me miró directo a los ojos antes de hablar. Recuerdo la sinceridad con que hablaba Adriel. Toda su vida fue tan bueno mintiendo que podía decirse que su honestidad era pura. Incluso daba la impresión de que él mismo creía las palabras que salían de su boca. Así de fácil engaña la gente que desarrolla esa habilidad. Y mi esposo lo hacía desde antes de conocernos. El tiempo le concedía el beneficio de la experiencia. Yo continuaba creyendo en él.

—Lo que no has pensado es que tendremos dos carros. Significa dos formas de que entre la plata en nuestros bolsillos. Además, yo manejaría el nuevo, así tengo todo el tiempo del mundo para estar aquí cuando quieras o cuando vayamos de paseo y el otro carro lo puedo alquilar todo el día. Yo tengo que trabajar menos horas, pero sigo ganando igual cantidad de dinero. ¿Eso te parece suficiente para el banco?

—Yo... yo no sé en realidad cuánto dinero es...

Y era cierto. La verdad es que yo no tenía idea de los montos de las deudas que tenía Adriel o de cuánto costaba un auto nuevo, o cuánto dinero ganaba con el taxi ni cuánto dinero podría ganar con el carro que ahora queríamos comprar para poder pasear todos juntos.

—Entonces —dijo él—, ¿para qué mierdas te pones a preguntar cosas que no entiendes?

Se levantó de la silla al tiempo que tiraba de su corto, oscuro y rizado cabello con ambas manos. Luego las bajó hasta sujetarse el rostro y las colocó en su espalda, mientras respiraba con profundidad. Supuse que hacía su mejor esfuerzo por no explotar en furia, como solía suceder. Debía ser un trabajo agotador actuar como alguien que no era en realidad.

—Lilli —dijo, con su rostro muy serio—, sé que nunca has sido muy lista. Eso lo tuve claro desde que nos conocimos, pero trata de entender esta vez. Tenemos esta gran propiedad que vale mucho dinero. Es tuya, no es de tu hermano, pero ocupo que él acceda a ponerla a mi nombre para que podamos hacer el préstamo. Tendremos dos carros, mujer. ¡Por amor a Dios, trata de entender! Con dos carros todo será muy fácil y no tendremos problemas para pagarle a nadie. No hablo sólo del banco. Me refiero a que todo estará bien. Y, para cerrar con broche de oro, tendremos más tiempo libre para poder pasear juntos, como familia. Te llevaré a todas partes, Li. No habrá excusas con la silla de ruedas. No importa que sea grande y estorbosa. En el carro nuevo va a caber súper fácil. Mañana hablas con tu papá para que le ordene a tu hermano entregarnos la propiedad como es debido. Yo iré a hablar con el abogado para que vaya haciendo los documentos. ¿Qué piensas ahora? En un par de semanas vamos a estar otra vez camino a Guanacaste, ¡sin arruinarlo esta vez!

* * *

—Ni se te ocurra ponerla a nombre de Lillian —dijo mi madre imponente, mirando con dureza los ojos de Manolo y luego los míos.

El positivismo con que yo traía las buenas noticias se hacía trizas cada vez más pequeñas. No daba crédito a lo que mis oídos estaban escuchando.

—Pero ¿por qué no? La propiedad es mía, de todos modos.

—Entonces, ¿lo que quieres es perderla?

Las manos de mi madre se abrían al cielo, como suplicando a Dios que la llenara con algo más que paciencia. No aceptaba lo que yo pedía. Mis ojos, en cambio, era lo que yo podía mover. Los puse en blanco girando la mirada, como hacía desde que fui una niña, cuando me parecía que los demás se comportaban de manera insensata.

—No la vamos a perder, mamá. Vamos a poner a trabajar los dos carros. Con este auto nuevo todo se va a poder pagar sin problemas y Adriel me va a poder llevar a...

—Sí, sí, sí. A todas partes, según tú —dijo, interrumpiendo mi recurrente explicación. Si con un solo carro Adriel no paga ninguna deuda, mucho menos con dos, cuando el mismo auto será del banco hasta que lo cancelen. Es que eres una jupota, Lillian. No sé si eres ciega también, o finges que no te das cuenta. Tu esposo no va a pagar ese préstamo, como ha hecho con todos los demás. El problema será que ahora, además de quedarte sin carro, te quedarás sin casa ni terreno. ¿A dónde crees que irán a vivir tú y tus hijos si los sacan de ahí? Tu esposo jamás se ha encargado de ellos, mucho menos de ti. Eso no va a cambiar de repente. Ahora tampoco lo hará. Sacará el préstamo y se largará sin pagar un centavo. No vas a perder ese terreno, que es lo único que tienes, por un vulgar carro.

A la retahíla de mi madre se le unió el enojo de papá, que siguió con su regaño también. Luego faltaba Manolo. Éste seguiría hablando de lo mismo por años y años. Al menos, con mis padres, cuando un asunto quedaba zanjado, no se volvía a escuchar sobre eso. Pero con mi hermano, la historia siempre fue diferente.

Yo no entendía lo que pasaba. Todo era simple, sencillo. Mis padres y mi hermano lo complicaban de mil maneras. El motivo, desde el principio, era dejar en mal a Adriel. No lo querían, eso seguiría igual. Pero por su desagrado hacia mi esposo, la oportunidad de mi vida se estaba extinguiendo.

Estaba muy molesta con mis padres, pero mucho más incluso con Manolo. Todas las cosas que me decía y cómo actuaba me provocaban gastritis. Dejé la casa furiosa. Mientras Mercedes empujaba la silla, yo no lograba sacar ni palabras ni lágrimas. Mi hija se preocupaba de verme por completo roja y apretando los dientes, pero no podía explicarle nada en ese momento. Sólo quería que me sacara de ese lugar y me llevara a casa. Para mí, era imposible que no entendieran el daño que me estaban provocando entre todos. Sólo Adriel quería que yo pudiera tener los viajes que añoraba. El resto de mi familia lo estaba arruinando todo.

Estando en casa, cuando la mente se me comenzó a enfriar, el enojo dio paso a un sentimiento de preocupación. Ocurría en mí cada vez que algo importante para Adriel daba un giro inesperado o no seguía la secuencia deseada. Justo como ahora. ¿Cómo iba a reaccionar mi esposo cuando le explicara lo sucedido?

Es así que los humanos nos alocamos. Siempre adelantando el reloj y haciendo suposiciones de situaciones que desconocemos. Tememos a lo que no ha pasado y la mayoría de nuestros miedos nunca se vuelven realidad. El futuro me reparaba una sorpresa esta vez.

Después de una breve, pero completa explicación —de hecho, la mejor que pude dar, dado la situación que yo catalogaba como “precaria”—, Adriel no se inmutó. No entendía qué pasaba, la verdad, porque el aroma etílico rondaba el ambiente como era usual en mi casa, así que yo esperaba, como mínimo, que me gritara en la cara. Pero nada de eso sucedió.

—Yo soy el hombre de esta casa, Lillian. Yo me haré cargo. Sabes que siempre que lo intentas tú, todo sale mal. Nada más mírate en un espejo. Tú misma eres la prueba de que no miento—. Sonrió con maldad. No podía evitar regocijarse en sus palabras—. Hoy hablé con el abogaducho aquél que me ayudó con lo del taxi. Ya hizo los papeles. Le ordené que se los lleve a tu hermano para que los firme. Es lo único que falta. Para mañana a esta hora, todo estará resuelto. Cambia esa cara deforme que traes, me arruinas la felicidad. Bastante fea eres ya de naturaleza, como para que te hagas peor.

La televisión que encendió Adriel iluminaba la habitación y el sonido del grifo en la cocina, donde Mercedes preparaba algo, apagaba en cierta medida el ruido del partido de fútbol. Yo seguía un poco en trance, entre digerir la buena noticia de que todo se iba a solucionar al otro día y la facilidad de hacerme sentir mal que tenía mi propio esposo. A lo segundo, ya me había acostumbrado, creía yo. Pero en el fondo, seguía doliendo. Me hubiera gustado recibir la noticia entre besos, abrazos o, como mínimo, una palmada en el hombro con palabras de amor. De todos modos, sabía que mi matrimonio nunca había sido así, nunca lo sería, tampoco. Para eso, tendría que cambiar de esposo. Eso jamás pasaría. Nos amábamos, aunque la forma de demostrarlo fuera fría y grosera.

En este punto en el que estoy ahora, todo se ve como algo bueno, natural y fluido. Los dramas humanos pasan a ser parte de nuestro aprendizaje. Sucede que, estando en la Tierra, no podemos ver todo el panorama de una vez. No estamos listos. Pero de eso se trata. Este drama del terreno y el carro fue en mi vida algo difícil con lo que lidiar. Ahora, es algo que aprecio haber vivido.

Resultó que el abogado contratado por Adriel sí encontró a Manolo. Cuando le tendió el papel para que lo firmara, ninguno de los dos sabía de qué hablaba el otro.

Fue claro, para ambos, que mi esposo omitió explicar el detalle de que yo hablé con mi familia y que ellos se negaron a traspasar la propiedad. De todos modos, Adriel habló con el abogado el día anterior, previo a que yo tuviera la discusión con mis padres y con Manolo. Mi hermano no sabía sobre el abogado y el abogado no sabía que, de no haber sido engañado también por su cliente, Manolo le habría propinado una golpiza en el acto.

El abogado se disculpó lo mejor que pudo y se retiró, no antes sin escuchar las claras advertencias de que no volviera a presentarse jamás con semejantes documentos. Nadie vendería, traspasaría o hipotecaría ese terreno mientras estuviera a nombre de Manolo. Tanto el abuelo Chico como la abuela Flor habían, además, dicho a su hijo que la propiedad sólo la traspasara a sus sobrinos cuando los tres llegaran a la mayoría de edad. Así se haría, para suerte nuestra. Aunque, en ese momento, yo lo veía como una burla para mí y mi esposo.

Adriel despotricó como loco durante varias semanas, después de que el abogado le dijo que no podía mentir en temas tan serios y que le tenía que pagar de igual manera por sus servicios. Dijo todo lo que pudo sobre Manolo, sobre mis padres, sobre el abogado. Conforme pasaban los días, los olvidó a ellos y dirigió toda su ira hacia mí.

Cuando mis pequeños estaban en la escuela, y mi amiga y vecina, Tina, no estaba cumpliendo con el horario especial para ayudarme —por el que mis padres, Petunia y Solángel le pagaban—, Adriel aprovechaba para llegar a la casa y comenzar parte de su venganza hacia mí, que se convertiría en algo ordinario con el tiempo.

—Lillian, te presento a María. Es una amiga mía. Sólo quiero que sepas que estaremos en el cuarto, por si necesitas algo. Nada más llamas y listo —me decía, guiñando un ojo para completar su maldad.

Semana tras semana, a veces incluso por varios días, Adriel traía a sus amigas especiales, con

las que tenía sexo en nuestra habitación mientras me dejaba a mí en el cuarto de los chicos o en la sala, frente a la ventana. Ni siquiera se preocupaba por encender el televisor o poner música para aplacar un poco los gemidos explícitos que salían del lecho matrimonial. Casi parecía que disfrutaba hacer excesivo el ruido con toda la intención. Y viviendo aún en una casa sin cielorraso, no había forma de ocultar la acción.

Nadie me miraba en aquellos instantes, así que podía llorar con tranquilidad. Derramaba todas las lágrimas que acumulaba durante días, o semanas, por todas las injusticias ingratas que la vida me estaba jugando. Yo no me rendiría, pero el corazón humano tiene sus límites y mi capacidad de demostrar fortaleza o felicidad también tenía su punto de quiebre.

De todas maneras, en aquellas ocasiones, podía haber llorado desconsolada, gritando a lo que me dieran los pulmones, que las palabras lascivas y los gemidos de placer —fingidos o no, pues dependía si había pagos de por medio— sonarían siempre más alto que mi llanto y mi voz. Nadie correría hacia mí, nadie habría preguntado qué me pasaba. Sólo estaba mi esposo con sus amantes y él sabía la respuesta en esos momentos. La causa de mi dolor era Adriel, pero sabía girar su culpa y hacerla mi responsabilidad. Después de todo, yo era la que estaba en silla de ruedas, tetrapléjica, sin poder cumplir con mis deberes de esposa.

4

El paso del tiempo puede crear tal monotonía en nuestras vidas que la vemos como parte normal de lo cotidiano. Mis hijos se acostumbraban a ser los cuidadores de su madre y se volvían cada vez más fuertes, más independientes y más dedicados. Aprendimos juntos, paso a paso, la forma más eficiente —o menos difícil— de lidiar con mi estado.

Mi condición no era sencilla de llevar. Al estar siempre sentada en una misma posición en la silla de ruedas, los pulmones jamás recuperaron su estado de salud natural. Comencé a padecer de constantes problemas respiratorios. Las idas y venidas al hospital se daban cada ciertos meses. No podía toser bien ni sacar las flemas que me causaban ahogamientos. Los demás tuvieron que ingeniárselas para inclinarme y golpear mi espalda, hasta que esos desagradables gargajos saltaban libres a los brazos de mi cuidador quien, delicadamente, los abrigaba en papel desechable para enviarlos a su fin.

Mi silla se volvió parte imperdible en la comunidad. En la iglesia, en las calles o en la plaza del pueblo, quien la viera reconocía de inmediato a su ocupante. Toda mi familia se acostumbró a mi nueva vida. Mis padres y hermanos, todos mis sobrinos y amigos, cada uno compartía un poco de su vida a mi lado, ya fuera los domingos para almorzar en casa de mis padres —después de la celebración religiosa—, o en las actividades especiales que los cumpleaños, navidades o fin de año ameritan en cada hogar.

Pero mi hogar no era especialmente agradable cuando mi esposo estaba allí. El trato que me diera desde que nos conocimos no hizo más que agravarse por mi situación actual. Adriel no cuidaba a nuestros hijos, mucho menos a mí. Comenzaba a dudar de su amor, pero seguía siendo mi esposo. Sus aventuras y sus golpes a mi cuerpo —y los más graves a mi espíritu—, sumado a su incompetencia para cuidar del hogar, harían que pronto mi deseo de estar a su lado comenzara a mermar.

Este día, cuyo recuerdo jamás nadie podría olvidar, él estaba obstinado de lidiar con una “carga inútil”, como describía a su esposa.

—¡Feliz aniversario, querida esposa! —su acostumbrado aliento etílico abrasó mi cara.

—Hoy no es nuestro aniversario, Adriel —lo miré con extrañeza por su comentario. Aunque hubiera sido ese día, él jamás recordaría nuestra fecha de bodas.

—Tina, puedes irte. Yo voy a cuidar a mi bella esposa esta tarde.

Mi querida Tina me acompañaba casi todos los días. Después del accidente, ella quedó muy dolida al ver cómo yo fui la única que recibió todas las consecuencias brutales, además de la pobre vaca, que tuvieron que sacrificar.

Solíamos hablar y, de vez en cuando que salía el tema, yo hacía mi mejor esfuerzo para tranquilizarla. Quería que se sintiera mejor en lugar de culpable, porque ella —ni nadie más que yo— habría podido evitarlo. Pero a Tina le costó mucho superar el hecho de que los demás tuvieran solo rasguños. Yo daba gracias por eso. No habría podido perdonarme que algo grave hubiera sucedido a mis hijos o a ella.

Tina me miró, buscando una respuesta. Sin mi aprobación, ella no se habría movido de mi lado. No tenía miedo de Adriel, a diferencia de mí. Tampoco era yo tan absurda de ver que podía hacerle daño y no hacer nada al respecto. Cuando un alcohólico está de mal humor, lo mejor siempre es evitarlo. Sin embargo, yo vivía ahí, él era mi esposo y tampoco podía alejarme sin ayuda de alguien más.

—Anda tranquila —le dije—. Nos vemos mañana, si te parece.

Nos despedimos con toda normalidad, pero los ojos de mi amiga brillaban inquisitivos. Sospechaba algo. Me conocía demasiado bien, igual que el estado de mi matrimonio. Era tan cercana a mí como mi prima Celeste. En ellas dos confiaba yo mi vida y la de mis hijos. Ambas eran las personas con las que más compartía. Estaban todo el tiempo pendientes de mí y de los chicos.

—¿Te crees muy listilla? ¿O nada más quieres dejarme en ridículo frente a tu amiga?

—¿Ahora de qué estás hablando, Adriel? —pregunté. Mis palabras eran más cansinas que retadoras, pero él las modificaba a su beneficio según el humor del día.

—Hoy hace cuatro años exactos que decidiste quedarte en esa porquería de silla y hacerme la vida imposible. ¡Qué lindos recuerdos! O te estás haciendo la importante conmigo o de verdad estás tan mal que te falla la memoria. Porque a mí, éstas —dijo señalando sus brotes de pelo blanco— no me quitan la inteligencia. Pero veo que a ti sí.

Comenzaba a comprender lo que quería decir. Su mirada insensible de ojos enrojecidos por el alcohol no mostraban el mínimo cariño ese día. No tenía esa fecha como una que quisiera recordar, pero Adriel tenía razón. Yo cumplía cuatro años de haberme accidentado y él cuatro de estar culpándome por ello. Cuatro duros años de aprender a vivir sin poder mover ni un dedo, dependiendo en todo de cualquier persona que pudiera tenderme una mano.

¡Cómo extrañaba el simple hecho de poder caminar! Recordaba con nostalgia cómo mis hermosas piernas podían llevarme a donde les ordenara. Escapaba de Adriel, de la rutina, de obligaciones aburridas. Cuando era niña escapaba de los quehaceres domésticos y los regaños de mi madre. Cuando era joven huía de las responsabilidades y los castigos de mis padres. Cuando me casé, camuflaba lo que consideraba deficiente en mi vida con los soñados viajes a Guanacaste. Ahora, la única forma de salir de donde estaba era en mi mente. Debía abandonar mi propio cuerpo y volar con la imaginación para poder moverme de esa silla, eterna compañía para mí.

En este momento, sin embargo, eso no me serviría de mucho. Mi esposo estaba borracho, molesto y agresivo. Se acercó a mí casi gruñendo, haciendo el gesto de un oso defendiendo su posición.

—Quiero que sepas que estoy bastante harto de esta situación —dijo sin rodeos—. Estoy harto de ti, en realidad. No me sirves para nada. Sólo eres una molestia, una carga, una inútil. Tal vez todo sería más fácil si decidieras dejarnos libres. Todos seríamos más felices. ¿Qué te parece? ¿Harías eso por mí? Sería un regalo porque de esa manera me vas a demostrar que me amas. Si no puedes hacer nada más, al menos ten la decencia de no estorbar.

No podía responderle porque las palabras no salían de mi garganta. Una mezcla de horror e incredulidad se apoderaron de mí. Su mirada, sus palabras, todo él expelían desprecio en un nivel extremo. Tal vez desconocido para mí hasta ahora.

Sin esperar respuesta, giró mi silla en dirección al cuarto de baño.

—Adriel, ¿qué estás haciendo? —pregunté, tratando de recuperarme un poco.

—Algo que debí hacer hace varios años, “mi amor” —acentuó con sarcasmo brutal estas últimas palabras—. Te voy a ayudar a que estés mejor. Los cinco estaremos mejor, ya lo verás. Tal

vez todo termine rápido, si colaboras. Podrías tratar de, por lo menos esta vez, hacer que las cosas sean fáciles para los demás y dejar de pensar en que el mundo entero tiene que estarte cuidando. Sólo colabora, esposa mía.

La silla chirriaba conforme nos acercábamos a la ducha, como llorando un lamento que era entendible para ella y para mí. Para nadie más. Un sollozo tétrico que me recordaba cada segundo vivido en todos esos años, con tanto dolor y dificultades, al lado de un hombre que yo seguía amando todavía, pero que él estaba a punto de asesinarme.

El eco del silencio era el único testigo que presenciaba lo inevitable de esa escena. Yo estaba impotente, nada podía hacer, aunque lo deseara. Ni siquiera gritar, porque el horror me asfixiaba con bravura, cerrando mi garganta ante cualquier posibilidad de emitir un ruido de auxilio.

Mi esposo acercó la silla de ruedas lo más que pudo a la ducha. Sin ningún cuidado o consideración, me tiró en el frío suelo de cemento. Mi pesado cuerpo cayó con un sonido hueco que, en circunstancias diferentes, me habrían causado dolor. Una de las terribles ventajas de no tener sensibilidad en casi todo tu cuerpo es que, prácticamente, nada te duele.

Una prenda tras otra fue arrancada de mi cuerpo, sin delicadeza, hasta dejarme casi desnuda. Mis súplicas eran sordos sonidos ante la decisión de mi esposo. El mismo resultado habría obtenido si decidía hablarle así a las paredes. Las palabras rebotaban con dolorosa velocidad en los sordos oídos de mi esposo, mientras él seguía con su mirada segura y pacífica. Nada en el mundo lo habría hecho cambiar de opinión.

Encendió con lentitud un cigarrillo. El humo ascendía misterioso, casi como un fantasma. Y, mientras yacía yo en el húmedo suelo a los pies de Adriel, sus formas de espanto lanzaban gritos sordos desde su capucha cenicienta.

—Cuando vuelva —dijo, aspirando con fuerza una nueva bocanada de tabaco barato— más vale que te hayas ido.

Abrió el chorro del agua en la temperatura más fría para que cayera sobre su inútil esposa. Dio media vuelta, sin el menor problema y, sujetando la manija metálica, volteó a verme para añadir:

—Supongo que entiendes a lo que me refiero, “mi amor” —y me guiñó un ojo antes de cerrar de un golpe la puerta del baño. Jamás miró atrás.

* * *

“No quiero ir al hospital”, pensaba. Pero ni siquiera eso podía pronunciar. Estaba casi congelada. Mis labios, morados por el frío excesivo, no hacían más que temblar sin control. Mientras me subían a la ambulancia, escuchaba a Tina hablando con mis padres.

—Me pareció muy extraño desde el principio —hablaba refiriéndose a la escena que presenciara antes—. Jamás quiere quedarse acompañándola y, mucho menos, cuando está así de borracho. Pero esto es el colmo, no me lo esperaba.

—Gracias a Dios te quedaste cerca, Tina. ¿Qué habría pasado entonces si nadie llega a tiempo? No quiero ni pensarlo. Ese canalla las va a pagar bien caro esta vez.

La conversación giraba en torno a Adriel. Al parecer, cuando me dejó bajo el chorro de agua fría, simplemente se fue de la casa, con toda la tranquilidad de alguien que no tiene ningún pendiente. Sólo me dejó allí, esperando que el frío pudiera más que mi cuerpo mientras el tiempo pasaba. Supuse que pensaba volver horas después para arreglar la escena como más pensara conveniente en ese momento. Si es que lograba pensar con ese grado de alcohol en la sangre.

Mis padres y hermanos estaban furiosos con Adriel. Yo lo conocía demasiado bien como para saber que iba a tratar de negarlo todo, buscando una excusa. Lo más probable era que aludiera a no recordar nada por estar ebrio. Sería muy inocente de mi parte no creer que prefiriera ser visto como un borracho antes que como un asesino.

De alguna manera, mi esposo se enteró de lo que ocurría y no volvió a aparecer por algunas semanas. Tampoco era que lo estuviera buscando la policía, ni nada por el estilo. Una vez más, la denuncia —para ser válida— tenía que ser impuesta por mí. De nuevo me negué a hacerlo. Esta vez era por los chicos, o al menos eso pensaba para mis adentros. ¿Cómo puede crecer un niño de la mejor manera si se da cuenta que su padre intentó matar a su madre? No quería que atravesaran un trauma así en sus vidas. No señor. Tampoco deseaba una paliza para mí, pero, la siguiente vez que nos viéramos, tendría que escucharme. Lo quisiera o no, me daría explicaciones mirándome a los ojos. En esta ocasión estaba dispuesta a pedir ayuda, con tal de enfrentarlo.

5

Mi recuerdo de ese día recurre a la palabra paz. Mientras el viento acariciaba con suavidad mi rostro, el árbol de mango —en cuya sombra nos guarecíamos Manolo y yo— se mecía con delicadeza, hundiéndonos en un suspiro de tranquilidad absoluta, gracias al sonido de las hojas verdes y al dulce olor a madurez que desprendían los frutos.

—Gracias a Dios, Manolo, que la propiedad estaba a tu nombre. Imagina lo poco que a ese desgraciado le hubiera importado dejarnos en la calle. ¿Y qué habría podido hacer yo en ese caso? ¡Nada! ¡Ni papa! Los chiquillos estarían sin nada en este momento.

—Así es, Lillian. Yo te dije que esa basura no valía un cinco. Pero lo que importa es lo que tienen ahora. Están seguros y nadie les puede arrebatar nada de la herencia.

Ambos asentimos a la vez. Ninguno se disculpó de forma abierta, sería innecesario. Entendíamos lo que sentimos en ese momento y eso era lo importante. Era suficiente.

Después de pasar un par de días en el hospital, mi recuperación fue casi total. “Un éxito, excepto por esa horrible tos”, me dijo uno de los doctores. La verdad es que, desde el accidente que me dejó en esta silla de ruedas y metales, mis pulmones nunca volvieron a ser los mismos.

Luego del “incidente” en la ducha, Adriel tardó en regresar a la casa varias semanas. No acepté denunciarlo formalmente —y sé que no fue la primera vez—, pero lo hice pensando en mis hijos. Siempre creí que sería mejor para ellos ahorrarse un poco de drama en sus, ya de por sí, difíciles vidas. Así que no tuve que pensarlo mucho, nunca pensé en hacerlo. Pero estaba segura de querer enfrentarlo, si es que regresaba. Las cosas ya no podían continuar de esa manera. Él no podría seguir actuando como si nada pasara.

Para mi sorpresa, cuando regresó, me ahorró mucho tiempo y palabras. Volvió para intentar restregar sobre mi cara la existencia de su nueva novia. “Una mujer de verdad”, fue como la llamó en todo momento. Recogió sus pertenencias y nos abandonó sin más. Sin explicaciones mayores ni despedidas elaboradas. Sólo se fue. Les dijo a los chicos que los visitaría cuando pudiera, que los llevaría de paseo a Guanacaste. Ellos todavía le tenían fe a su padre, pero no de forma ciega, como pasaba cuando estaban más pequeños. Ahora, en plena juventud y adolescencia, Adriel tenía que hacer un poco más de esfuerzo para ganarse su credibilidad.

Pensar que ayudaría en la manutención de los niños —mucho menos en la mía— habría sido demasiado ingenuo. Tuve bastante tiempo a solas para pensar y darme cuenta de la carga pesada que era mi esposo para toda la familia. Ahora, sin su presencia, abría los ojos y encontraba mi vida más llevadera, más liviana y un poco menos complicada.

Estar de por vida en una silla de ruedas no cambió para nada mi verdadera esencia. No digo que fuera fácil, pero sí aprendí que no sería una persona tan diferente de quien era antes del accidente. Seguía amando viajar y las “pachangas”, como suele llamarse a las fiestas de todo tipo. Amaba reír, disfrutar, comer y —para qué negarlo— tomarme unos buenos tragos para calentarme la sangre. Se ha dicho siempre que el alcohol es medicinal. Pues yo no era quién para contradecir esa creencia. No me fue necesario extrañar eso. Mi familia hacía posible que yo siguiera

disfrutando de esas experiencias.

Mercedes tenía ya diecisiete años, Augusto quince y Micaela trece. Su juventud se vio truncada desde mi accidente. No era la vida que un adolescente esté preparado para llevar, pero fueron tan valientes que aprendieron —poco a poco— a cuidar de mí cada día, con mayor facilidad conforme transcurría el tiempo. Incluso aprenderían (en unos años) a colocarme un catéter que nos facilitara los viajes y las estadías en las fiestas, para no depender de lugares incómodos cuando de cambiar pañales se tratara. Y, te estoy leyendo la mente, la respuesta es sí. También Augusto. Me cuidaría con igual amor que sus dos hermanas, sin preocuparse por ideas sexistas que le impidieran alguna tarea.

Mis hijos fueron, desde su concepción, ángeles guardianes para mí. Y mis padres y hermanos serían ángeles para ellos. Los tres salieron adelante en los estudios —y en la vida, cabe decir— gracias al apoyo económico y emocional que recibíamos del abuelo Chico, la abuela Flor, Solángel y Petunia. Pero todos los tíos los apoyaron en su momento, de una u otra forma. En esta vida, como humanos, cada uno de nosotros posee una perspectiva de las cosas con estilo propio. Eso nos hace perfectamente imperfectos, cuestión necesaria para poder crecer y cambiar.

Desde el punto en que me encuentro ahora, es muy fácil aceptarlo todo, entenderlo todo, amarlo todo. Pero la diferencia es drástica cuando estamos en un cuerpo físico. En normal que esperemos de los demás lo que queremos de nosotros mismos, que pensemos que la felicidad nuestra la obtenemos por causas externas o terceras personas. Olvidamos que nuestra propia felicidad depende sólo de nosotros mismos. Es así como algunas veces llegan el resentimiento o la culpabilidad. Aun así, ahora sé apreciar eso también. Son experiencias que nos elevan al aprendizaje, a la expansión. No deberíamos pensar que el resto de humanos nos tiene que dar justo lo que queremos para ser felices. Primero llega la felicidad, después de eso, todo lo que deseamos.

Para mis niños, gran parte de su vida era alegría. Pero el “tema papá” nunca les daría un agradable sabor de boca. Al menos no la mayor parte del tiempo. Su inesperado abandono no tenía nada que ver con sentirse responsable o preocupado por su actuar para conmigo.

Para Adriel, todo giraba en torno a su nueva novia. Creo que nunca supe su nombre, en realidad tampoco importaba, pero supimos que era de la edad de Mercedes. Es imposible esperar que un hijo no se sienta traicionado y dolido por una noticia así. Por mucho que mis hermanos insistieron, yo no quise demandar que nos diera pensión alimentaria por sus obligaciones de paternidad. Una vez más, ¿de qué serviría, más que para darnos malos ratos y problemas extra? No necesitábamos eso. Mis hijos tenían bastante con lo que ya vivían.

Nuestra escasez de dinero, por tantos años, hizo crecer en ellos el deseo de tener suficiente para vivir sin depender todo el tiempo de otros. Siempre apoyé su creatividad. Así fue como Mercedes y Micaela comenzaron el negocio de los prestifios. Ese delicioso postre, tentación de muchos —abstinencia de pocos—, hizo que crearan un nuevo lazo como compañeras de cocina en pro de las ventas. Ya hacía tiempo que sabían cocinar bastante bien, herencia de la abuela Flor, que siempre preparaba las comidas, festines y peticiones especiales que la escuela de los chicos nos hacía.

El primer fin de semana que decidieron comenzar, el aroma dulce comenzó en casa de la abuela Flor desde temprano. Augusto fue el encargado de esparcir la noticia por todo el pueblo, y estaba encantado con ello. Cualquier extra para sus bolsillos era bienvenida. Cuando volvía con algunos pedidos, las chicas ya tenían listos los paquetes necesarios para suplir esa demanda. Los pocos que sobraron, al final del día, los compraron entre mis hermanos (que nunca tenían

suficiente porque amaban los prestiños). Así fue como se consideró un inicio exitoso.

El segundo fin de semana, los clientes previos esperaban con ansias que les llegara su orden, encargada con antelación a Augusto. La cocina de nuestra casa era ahora el sitio oficial de preparación y mi puesto de trabajo era frente a nuestra casa, con mi inseparable silla de ruedas, donde vendía el producto terminado a todo el que pasaba por allí de casualidad o a quienes venían específicamente a buscar los prestiños de mis niñas. En una canasta estaban las bolsas para que los clientes las tomaran y en una caja, al lado, depositaban el dinero. Me sentí fascinada y útil a mis hijos, todo al mismo tiempo. La felicidad escapaba de mi rostro durante todo el día, y del de mis hijos cuando contaban las ganancias.

El tercer fin de semana tenían tantos encargos de clientes frecuentes y llegaban tantas personas a comprar en mi puesto que el producto se agotaba más rápido de lo que lograba salir de la cocina. Pero lo primero que se acabó no fueron los prestiños, sino la paciencia de las cocineras. Fue así como esa empresa de éxito llegó a su final con igual velocidad a la que nació. Mis hijas decidieron que el dinero ganado no valía la esclavitud de la cocina durante todo un día. Su frustración por “tanto trabajo” dio paso al enojo cuando, en casa de mis padres, ninguno podía dejar de reír al escuchar su decisión.

Días después, la risa dejaría de ser nuestra aliada —una vez más— por un corto periodo de tiempo.

—¡Ojalá que lo metan a la cárcel y lo violen también!

Mi reacción no era exagerada ni fuera de lugar. Las venas se me saltaban con excesiva fuerza y el dolor sentido durante muchos años de matrimonio se transformaba, ahora más que nunca, en rabia difícil de sobrellevar.

Celebrábamos en casa de mi hermana Mirna una de nuestras famosas pachangas, pero a la festividad se agregó esta sazón impropia de cualquier alegría. Recién, esa misma mañana, me dijo Celeste, mi prima del alma que estaba siempre apoyándome, la noticia imperdonable sobre Adriel.

Mi esposo, al que consideré por mucho tiempo el dulce, indisoluble y eterno amor de mi vida, había violado a la sobrina de su novia, con quien compartían el techo. Ahora enfrentaba el cargo de ir a prisión, pero antes tenía que pasar por el juicio. La dulce joven no se atrevió a contar lo sucedido directamente, sino que su mejor amigo lo hizo por ella. Tan mal se sentía por el abuso que estaba ocurriendo desde muchas semanas atrás, que un día, sin más, no pudo contener su desdicha y se sinceró con él. Incluso le pidió que no dijera nada, porque Adriel la tenía bajo amenaza y ella estaba horrorizada. Pero su amigo, fiel y honorable como pocos, hizo de tripas corazón, se envalentonó como nunca y se dispuso a defender a su mejor amiga. No permitiría que siguiera sufriendo por culpa de un inservible como el novio de su tía.

Una noticia así sería imposible de ocultar a mis hijos, al menos por mucho tiempo. Tampoco quería ocultarla del todo. Ellos merecían saber la verdad de quién es su padre y las cosas horribles que hacía. Siempre intenté defender a mis hijos, pero no pensaba defender las abominaciones de Adriel.

Ese fue el punto crucial en que mi cuento de hadas terminó de desbaratarse en cuanto a Adriel se trataba. Pasé tantas penas duras en mi tiempo con él, y aun así pensaba que lo amaría por

siempre. Peor todavía, pensaba que él también me amaba, pero que no sabía cómo demostrarlo. Ahora me enfrentaba a la realidad más real de todas. Era un desgraciado. Nunca me amó, ni amaba a nadie más que a él mismo. Trataba de aprovecharse siempre de todos y de todo. Pero esta última noticia era imperdonable.

Si quedaba algo de amor por él en mi corazón, después de que me enviara por enésima vez al hospital, éste se desvaneció por completo, como una bruma duradera que se disipa con un viento esclarecedor. Del amor al odio hay un paso, como se dice de forma popular.

Ahora quedaba esperar el juicio y el resultado en su contra. Al menos, era lo que yo —y la mayoría de personas— esperábamos que sucediera.

—¡Ojalá que lo metan a la cárcel y lo violen también!

Alberto, el menor de mis hermanos, reía a carcajada limpia.

—¡Pues es lo que se merece! Pero no dejes que te arruine la fiesta. Basta de pensar en ese imbécil y disfruta un poco, por favor.

En definitiva, iba a esperar la sentencia para saber qué les diría a mis hijos, o, mejor dicho, cómo se los diría. No habría forma de quitar el dolor de una noticia así, pero tenían derecho a saberlo. Era parte de la vida que les tocaba vivir.

A mí, me tocaría saber que les causaría dolor a mis hijos, sin quererlo o planearlo. Sumado a una vida de tropiezos, seguía contando visitas al hospital, como sucedió unos días después de que supe sobre la violación continua que practicaba mi esposo sobre una adolescente. Tanta rabia acumulada me cortaba la respiración. Literalmente. Las máquinas respiraban por mí en el hospital, hasta que lograba fortalecerme de nuevo para realizar esa tarea por mis propios medios.

6

No pasó mucho tiempo para que nos llegaran las noticias sobre la decisión final del juez en el caso contra Adriel. Aun así, me pareció un castigo demasiado indulgente para el tipo de acto que cometió contra la joven.

—Al menos tendrá doce años para pensar en lo que hizo.

—Menos —dijo Manolo, sacando chispas por los ojos—. El año carcelario en este país es de sólo diez meses. No es igual que el año regular. Y, si sabe jugar bien las cartas, podrá salir mucho antes por “buen comportamiento” o alguna otra sinvergüenzada así.

Manolo pasó muchos años de su vida trabajando como investigador para el Ministerio de Justicia; sabía de lo que hablaba. Habría presenciado demasiados casos en los que, injustamente, pagaba más la persona agredida que el agresor. En parte, su carácter grosero terminó de moldearse de esa forma por todas y cada una de las duras experiencias que tuvo que vivir en su trabajo. Pero tenía razón, como en la mayoría de los casos en que opinaba sobre algún crimen.

Adriel perdió el poco dinero que tenía y el auto que usaba de taxi para poder pagar al abogado que consideraba tan buen amigo. En realidad, fueron amigos por mucho tiempo, y lo seguirían siendo siempre y cuando mi esposo tuviera con qué pagarle. La cárcel no le sienta bien a nadie, por supuesto, pero (no sé cómo o por qué) a él no le fue tan mal gracias a varios contactos que tenía ahí dentro y que lo recibieron como integrante nuevo de una familia forjada entre órdenes, miedo y sangre.

Al final, mi hermano tuvo razón. Mi esposo cumplió seis años de sentencia. Sólo la mitad del número original por demostrar buen comportamiento. Una vez fuera, regresó por un tiempo a Guanacaste. Su familia no estaba del todo feliz, así que vivía en una de las propiedades que tenían, pero al no poder construir un hogar decente, terminó viviendo en un tugurio. Yo seguía pensando que, las latas que daban forma a su casa y la pobreza en la que estaba sumido en ese momento, seguían sin ser castigo suficiente para el crimen cometido.

La verdad era que a él parecía no importarle mucho nada de lo que ocurría en el mundo ni a su alrededor. No le interesaba saber a quién afectaba con sus actos o si salía lastimado alguien.

Mientras estuvo preso, los chicos comenzaron a visitarlo tanto como podían. Yo no se los negaba. Él era su padre y se habrían enojado conmigo. Ya tenían suficiente con esa experiencia tan difícil de sobrellevar.

Las primeras en terminar con las visitas familiares fueron Mercedes y Micaela. Las exigencias de su padre y la forma grosera en que trataba a los tres, hicieron que se cansaran de soportar esos amargos viajes y la falta de gratitud por parte de Adriel. Augusto, en cambio, seguía teniendo esperanzas de que eso cambiara con el tiempo. Sabía que no debía ser fácil estar encerrado en un sitio así las veinticuatro horas del día los siete días de la semana. Pero al final, cuando se acercaba el momento en que cumpliría los dieciocho años y sería mayor de edad, su padre le dijo que era momento de que consiguiera un trabajo y lo mantuviera.

—Tus hermanas siguen sin mandarme dinero y te dije que me trajeras cigarros. Ya no tengo.

Eso es lo que me da de comer aquí.

—Ellas no tienen por qué enviarte dinero y yo me estoy cansando de esa actitud exigente conmigo. ¿No es suficiente que venga a visitarte? —le dijo su hijo.

Adriel lo miró a la cara, directo a los ojos, con una sonrisa burlona en el rostro.

—¿Y yo para qué quiero que vengas si no me vas a traer nada? No necesito visitas sin sentido. No te atrevas a volver con las manos vacías.

—Creo que ni siquiera me voy a atrever a volver más.

Las miradas cruzadas eran desafiantes entre sí. La tensión ese día fue instantánea desde el minuto en que Augusto entró en ese horrible lugar.

—Ni se te ocurra dejar de traerme cosas. Soy tu padre. Tienes la obligación de obedecerme. La próxima vez, en lugar de andar pretendiendo que eres todo un hombrecito, vienes con más dinero y cigarrillos. ¿Entiendes?

—Es suficiente, papá —dijo Augusto mientras se levantaba de la silla—. Ya no vendré más.

Adriel se levantó en forma agresiva y torció el brazo de su hijo, provocándole soltar un gemido. Un guardia en la distancia lo notó y corrió de inmediato a la escena.

—Si se te ocurre hacer eso —dijo sin pena ni remordimientos— la pagarás caro. Soy tu padre y tengo derecho a que mis hijos me mantengan. Hablaré con un abogado de esos que tenemos gratis por aquí. Haré que les pongan pensión a ustedes tres. Tendrán que darme dinero cada mes, lo quieran o no. Tengo derecho a hacer eso. Ni creas que soy tonto. Aquí me han informado bien.

Soltó a su hijo justo cuando el policía llegaba.

—Tranquilo, oficial —le dijo con su misma risa burlona—. Sólo es una conversación familiar. ¿Cierto, hijo?

Augusto tomó su abrigo y salió sin despedirse. Adriel lo siguió con la mirada, que su hijo nunca cruzó, para luego seguir las órdenes que le daba el oficial. No podía darse el gusto de que lo tacharan por desobediente. Necesitaba su mejor actitud para salir lo más pronto posible de aquel lugar.

Mi hijo llegó con gran frustración a contarnos los planes de su padre. Le preocupaba que cumpliera su palabra. Ellos jamás recibieron ni un cinco por parte de él y éste ahora planeaba quitarles todo el dinero que pudiera. Lo peor de todo era que la “justicia” podía estar de su lado, no del lado de mis hijos. Sólo quedaba esperar y ver cómo se comportaría hasta entonces.

Después de que su salida de la cárcel fuera una realidad, no supimos más de Adriel por un tiempo. Demasiado corto, para mi gusto, pero seguía siendo el padre de mis hijos. En algún momento supe que aparecería otra vez.

Mis constantes ataques seguían empeorando mi salud respiratoria. Más aún cuando algo me preocupaba. Todo se agravaba para mí y para quienes cuidaban que yo estuviera mejor. Como cuando a mi hijo, mi adorado y único hijo, le diagnosticaron cáncer. No podíamos creerlo. Ni yo, ni él, ni sus abuelos o tíos. Fue una noticia dura, repentina e impactante.

—Celeste, de verdad te agradezco que estés aquí con nosotros. No sabes lo que significa —le decía a mi prima.

—Ay, Lillian, es lo menos que puedo hacer. Sabes que siempre que me necesites, aquí voy a estar.

Todo el tiempo respondía de esa manera. Éramos más que primas. Su ayuda, su apoyo incondicional. Al igual que con Tina, estas pruebas nos unían más, incluso más que si fueran hermanas de sangre. Es un lazo espiritual, íntimo, que te hace amar a una persona con cada célula de tu cuerpo y con toda la fuerza del universo.

Pero me dolía, y mucho. Estar postrada en una cama cuando tu hijo sufre en otra por los tratamientos que está recibiendo contra el cáncer, sin poder consolarlo, ni arroparlo o siquiera tomarlo entre tus brazos, es algo muy duro. En lugar de estar cuidándolo yo a él, alguien más tenía que cuidarnos a ambos. Le dedicaba todas las palabras de fortaleza que podía encontrar en mi memoria, pero me dolía el corazón. Para mí, seguía sin ser suficiente.

Ninguna madre quiere ver sufrir a sus hijos. Su dolor se vuelve tuyo. No poder cuidarlo como se debe, se vuelve un castigo para tu alma. Puedes cuestionarte muchas veces tu maternidad, tu valía, tu esfuerzo. Llegas a un punto en que siempre piensas que lo estás haciendo mal, por más que trates de ocultar ese sentimiento. Llorar sólo se vale a solas, en la oscuridad del silencio, cuando la noche camufla tu dolor y las estrellas se dejan ocultar por las nubes, para que tus lágrimas no brillen sobre las mejillas. Nadie debe darse cuenta cuando una madre llora. Ese dolor lo vivimos solas, porque cada madre es la única que entiende las situaciones de su familia. La mía estaba un poco golpeada, pero no iba a permitir que se quebrara, empezando por mí.

Creo que la sensibilidad que vivía dentro de mí, era la forma en que mi cuerpo tenía que expresar la insensibilidad externa a mis sentimientos. Con el pasar de los años puedo decir que gané varios kilos de más... De acuerdo, seré honesta. Gané bastantes kilos de más. Yo no sufría por ello, esa es la verdad. Sufrían mis hijos o quienes me cuidaban, cuando tenían que pasarme de la silla a la cama, carro o cualquier otro lugar que necesitáramos.

Ese esfuerzo extra astillaba columnas vertebrales, rasgando también la fuerza de quien me levantaba, cosa que se reflejaba en mi piel. Si la persona no tenía suficiente impulso al levantarme, corríamos el riesgo de caer ambos o, como en la mayoría de los casos, de salir yo lastimada. Aunque no sé si “lastimada” sea la palabra correcta. Mi piel se cortaba, rasgaba o golpeaba. La evidencia quedaba expuesta de inmediato, pero yo no lo sentía. Muchas veces ni siquiera nos dábamos cuenta hasta ver alguna prenda manchada con sangre o notar el morete al día siguiente. Es indudable que, en esta vida, a todo puedes llegar a acostumbrarte.

Las pequeñas laceraciones en mi cuerpo no fueron nada comparado con el dolor que sufrieron mis pequeños, y todos aquellos a mi alrededor. El orgullo no me permite esconder mi felicidad al saber lo fuerte que llegaron a criarse mis hijos. Su perseverancia por salir adelante sigue a flote cada día de su vida, como lo ha sido desde el momento en que fueron concebidos y decidieron no rendirse dentro de mi vientre. Ya la forma en que tuve que luchar junto a ellos para traerlos al mundo fue un presagio irrefutable de su decisión por plantar cara, luchar y no rendirse ante cualquier problema que la vida estuviera decidida a obsequiarles.

Augusto superó el cáncer, como todo un valiente, junto con varias otras complicaciones que tuvo en diferentes épocas de su vida. Mercedes apoyó con la carga económica familiar desde que terminó el colegio y Micaela dejó de lado su vida regular por mucho tiempo para poder dedicarse a cuidar a su madre. Los tres se enfrentaron a una juventud dura y muy diferente al resto de sus amigos, primos y compañeros. Cualquier persona puede adaptarse a una rutina diferente, eso no le quita lo duro, pero te moldea el carácter para ver la vida con otros ojos, desde ángulos inimaginables si no has vivido alguna situación en particular. Muy peculiar el dicho “ponerse en los zapatos del otro”, aunque no tan realista. Tienes que vivirlo para entenderlo.

Es inevitable, sin embargo, buscar formas de salirte de la realidad y fantasear o disfrutar de otros placeres que te relajen la existencia. Y, tanto yo como mis hermanos, tuvimos un gusto auténtico por calentarnos el cuerpo con bebidas para “mayores de edad”. No te voy a mentir, el alcohol te calienta el cuerpo y la mente a la vez. Puede sacarte de la rutina haciendo que dejes fluir tus problemas con mayor facilidad con cada carcajada que produzcas.

Recuerdo una anécdota particular, cuando celebraba con mis hermanos alguna fiesta, por el motivo que fuera —y créeme que no necesitábamos de alguno en particular para reunirnos a celebrar—. El viento nos estaba helando la sangre. Formábamos un alegre círculo en el patio de la casa de mi hermana Mirna. El rancho que había allí, con ese alto techo que nos permitía continuar aunque lloviera, era un sitio perfecto para albergar a una familia tan grande. Las flores y su dulce olor formaban un complemento armonioso al paisaje, alegrando la vista a los adultos y brindando refugio a niños y mascotas para que jugaran alrededor y sobre el verde zacate que estaba siempre bien recortado. Sin embargo, la falta de paredes obligaba a envolvernos bien en varias capas de ropa abrigada, dado que los festejos solían terminar en las madrugadas.

Disipar las tristezas con un traguito de alcohol, de vez en cuando, no le hace daño a nadie. Mirna y Alberto lo sabían muy bien. Siempre se encargaban de repartirnos la dosis recomendada.

—Me dijeron que este vinito es muy bueno. ¡Y que lo sea!, porque el precio dice que tiene que ser así.

Todos reímos ante el comentario de Alberto.

—Ya dejen de hablar tanto y sirvan de una vez —protestó Solángel, que adoraba esas dosis de calor.

—A mí doble, por favor.

Reímos al comentario de Luis José, pero era casi inevitable hacerlo ante cualquier conversación. La alegría que se generaba entre todos, en esos momentos compartidos, llenaban el aire frío con carcajadas, vaho etílico y felicidad general.

Después de que se llenaran todas las copas, el sonido del vidrio chocando entre sí completó las risas de fondo. Todos saboreaban el delicioso vino de una calidad superior, por lo visto, pero mi copa seguía intacta. Yo los miraba a todos con incredulidad. ¿Acaso se les olvidaba algo? Pues ¡yo, por supuesto! ¿Cómo pensaban que agarrara la copa con mi mano y la saboreara con delicadeza?

—¡Ustedes son unos egoístas! —bramé con el rostro enrojecido—. Todos toman y toman ¡y a mí no me dan nada!

Con las ganas que tenía de entrar en calor, logré realizar con esfuerzo el único movimiento que había conseguido con los años, gracias a la terapia que Micaela practicaba conmigo. Mis hombros me permitieron colocar los tiosos antebrazos alrededor de la copa, que quedó atrapada allí y, de un tirón desde mis hombros y cuello, logré que el fino recipiente de vidrio llegara a mi boca, donde mis hábiles labios la atraparon para beber de un trago todo el contenido que deseaba con tantas ganas.

Los ojos de todos, perplejos y silenciosos, se situaban sobre mí, preocupándose un poco cuando la copa cayó y comencé a toser porque casi logré ahogarme a mí misma con una copa de vino.

—¡Lillian! ¿Estás bien? —Solángel golpeaba mi espalda con fuerza para ayudarme a toser.

—¡Todos to-to-mando y na-die me da-ba! —dije tratando de respirar.

Las carcajadas comenzaron con Alberto, para luego extenderse a todos los que estábamos ahí. Ahora yo seguía tosiendo, pero por reírme también.

Tiempo después, estaríamos recordando esta anécdota desde el hospital. Ya te he contado varias veces que mi situación general de salud no mejoraba, en particular mi sistema respiratorio era el más afectado. Mientras que todos mis órganos se mantenían saludables, mis pulmones colapsaban con frecuencia. La posición que el cuerpo mantenía en mi silla —compañera inseparable de vida—, me hacía imposible respirar con normalidad o fortalecer ese acto tan

esencial y sencillo (para otros, claro está) de inhalar.

—Solángel, hazme un favor.

Le hablaba a mi hermana mientras estaba recostada en esa pulcra cama blanca de hospital que tan bien conocía yo. Ella estaba siempre a mi lado, siempre pendiente. Nunca el mundo habrá de conocer una hermana tan dedicada como mi hermana mayor.

—¿Qué necesitas?

—Tengo sed. Usa el vaso de aluminio para que la enfermera no vea lo que quiero tomar. Ahí en la gaveta está la botella que le pedí a Micaela. Sirve un poco ahora que se fue esa aguafiestas.

—¡Lillian! —me dijo con aprehensión—. ¿Acaso eso es...sirope? ¡Sabes que no puedes tomarlo por el exceso de dulce! No te estás cuidando de la diabetes, ¿cierto?

Su tono pasaba del desconcierto al enojo, pero tratando de que nadie lo notara. Yo me dedicaba a poner los ojos en blanco. ¡Como si no me conociera!

—Solángel, nunca le hice caso a mamá ni a papá. ¿En serio pretendes que empiece ahora a escuchar órdenes de extraños? Ya calla y sírvenme un poco antes de que vuelva la enfermera. Es el cambio de turno y hay que aprovechar. Me lo tomaré rápido, como si fuera vino.

Fue entonces cuando ambas estallamos en carcajadas por el recuerdo de aquella noche, donde la desesperación por complacer mi paladar se hizo tan evidente que pude moverme un poco como jamás antes lo hice, y como nunca más lograría hacerlo. Los recuerdos son motores en nuestras vidas. A veces traemos a la memoria aquellos que no nos sirven de nada, pero cuando revivimos los que nos hicieron reír, todo vale la pena en ese momento de felicidad renovada.

La vida te da momentos hermosos para que puedas recordarlos cuando crees que te estás derrumbando. Es parte del aprendizaje que nos toca como humanos, porque son esos recuerdos los que nos levantan de situaciones dolorosas que nos marcan el corazón, como me pasaría poco tiempo después, cuando Augusto dirigía mi silla hacia la iglesia para la ceremonia del funeral.

Contener las lágrimas sería mucho pedir. Algo imposible, supongo. A veces crees que se te han secado, hasta que pierdes la compañía de una de las personas que más amas.

Celeste enfermó durante un fin de semana. Las complicaciones surgieron muy rápido y, en menos de tres días, nos avisaron que agonizaba. Fue una de las pocas veces en que visitaba el hospital sin que el tratamiento dijera mi nombre. Cuando llegué a verla, empujada por un enfermero, mi prima estaba inconsciente. Fue la primera vez que tuve una idea más real de lo que sentía la familia cuando me visitaban a mí.

Verla tan debilitada, cubierta de cables y tubos, tan empequeñecida de la gran mujer que era, hizo que me sintiera impotente. Sentí una necesidad enorme de poder levantarme de la silla para abrazarla y mecerla entre mis brazos, como cuando mi hijo tuvo el fuerte tratamiento con quimioterapia. Detestaba sentirme inútil, pero me fue imposible detener ese sentimiento justo en ese instante en que mis lágrimas decidieron empapar mi rostro una vez más.

No pudimos despedirnos de la forma en que yo deseaba. No hubo palabras de amor ni consuelo, no hubo miradas cómplices como siempre tuvimos, no hubo abrazos o caricias para hacerle sentir que estaba allí. ¿Cómo podía decirle que la amaba y que estaba a su lado? Las palabras se quedaban cortas y luchaban contra mí para no salir de mi boca. No sé si me escuchó, pero sentía un vacío dentro de cuando el enfermero volvió a empujar mi silla, esta vez alejándome de Celeste para siempre.

El funeral se celebró con una cantidad abrumadora de personas. Familiares y amigos la lloraban por igual. Todo el tiempo fue muy querida, desde pequeña, pero no sé si alguien la extrañaría de la misma forma que lo hacía yo.

Ese año de dos mil tres, yo cumplía una década de compartir mi vida con la silla de ruedas. En todo ese tiempo, el amor y la compañía que me profesó Celeste fueron una roca para mí. Compartimos momentos duros, íntimos y alegres. Sabía casi todo lo que había pasado en mi vida, hasta el momento. Aun así, tampoco logré abrirme con ella por completo para explicarle lo que sentía en lo profundo de mi corazón. Pero su apoyo fue incondicional en todo momento. Nunca pensé que se iría primero que yo.

La extrañaba con tal locura que, tres semanas después de su entierro, cuando olí su perfume por primera vez, creí que se debía a la tristeza que sentía tras su partida. Sin embargo, después de un mes completo de despertar en la oscuridad de mi habitación todas las noches con el aroma de su perfume clavado en el ambiente, supe que Celeste me visitaba adrede. Entendí que trataba de explicarme que seguía conmigo, seguía acompañándome y cuidándome, aunque yo no podía verla. Pero su perfume era imperdible. Ese aroma floral exquisito era una señal infalible de su presencia cuando estaba con vida. Cualquier habitación se llenaba de serenidad al entrar Celeste. Yo aprendí a encontrarla hasta con los ojos cerrados. El olfato me guiaba a ella, mi prima lo sabía. Ahora que había trascendido, me demostraba que no lo había olvidado. No necesitaba verla para saber que estaba allí.

Ese fue un regalo maravilloso que hizo mi prima por mí. Me daba paz, seguridad, tranquilidad. Me ayudó a seguir adelante con una visión interna muy diferente. Era algo más profundo de cualquier explicación que las palabras pudieran intentar suministrar. Me decía que continuara porque ella estaba allí. Y yo me dejé abrazar por su cálido amor. Nunca le conté a nadie, hasta tres meses después, cuando su presencia no dejaba lugar a dudas para quien conociera mi situación en ese momento.

Estuve tantas veces en el hospital, desde mi primer accidente cuando caí del caballo, que era imposible no notar el deterioro que mi cuerpo sufría con el paso del tiempo. Después de todo, cuando quedé tetrapléjica, los doctores me daban —“a lo sumo”, como solían decir— dos años de vida y yo desafiaba esa cifra por ocho años extra. Pero las secuelas, a mi salud en general, se hacían más evidentes con cada visita a la ciudad blanca.

—Lo siento, Lillian —me decía el doctor con los ojos fijos, neutros—, pero esta vez la traqueotomía no sanará. La hemos abierto demasiadas veces y tu piel no puede cerrar la misma cicatriz tantas veces.

—Pero, doctor —la voz de Solángel se quebraba, aunque intentara evitarlo—, ¿no hay algo más que se pueda hacer? ¿Cómo podrá volver a hablar con normalidad si ese hueco no se cierra?

La mirada fría de ese tipo, inamovible en sentimientos con la mayoría de sus pacientes, dijo todo lo que necesitábamos saber. Un silbido fue lo que en realidad rompió el silencio, en lugar de las palabras que trataba de pronunciar desde mi cama. El doctor se acercó y colocó uno de sus dedos en la pieza de plástico que aún estaba insertada en mi piel. Casi parecía un dije guindando de mi cuello, uno muy feo, por cierto.

—Repíteme lo que intentabas decirnos, Lillian —me animó a hacerlo, aunque parecía más una orden que apoyo moral.

—Solo voy a susurrar el resto de mi vida... —la voz de mi garganta se negaba a salir con normalidad. El aire se escapaba por donde podía.

—Es una manera de verlo. Y, respondiendo a tu pregunta —dijo dirigiéndose a mi hermana—, no. Ya no hay nada más que podamos intentar. El problema no está en las técnicas o herramientas disponibles, sino en la piel donde la abertura se hizo. Está muy maltratada, eso debilita la posibilidad de que sane. Así que nunca lo hará. Sólo queda aprender a vivir con ese otro detalle. No es para tanto, tampoco. No es nada grave. Simplemente hay que prestar más atención para escuchar los “susurros”, como bien dijo Lillian.

Mientras el doctor se alejaba, dejando un eco al caminar sobre ese piso duro con sus lustrados zapatos negros y caros, el cuarto del hospital se llenó con los sollozos de Solángel, para quien todo era un drama abrupto, aunque no lo fuera para nadie más. Creo que a Manolo y a ella siempre les ha gustado el sentimiento de tristeza. Los humanos nos acostumbramos tanto a ciertas emociones que después nos resulta muy difícil dejarlas de lado. Mis hermanos se sienten incompletos si están vacíos de tristeza. Buscar una excusa para llorar no es la solución, pero esa forma de actuar de otros nos llena de enseñanza a muchos más. Entre esos a mí.

En lugar de llorar, me reía. Tampoco te diré que no estaba ni un poquito nerviosa, porque sí lo estaba, pero mi sentimiento de seguridad ganaba. Sabía que el doctor solo decía lo que él había visto en todos sus años de ejercer medicina. Pero yo no era como todos; me negaba a creer en sus palabras.

Las siguientes tres noches, Celeste vino a visitarme, como acostumbraba hacerlo desde su transición, pero esta era la primera visita que me hacía en el hospital. Ahora compartíamos más tiempo, incluso, que cuando estaba en su cuerpo terrenal. Yo sentí su presencia de inmediato.

Desperté con su adorable perfume, pero no podía ver nada. Sin embargo, esta vez hubo algo nuevo. Su tacto.

Sentí cómo se acercó a mí, con todo ese amor llenando el aire de la habitación, y puso sus manos sobre mi garganta, justo en la herida causada por la traqueotomía. Ya no tenía el horrible dije metido en el agujero que me salvó la vida cuando casi muero por los ataques respiratorios. Ahora era sólo un círculo pequeño adornando mi garganta, donde Celeste colocaba sus manos con una energía imposible de describir con palabras. Decir “positivo”, “bueno” o “amoroso” no explicaría en realidad lo que fue esa sensación. Pero la recuerdo con tanto entusiasmo que daría lo que fuera para que tú también la sintieras en algún momento de tu vida. Celeste y su sanación a mi agujero “incurable”, fue una de las experiencias más maravillosas que tuve en mi vida.

—Esto... no puede ser. Es imposible...

La voz del interlocutor vestido de blanco sonaba profunda, casi fuera de sí. Llamaron al doctor mientras yo dormía aún, pero el enfermero de turno notó de inmediato el “milagro inexplicable” que contemplaron sus ojos cuando llegó a revisarme esa mañana.

Era el día cuatro, por así decirlo, desde que Celeste me visitó por primera vez. En mi garganta no había más que una hermosa —y bien sellada— cicatriz sobre mi piel. Justo sobre esa parte de mi piel que “jamás volvería a sanar”, según las palabras de los expertos del hospital. Pero allí estaba yo, con la herida de la traqueotomía sana. No había más agujero y no pude evitar notar cómo un escalofrío recorrió el cuerpo del doctor, porque se quedó casi paralizado cuando lo saludé.

—Buenos días, doc. ¿Le agrada escuchar otra vez mi voz?

Mi sonrisa de felicidad se extendió a los demás en una lenta cadena de reacciones. Pero sólo en mí era de felicidad, en el personal que atendía mi caso era, a lo mucho, de sorpresa y nerviosismo.

La noticia se extendió por la institución tan rápido como la orden de darme de alta. Ya estaba sana y respiraba bien, no había más que hacer por mí. Aunque tuve la impresión de que no era felicidad lo que hacía que me sacaran del hospital, sino un poco de pánico con matices de dudas. Cuando volví a casa, si no me creyeron la historia de Celeste, al menos no me lo dijeron de frente. Toda mi familia estaba feliz de mi recuperación.

* * *

—No puedo creer que Mirna no haya llegado. Siempre hace lo mismo. Dijo que estaría aquí puntual para ese “gran secreto” que quiere contarnos. Al menos debería avisar si va a retrasarse.

—Ya relájate —dije a Lucrecia, que nos visitaba desde Panamá después de muchos meses sin vernos.

—¡Es que tengo hambre! Creo que comenzaré sin ella y luego repetiré. No sabemos cuánto vayan a tardar, porque Dennis es igual de relajado.

No podíamos evitar reír. Todo lo que decía mi hermana era cierto. Lucrecia y Mirna siempre se llevaron muy bien entre ellas. Tal vez por la corta diferencia de edad entre ambas o por ser las dos mujeres menores de todos nosotros. No lo sé, pero sus travesuras siempre venían en pareja.

Cuando mis hermanas crecieron, su lazo seguía manteniéndose tan fuerte como siempre. Fue así, incluso, cuando conocieron a sus respectivos maridos. Nunca sintieron su intimidad de

hermanas amenazada por estos intrusos que se ganarían el corazón de toda la familia.

Todas las mujeres estábamos allí reunidas —con excepción de Mirna que aún no llegaba—, con mis padres en su casa. Ese hogar que nos vio nacer a todos y que representaba nuestra piedra angular en la relación familiar. El único hombre que nos acompañaba en ese momento, además de papá, era Fadrique, el esposo de Lucrecia. Su historia en la familia fue muy peculiar.

Faque, como le decíamos de cariño, era español y su origen le había dotado de una forma bastante inoportuna para moverse dentro del plano social. Lo quisimos mucho desde el principio, pero eso no evitaba notar su aire de grandeza y superioridad. Muy “español”, decían algunos, haciendo referencia a la forma directa en que se hacía notar. Faque llegaba para que le sirvieran, pero lo hacíamos con mucho cariño.

Cuando Lucrecia era muy joven, decidió hacer sus votos como monja, pero estando dentro del convento sintió que su llamado no estaba dentro de cuatro paredes, como decía ella. Quería algo más que solo rezar de rodillas sin hacer nada. Deseaba ayudar a otros en primera persona, en un plano más real. Así que pidió un permiso vocacional para ser misionera y se lo concedieron con facilidad. Lo siguiente que supimos era que le encomendaron una misión en Darién, Panamá, con los nativos de esa zona tan alejada y perdida del mundo “civilizado”. Lejos de toda educación formal y facilidades de vida, pero cerca de guerrillas y abusos por la proximidad con la frontera de Colombia.

Allá mismo, entre serpientes, nativos casi sin ropa, con el rostro y cuerpo pintado de una manera peculiar, conoció a quien iba a ser su esposo un tiempo después. Incluso sus amigos de la misión la pintaron igual que ellos para la ceremonia. Ahí se dio cuenta Lucrecia que la tinta era de muy buena calidad, pues tuvo que regresar todavía pintada a la ciudad unos días después. No podía faltar a sus clases universitarias, donde se graduaría luego de enfermera.

Un tiempo antes de dicha boda, una carta de Lucrecia nos informó que tenía novio y mis padres quedaron complacidos con la descripción que su hija les daba. Pero nadie esperó nunca conocerlo de la manera en que lo hicieron.

Un día entre semana, como cualquier otro, mamá preparaba el almuerzo en su humeante cocina de leña, mientras su esposo estaba en labores de campo y sus hijos trabajaban también. Cuando fue a responder al llamado en la puerta, creyendo que era algún vecino, un hombre alto y delgado con acento chistoso se presentó como Fadrique.

—Soy el novio de Lucrecia.

Los ojos de mamá no daban crédito a lo que sucedía. Solo pudo seguir su protocolo de educación y pasarlo adelante para que comiera y descansara. Siempre fue bienvenido desde entonces. Faque había sido enviado para una misión particular en Costa Rica y, aprovechando el viaje, pidió permiso de desviarse unos días. ¿Cómo llegó en realidad? Nunca nadie lo supo, pero llegó. Amaba la comida y nunca se llenaba, con eso se ganó el corazón de la señora suegra. Era misionero al servicio de Dios y quería formar una familia. Con eso se ganó a ambos suegros. Luego siguió con todos nosotros. El lazo que formó, uno a uno, con los hermanos de su ahora esposa, y con las parejas de cada uno, duraría para siempre.

Ahora, mientras todos reíamos y comíamos (de acuerdo, también había un poquito de vino rondando por ahí), yo recordaba esos años ya tan lejanos, cuando Lucrecia la loca decidió volverse misionera y terminó formando una familia con dos hijos en esas montañas perdidas de Dios.

—¡Ya vienen!—. El dedo de Petunia señalaba por la ventana.

—¡Ya era hora! —terció Faque—. ¡Que tenemos hambre, joder!

Faque y Dennis eran grandes amigos. Amaban las comilonas y emborracharse juntos cada vez que podían juntarse. Pero cuando Mirna y su esposo entraron por esa puerta, una extraña brisa nos envolvió a todos. Como si de pronto el viento soplara más frío de lo usual.

El “secreto” que tenían para contarnos fue una gran sorpresa, pero para nada se iban a catalogar de buenas nuevas.

Esa noche, recostada en mi cama, pero sin poder dormir, como tantas otras noches de mi vida, sólo podía pensar en las miradas de todos los presentes en esa reunión y cómo su mirada cambió cuando Dennis soltó la palabra “cáncer”. Ahora nos corroía a todos por dentro, no sólo a nuestro cuñado.

No podía dejar mi mente en paz. Una ola de pensamientos invadía mi cabeza como torrentes de recuerdos de todo lo que había pasado en mi vida. Cómo había superado pruebas duras yo, personalmente, y cómo había perdido tanto a la vez. Pensaba en la gente amada que había partido de mi lado. Extrañaba con locura a Celeste, aunque seguía sintiendo su presencia después de que falleciera casi tres años antes. Abuelos, primos, amigos, vecinos... Tanta gente había muerto, incluso de forma repentina. Y yo seguía ahí, siendo una especie de carga para mi familia, para mis hijos amados, por decisiones que ya no podía cambiar y que, probablemente, no lo habría hecho si alguien me hubiera contado las consecuencias, porque —simplemente— no le habría creído.

Pero ahora, la vida nos pegaba en la cara una cachetada tan fuerte que nos tiró al suelo a todos a la vez. Dennis siempre fue un hijo más para mis padres, un hermano para mis hermanos y para mí. Todos los nietos del abuelo Chico y la abuela Flor lo querían sin medición, porque se los había ganado desde pequeños, igual que conquistó nuestro hogar desde que pasó a formar parte de él.

Dennis era alegre. Le gustaban las fiestas, las “pachangas”, como solíamos llamarlas. Creo que por eso yo lo apreciaba tanto. Nos parecíamos mucho en ese sentido. Pero cuando te gusta mucho el alcohol y el doctor te dice que debes parar o te enfermas, tienes que hacerle caso. Debes escuchar a otras personas de vez en cuando, especialmente cuando son profesionales que tratan de cuidar tu salud.

Pues mi cuñado era un “jupota”, igual que yo. Él escuchó por un breve periodo de tiempo y luego lo olvidó. Decidió borrar de su mente ese detalle que le dijo el doctor una vez en alguna oficina de algún lugar.

Cuando volvió, porque los dolores en su estómago eran insostenibles, el cáncer era intratable y avanzaba a una velocidad vertiginosa. Le pronosticaron seis meses más de vida, así como así. Ahora estaba con nosotros y en seis meses no sabíamos qué pasaría.

Esa vez, las festividades de Navidad y Año Nuevo tenían un toque tétrico en el ambiente. Nadie sufría más que Dennis, por supuesto, que seguía un régimen estricto —y tardío, sobra decir— en las comidas y bebidas. Nada de grasa, nada de sal, nada de carne, nada de nada. Prácticamente podía comer todo lo que nunca quiso comer: vegetales al vapor y arroz cocinado sólo en agua. La cantidad de peso que había perdido en tan poco tiempo era radical. No sé qué pasaba por su cabeza, porque trataba de mantener una actitud positiva, pero los ojos no saben mentir y la preocupación (¿o arrepentimiento?) envolvía su cabeza como un nubarrón gris gigantesco, imposible de ocultar.

Tal vez, algunos de sus pensamientos intentaban sacarlo adelante, pero en situaciones extremas, muchas veces los humanos tendemos a ser más pesimistas que alegres. Será que se preguntaba cosas como: ¿ya para qué?, o ¿vale la pena intentarlo? Nunca supimos. Dennis era tan valiente que sobrellevó los dolores fatales del cáncer de hígado sin quejarse ni una sola vez.

Los seis meses se redujeron casi que a la mitad. Dennis nos dejó en el mes de marzo, para ir a descansar. Creo que se merecía ese descanso. Su vida ya no era vida. El cáncer le robó la felicidad que siempre pintaba su sonrisa bonachona. Le robó incluso la memoria, la conciencia. El último mes, Dennis no era Dennis. Él ya no estaba ahí. Era sólo una sombra que incluso dejó de cruzar su rostro en las dos últimas semanas.

No poder hacer lo que amas es el peor de los castigos impuestos por nosotros mismos. Decisiones que otros consideran erradas, pero que cuando despiertas en el sueño infinito, te das cuenta de que no estaban mal. Sólo fueron decisiones. Tendrás más oportunidades después. De eso va la vida, de tomar decisiones, aprender, crecer, cambiar, evolucionar y amar el proceso cuando estás en él. Aunque es cierto que, mientras tengamos un cuerpo de carne y hueso, es muy difícil entender esto como es en realidad.

Lo que creemos real, no lo es tanto, la verdad. Pero nos cegamos porque tenemos ojos y nos volvemos sordos por el dolor de lo que no sentimos. La vida puede tirarte al suelo, levantarte y volverte a tirar tantas veces que aprendes a buscar la inmunidad contra el dolor, porque sabes que puedes volverte a reír, pero que seguirá doliendo esa sonrisa cuando te enfoques en otros temas más tristes, o cuando actúas como humano, y piensas en el dolor que has tenido durante toda la trayectoria de tu vida. Nos ponemos a pensar hasta en la primera vez que algún hermano nos pellizcó y nos dolió tanto que las lágrimas brotaron sin control, o cuando mamá nos pegó con algún cucharón o papá con su cinturón. Es como si tratáramos de seguir tristes, como si nos propusiéramos herirnos más profundo, en lugar de tratar de levantarnos el ánimo nosotros mismos, por el simple hecho de querer ser felices. ¡Cómo nos cuesta escoger el amor y la felicidad! Pero el castigo, no. Ése se nos hace mucho menos complicado de atraer.

El corazón roto por la muerte del esposo de Mirna nos acompañó hasta mediados de año, cuando tuvimos un muy breve descanso, pero que nos animaba un poco a todos. Mi cumpleaños. Era la primera vez que yo iba a celebrar a lo grande. Tendría medio siglo de edad. Los dos años de vida que me pronosticaron en el hospital después del accidente, se convirtieron en trece y eso había que celebrarlo también.

8

“Todas estas luces y este montón de personas a mi alrededor... ¿Qué está pasando?”, pensaba para mis adentros. “¿Dónde estoy?”

No podía recordar qué había pasado o por qué estaba de nuevo en ese edificio, donde pasé casi la mitad de mi vida. Estar entrando y saliendo de un hospital tantas veces como yo, hace que sientas ese lugar muy cercano a ti. Casi familiar.

“Mi último recuerdo, ¿cuál es? ¿Dónde estaba antes de estar aquí?” Intentaba concentrarme para entender lo que pasaba. Pero ¿qué recordaba entonces? Me costaba mucho pensar, como si mi cerebro no funcionara bien. “¡Oxígeno!”, entendí de repente. “No puedo respirar bien, otra vez”.

El ruido de fondo me molestaba, las voces del personal del hospital me distraían. Pero, de repente, un recuerdo. “¡La fiesta! ¿Qué más? ¿Qué recuerdo de la fiesta? ¿Y hace cuánto fue eso?” Sentía que me dolía todo el cuerpo, pero, por momentos, todo el dolor se detenía. Ahí podía pensar con claridad. De hecho, pensaba con mayor nitidez que nunca en mi vida.

Dos días antes de caer en el hospital, estaba irreconocible. La fiesta que planearon entre mis hijos y toda mi familia, fue el momento más feliz que pasamos por mucho tiempo. Pero nadie disfrutaba más que yo. Cumplir cincuenta años, cuando intentaron hacerte pensar que no llegarías ni a los cuarenta, te puede llenar de una satisfacción sin límites. Y así podía sentirme por ratos. Ilimitada. Casi invulnerable. La risa tiene esa cualidad y ¡cómo nos reímos ese día!

Desde bien temprano estaba lista. No permití que mis hijos se levantaran tarde, aunque la actividad no comenzaba hasta la hora del almuerzo. Pero la emoción me envolvía como nunca antes. Sabía que tendríamos una fiesta, pero no me querían decir nada sobre qué sorpresas tenían para mí. No podía esperar a que fuera la hora de recibir a los invitados. Micaela y Solángel montaron toda la decoración bien temprano. Las sillas y mesas las trajeron Augusto y Martín. Petunia colocó manteles junto con Tina. Mercedes y Mirna se encargaron de la comida. No sé dónde la contrataron, pero había para alimentar a un pequeño ejército. Ni idea tenía yo de cuánta gente llegaría.

A la hora del almuerzo, cuando todas las sillas estaban llenas, me dijeron que aún faltaba gente por llegar. Algunas personas podían llegar hasta la hora del café, en la tarde. Yo no podía creer cuántos amigos, conocidos y familia estaban allí reunidos, todos por mí, riendo, comiendo y cantando felices. Disfrutábamos del ambiente y la música. Me sentí importante y amada todo el tiempo.

Jamás podría olvidar mi parte favorita de ese día. Aunque, pensándolo bien, todo el día fue mi favorito. Pero, cuando llegó el mariachi que animó por varias horas, mi alegría era tal que sentí como si no lograra contenerse dentro de mi pecho. Salía como un torrente a través de mi risa, por mis poros, por mis ojos. Cuando has tenido muchos años seguidos de dolor, sufrimiento y malas noticias, vivir un día así te cambia por dentro, te llena de lo que te hacía falta con tanta premura.

En definitiva, el mariachi fue la sorpresa más grande que me dieron los chicos. No sólo porque

esa música me encantaba, sino porque además hacían un pequeño show mientras cantaban. Uno de ellos puso su sombrero en mi cabeza y besó mi mejilla, pero luego vio a Alberto y pretendió estar enamorado a primera vista. Cuando se sentó sobre el regazo de mi hermano, incluso las lágrimas no paraban de salir de mis ojos de tanto que reía. Ver esa escena sacaba el aire de mí más rápido de lo que entraba. Mientras el cantante le dedicaba la letra de su canción de amor, Alberto se puso rojo como un tomate —tanto por la vergüenza como por la risa— haciendo tono con el brillante, ajustado y rojo atuendo de su enamorado artista.

Todos los presentes en la fiesta se reían también con esa divertida actuación. Y, si no lo hacían por el cantante, lo hicieron por mí, al ver cómo me era imposible contener la risa. No podía recordar la última vez que reí tanto, que disfruté tanto. Era emocionante estar en mi cumpleaños número cincuenta y sentirme como lo hacía en ese momento. Yo era invencible, imparable. Me di cuenta que, a pesar de todo, había logrado tener una gran vida. Estaba feliz y esa felicidad me hizo entender que estaba completa, que todo estaba bien, que lo había logrado. Me sentí más fuerte que nunca. No tuve miedo de mis pensamientos. Más bien, me llenaron de paz, de tranquilidad y amor. Logré ver con claridad cada experiencia vivida y cómo todo tuvo un sentido más profundo, que ahora me llevaba a estar allí, complacida y lista para lo que siguiera.

La felicidad me embargaba tan profundamente que, por los siguientes dos días, todo fue maravilloso en casa, con los chicos, con mis padres, hermanos, vecinos y amigos. Me sentí liberada, sin cadenas de repente, aunque siguiera unida a mi silla. Comprendí que tuve más de lo que llegué a pensar que merecía, o que pudiera lograr. Con tropezones y todo, porque así es como aprendemos en la vida. Y lo que seguía en las próximas horas de mi existencia terrenal no dejaría de ser un susto para mí y mis seres queridos, pero lo viviría con calma en lo profundo de mi ser. Sabía que todo estaba bien y seguiría estándolo así.

El ataque respiratorio comenzó en la madrugada. La ambulancia tardó un poco en llegar, volviendo loco a todo el mundo que ya estaban planeando cómo me llevarían al hospital, en cuál carro y quién iría manejando.

Mis recuerdos, hasta este punto, comienzan a ser muy borrosos. Entraba y salía de un estado semiinconsciente que provocó en mi memoria lagunas de varios minutos hasta de varias horas. Recuerdo un aullido ahogado, lejano, que era la ambulancia tratando de abrir paso hacia mi conocido destino, el hospital. Recuerdo estar rodeada de caras desconocidas, una o varias diferentes cada vez que abría mis ojos. Recuerdo las luces blancas, los sonidos de máquinas, voces y llantos. Recuerdo el dolor físico y la desesperación que provoca la falta de aire. Es una sensación imposible de olvidar. Tan espantosa para los seres vivos que sabes que jamás desearías que otra persona pase por lo mismo.

Pero el dolor es solo temporal. Una vez que sales de tu cuerpo, entiendes el porqué de las cosas y lo minúsculo que es el sufrimiento cuando estamos materializados como un cuerpo humano. Es solo una forma más en que logramos aprender y entender la relación perfecta que nos mantiene a todos unidos en este universo.

Los doctores tuvieron que revivirme varias veces, porque los ataques cardio—respiratorios intentaban terminar con mi vida. Me sacaron del cuerpo en cada ocasión y me daba cuenta de la belleza que es este proceso que llamamos morir. En realidad, no morimos. Sólo es una transición. Pero nos aterra la idea de lo desconocido, nos obsesionamos con pensar en que esto es “el final”, cuando la verdad es que vivimos en un ciclo eterno de energía perfecta. Todo siempre está bien y nunca nos salimos de nuestro camino.

Yo entendí todo cada vez, pero luego revivían mi cuerpo y el dolor y la confusión se

apoderaban de mí por completo. Hasta que entendí que era mi hora. Estaba agotada y mi vida había sido maravillosa, incluso en los momentos que antes consideré malos, o como errores. No lo fueron. Fue hermoso cada paso, porque fue mi vida. Al fin y al cabo, a eso venimos. Aprendemos de todo y nos beneficiamos de las experiencias colectivas y propias. El mundo es un lugar precioso que nos regala una oportunidad cada segundo.

Y es aquí cuando empecé a contarte mi historia, cuando me encuentro en este punto crucial de mi vida. Una encrucijada entre el dolor y la alegría, el sufrimiento del cuerpo y el entendimiento divino.

Mi hermosa hija llora a mi lado, rogándome que aguante, que me sostenga a este cuerpo que ya cumplió con creces su tarea. Pero ahora entiendo que debo hacer mi viaje en este momento. Le digo que no con mi cabeza, en un gesto leve, casi imperceptible, que le hace entender que deseo descansar por fin. Luego entenderá que esto no es una despedida. Ella no me verá, pero yo a ella sí, siempre estaré a su lado, aunque no me sienta consigo. Sé que el dolor de mi partida cubrirá muchos de sus días, hasta que haga las pases consigo misma y decida que es lo mejor para mí, o que era parte de mi ciclo.

Este ciclo eterno nos mantiene a todos unidos, pero estamos tan acostumbrados a entender con los cinco sentidos físicos y no a sentir, que olvidamos el valor del “ahora”. Olvidamos que estamos juntos en nuestro complemento no—físico. Por eso trato de recordártelo ahora. Al nacer, lo olvidamos. Al morir, volvemos a recordar. Pero no deberíamos castigarnos en el proceso. Al vivir nuestro día a día, podemos recordar cada momento, podemos ser felices, podemos vivir. No solo sobrevivir. Se trata de dejar que todo fluya con naturalidad.

Los humanos tenemos esta fuerte costumbre de complicarnos la existencia por el gusto de hacerlo. Nos sirve para aprender, pero debemos recordar que vinimos a ser felices con la experiencia de la vida. Podemos serlo con cada mínimo detalle que pasa, si tan solo recordamos que las cosas siempre están funcionando bien para nosotros. La desesperación nos mata muchas veces, muchos días, incluso muchos años.

Mis hijos entenderán mi partida, y mientras tanto, llorarán con amargura porque no entienden lo que yo ahora sí. Mientras hablan con los doctores para que no me revivan en mi siguiente ataque, muchas lágrimas resbalan por dulces mejillas que besé con amor en el pasado. Ahora soy incluso más feliz.

Dejar atrás un cuerpo que me representa, pero que ya cumplió su ciclo, me trae paz, tranquilidad, alegría. El dolor queda atrás, igual que las batallas diarias para cargar con él. Yo siempre estaré aquí, aunque me haya ido. El amor que dejo no se disipará jamás, más bien se multiplica, con cada alegría que pasen en sus vidas. Cuando nuestros seres amados ríen, también reímos, porque estamos conectados.

Cuando mi familia esté feliz, me sentirá cerca. Mi corazón se unirá al de ellos y en su amor estaremos juntos. Su sonrisa también será mía, su éxito será el mío y su entendimiento les guiará a una conexión innegable que nos llena de felicidad y calma el dolor temporal con que nos castigamos en la soledad y la tristeza.

Yo siempre estaré aquí, aunque me haya ido.

* * *

Mi funeral resultó ser tan solo unos meses después que el de Dennis. Mismo cementerio,

misma familia, mismos ojos rojos por las lágrimas. Plena felicidad en mi alma. Por supuesto que entendía su dolor, pero al mismo tiempo, este entendimiento infinito al que retornamos cuando hacemos nuestra transición, me permitió ver todo aquello que permanece oculto a la mayoría de los ojos humanos.

Las personas, aun en su dolor, suelen encontrar paz al pensar que estamos descansando ahora, en cambio, en vida, estábamos envueltos en dolor y agonía constante. La verdad es que, ni una ni otra son mejor. Ambos son partes de un mismo proceso, de una vida eterna a la que estamos atados con un lazo de amor.

Cuando estamos en nuestra forma física, todo lo que nos sucede tiene un lado positivo, aunque no lo sintamos así en el momento, pues todo nos permite aprender y crecer, amar esta vida maravillosa y ver la gran oportunidad que significa haber nacido. Pero aquellas experiencias que consideramos malas pueden cegarnos durante mucho tiempo. Cada experiencia vivida la vemos desde el punto de vista de la sabiduría que hayamos cultivado hasta ese momento, así que la perspectiva cambia según cambiamos nosotros y según cambia la etapa de la vida en la que estemos.

La sabiduría eterna me ha alcanzado a mí, por eso puedo ver todo con otros ojos. Pero en el plano físico, en este momento, mis hijos siguen viviendo “batallas” que los harán más fuertes y más felices también.

Cuando Adriel nos dejó, yo jamás me divorcié de él. No le pedí ayuda de ningún tipo. Más bien, era él quien trataba de obtener lo que pudiera. Aún lo hace. Sigue siendo el padre de mis hijos, por eso Augusto intentaba ayudarlo como podía. Ya te había contado un poco de esa historia.

Lo estuvo visitando en la cárcel, aguantó lo más que pudo, pero Adriel lo ha cansado ya con sus manías de control obsesionado. Exigirle más y más dinero cada vez que se veían, no ayudaba a mejorar su relación. Mi esposo sólo pensó en él mismo toda su vida, y aún lo sigue haciendo. Mercedes y Micaela se rindieron primero. El ambiente no es nada agradable para una mujer, pero soportaron esa parte. Lo que no toleraron fue el menosprecio de Adriel y el darse cuenta de que no se arrepentía, en absoluto, de lo que hizo para estar ahí.

La gota que derramó el vaso con Augusto fue otra. Sus palabras groseras y las ofensas continuas ya lo estaban llevando al límite, pero el día que su padre lo amenazó, porque le traía muy poco dinero —según él—, lo llevó a darse cuenta de que era inútil esperar que la forma de ser de su padre cambiara después de tantos años.

Adriel le dijo que hablaría con un abogado para que sus hijos lo mantuvieran, porque ya eran mayores de edad y todos ganaban dinero. Que él tenía derecho sobre ellos y que no planeaba mover un dedo, sino que sus hijos hicieran todo por él.

Nunca más, por muchos años, escuchó Adriel de sus hijos. Hasta que salió de la cárcel y comenzó de nuevo con sus tácticas para tratar de convencerlos de que los extrañaba, que él había cambiado y que deseaba una relación con sus nietos. Porque así es, ahora soy abuela.

Por algún motivo que nunca sabré la razón, siempre deseé tener un nieto con el cabello rubio. Imaginaba que sería como tener un muñequito con cabellos de oro, como en el cuento de los tres osos y ricitos de oro. Nunca conocí a mis nietos mientras estuve en mi cuerpo físico, pero donde estoy ahora me encuentro en todas partes. No podría ser más cercana a ellos que de esta manera. Un regalo maravilloso fue observar el nacimiento de mi nieto mayor, Stephen. El primogénito de Mercedes era un niño rubio, de piel blanca como la nieve y cachetes redonditos como pelotitas de porcelana. Mi sueño se vio cumplido.

Cuando nacieron mis otros nietos, supe que estaba enamorada de todos ellos por igual. Shirley fue la segunda hija de Mercedes. Pelo oscuro, lacio y fino, ojos brillantes de curiosidad por la vida. Mi dulce Micaela se enamoró, se casó y pronto me dio una hermosa nieta: Lillian. Le pedí a Patricia, la hija mayor de Manolo, que le dijera cuán agradecida estaba por ese gesto tan dulce.

Patricia temía hacerlo, pero me concedió el favor. Ella, al igual que Manolo y mi padre, abuelo Chico, tienen un talento innato —un don, más bien— para poder comunicarse con los que estamos ya en la luz. A veces es un poco difícil de explicar, porque las personas temen a lo que no entienden, pero el universo entero está formado de energía. Las personas como mi padre tienen una habilidad hermosa para traducir esa vibración energética en palabras, aunque no se pronuncien con la voz, sino con la mente. Son traductores. Muchas veces nos beneficiamos de su talento.

Cualquier humano podría traducir para quienes somos energía pura, sin un cuerpo físico, pero la mayoría bloquea esa capacidad, por la razón que sea. Incluso Patricia lo hace la mayor parte del tiempo. Manolo trata de negarla con todas sus fuerzas y mi padre no la entendió la mayoría de las veces. Pero en ocasiones lo aceptaba. Tener una sobrina como Patricia te llena el corazón de orgullo también. Todos mis sobrinos son especiales y únicos, como cada ser humano de este planeta mágico.

El título más reciente de “abuela” me lo concedió mi Augusto. Julio es una ternura y, para ser sincera, lo visito cada vez que puedo. Trato de cuidar a toda mi familia siempre. Disfruto a través de mis hijos y mis nietos cada experiencia, aunque no puedan verme, yo sí a ellos. Siento esa energía y felicidad a través de sus cuerpos. Su alegría se vuelve mía. Los siento más cerca que nunca.

Lillian, por ejemplo, me hizo disfrutar todo el tiempo que cuidaba a la abuela Flor. Porque ella se encargaba de vigilarla cuando estaba enferma. Los niños suelen jugar alrededor de los adultos mayores, pero al ser muy pequeños no siempre entienden su situación. Cuando mamá fue perdiendo su capacidad de cuidarse por sí misma, allí estaba mi nieta, vigilando que todo estuviera bien. Apenas caminaba bien, era muy pequeñita aún, pero estaba pendiente de mi madre en todo momento. Le alcanzaba pañitos, trataba de compartir su comida con ella, le acariciaba la mano. Trataba de hacerle notar que ella estaba allí, cuidándola. Estaba enamorada de su bisabuela. Y se lo hacía notar.

Muchos cambios ha habido desde que partí de mi cuerpo. De eso se trata la vida. Cambiar, crecer, expandirnos y aprender en el proceso mientras lo abrazamos con aceptación. Pero hay ciertas cosas que nunca cambian. O tal vez sería mejor decir, ciertas personas.

Después de salir de la cárcel, Adriel vivió un gran tiempo en un tugurio mal hecho, dentro de la propiedad de su familia en la que él ya no tiene potestad alguna para cobrar ganancias. Su parte en el negocio la vendió al resto de la familia y usó ese dinero que obtuvo con poca sabiduría, despilfarrando en alcohol, drogas y prostitutas. Al menos lo dejaron estar dentro de la propiedad. Cuando vio la oportunidad de acercarse de nuevo a nuestros hijos, lo intentó.

Su intención jamás fue hacer feliz a nadie más, sino buscar su propio beneficio. Comenzó a llegar poco a poco, pretendiendo haber cambiado y querer dedicar su tiempo a los nietos y a sus hijos. Pero cuando creyó que podía regresar a vivir a su antigua casa, su actitud arrogante hizo que mis niños empezaran a molestarse con él, una vez más.

Llegaba a la casa impartiendo órdenes, exigiendo y diciéndole a mis hijos cómo debían criar a los suyos. El trato hacia mis nietos hizo que, por fin, Micaela, Augusto y Mercedes le prohibieran llegar cuando se le antojaba. Sólo podía presentarse en ciertos horarios y, únicamente, si ellos

estaban presentes.

Este trato llegó a término el día en que mis pequeños (bueno, lo acepto, ya no tan pequeños) se dieron cuenta de la nueva noticia. Su padre, Adriel, estaba siendo acusado —una vez más— de violación. Esta vez, el ataque fue a una pequeña de tan solo nueve años. Al día de hoy, jamás ha vuelto a saber de sus hijos.

Ahora que mis padres están aquí conmigo, vemos con dulzura otro tipo de situaciones que no cambian, como a nuestra inigualable Solángel. Desde que la recuerdo, ha sido una sentimental. Mucho más cuando se acercan fechas especiales que le recuerdan otros tiempos, otras personas. Casi podríamos decir que otras vidas. Aún llora por nosotros, nos extraña. Es duro no ver a los seres amados cuando estamos dentro de nuestros cuerpos materiales. Pero estamos más cerca que antes, incluso. Más unidos a cada uno, como partes de un todo que se unen para formar una sola mente. Casi como las células nuestras, que se tienden la mano con fortaleza para encarnar un solo cuerpo. Su dolor, sus sonrisas, sus lágrimas... todos sus sentimientos pasan por nosotros también, pero es nuestra pasión regresarles solo amor.

Solángel: recuerda que cuando ríes, estamos contigo. Si cantas, también. Si cuentas anécdotas graciosas para recordar a quienes has amado, si escuchas chistes —aunque sean malos— de Alberto o Martín, si bailas, si oras, si hablas, si amas... Siempre estamos allí, contigo, abrazándote con nuestro corazón y rodeándote de más amor del que puedas imaginar.

Otras personas se adaptan al cambio con más facilidad. Como Mirna. Encontró en su camino un hombre dulce, amable y bueno que la hace muy feliz. Su segundo matrimonio es una bendición y ella ha sido sabia al seguir con su vida, sin escuchar lo que digan los demás. Sólo escucha a su corazón, y ese es el secreto de la felicidad que todos debemos practicar cuando somos de carne y huesos.

Mis otros hermanos, el resto de familiares, amigos, vecinos, conocidos y desconocidos; todas las personas que forman parte de nuestras experiencias, de alguna u otra manera, colaboran en esta expansión de amor incontrolable que nos hace venir a la Tierra para disfrutar de la magia de estar vivos.

Pero quiero que recuerden esto siempre: Aunque no me veas, aunque no me escuches, puedes sentir mi amor rodeándote. Solo cierra los ojos, vacía la mente y abre tu corazón. Tal vez no tenga un cuerpo, pero nuestra energía nos unirá para siempre. Somos muchos, pero uno solo a la vez. Aunque me haya ido siempre te amaré, siempre estaré aquí.

¡Hola, querida/o amiga/o! ¿Ya conoces mis otras novelas? Te invito a que las leas también. Puedes adquirirlas en Amazon, tanto en formato ebook como físico.

Saga Giro del Destino:

Giro del Destino, Una prueba de fuego y pasión.



<http://leer.la/B07BPPLQX9>

Giro del Destino 2, Lúgubre obsesión.



<http://leer.la/B07CW842FS>

Cuando ya no es amor: 10 claves para romper o intentar con tu pareja.



<http://leer.la/B07JHGJZNP>

Te invito a que dejes un comentario sobre lo que te parecieron una vez que los hayas leído. Puedes encontrarme en Instagram, Facebook y Youtube con el nombre @maryelisealbar. También puedes escribirme al correo maryelisealbar@gmail.com. Me encantaría escuchar de ti. Prometo responder lo antes posible.

Gracias por tu tiempo y tu apoyo. Es sumamente valioso para mí. Nos vemos en la próxima. ¡Disfruta la lectura!